

ENEMIGOS OSCUROS 2

Reacción
DESPIADADA

ZOE DELANEY

Traición Despiadada

Enemigos Oscuros

Libro 2

Un Romance de Mafia Oscura con Matrimonio Forzado y
Enemigos que se Convierten en Amantes

Por Zoe Delaney

Traición Despiadada (Enemigos Oscuros)

Copyright © 2023 Zoe Delaney

Todos los derechos reservados

Edición en Español © 2024

Publicado por Flourish Books (Jen Katemi)

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito del editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares, personajes e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, organizaciones, eventos o lugares es pura coincidencia.

Índice

[Nota del autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Enemigo Despiadado – Sinopsis](#)

[Sobre la autora](#)

[Libros de Zoe Delaney](#)

Nota del autor

Este es un libro de suspenso romántico de la Mafia *oscuro*, y como tal, habrá elementos que pueden ser desencadenantes para algunos lectores, incluyendo secuestro, proximidad forzada, consentimiento dudoso, uso de armas, muerte, mención de tortura, posible trastorno de estrés postraumático, y un héroe y una heroína moralmente ambiguos. Este libro y la serie son aptos para lectores mayores de 18 años.

Dedicatoria

A mis lectores, ante todo: gracias. Sin ustedes, esta serie no habría cobrado vida y estoy agradecido por cada uno de ustedes.

A mi maravillosa familia y amigos que creen en mi escritura y me animan incluso en mis momentos más oscuros: gracias.

A mi hermana Sandra, quien es la mejor para generar ideas y me ayudó a reelaborar un par de puntos de la trama para hacer este libro aún más potente: gracias.

Capítulo Uno

«Huye, querida mía, de todo aquello
Que no fortalezca
Tus preciosas alas en ciernes».
Hafez

Aria

Hace mucho tiempo, yo era Bree. Luego un monstruo me secuestró y me reinventé como Bianca Carlotti-Agosti, la esposa de un jefe mafioso.

Hoy respondo al nombre de Aria, y vivo una vida tan alejada de la alta sociedad de Boston como es posible.

Aunque sé en mi corazón que Bianca aún vive. Enterrada en lo profundo, pero está ahí. Sosteniendo una vela a mi pasado en la oscuridad dentro de mi alma enferma y devastada.

—¿Señora Lowe? ¿Hola? ¿Aria Lowe?

La impaciencia en el tono de la recepcionista indica que debe haber estado llamando mi nombre por un tiempo.

Me pongo de pie de un salto e inmediatamente me tambaleo cuando me golpea un mareo. *Vaya*. Extiendo la mano a ciegas y siento las manos reconfortantes de alguien en mi brazo y mi espalda. Estabilizándome.

—Cuidado, cariño. La presión arterial está por todas partes durante el embarazo.

Parpadeo y me enfoco en la mujer a mi lado. Otra paciente por el aspecto de su vientre, que está aún más hinchado que el mío. Estoy de más de seis meses ahora. Ella debe estar casi lista para dar a luz. Me sonrío y suelta mi brazo cuando le devuelvo la sonrisa.

—Lo sé bien —añade en un tono irónico—. Este es mi cuarto.

—Vaya. Felicidades. Y gracias. —Mi manera sigue siendo reservada, aunque estoy agradecida por su ayuda. No estoy acostumbrada a socializar con la gente estos días. Incluso este breve intercambio me llena de ansiedad.

No seas tonta. Es una clínica de obstetricia estilo pro-bono en el centro de Cleveland, que se realiza una vez cada quince días para aquellos que no pueden permitirse un nivel de atención médica más estándar. O aquellos que no pueden permitirse que sus datos personales se añadan al sistema de salud adecuado.

Aquellos como yo.

Huyendo de mi esposo jefe de la mafia y de los federales que quieren condenarlo.

No es Canadá, el lugar al que tenía la intención de huir. Ni de lejos. Pero Cleveland era a donde se dirigía el autobús el día que llegué a Augusta. Me bajé de un autobús y busqué el primero que saliera de allí. Y de alguna manera, cuando llegué aquí, finalmente me sentí segura.

Por primera vez en meses, sentí que nadie me estaba observando. Por fin podía respirar.

Esta ciudad no es el lugar donde es probable que me encuentre con alguien de mi antigua forma de vida. Ni esta clínica.

No te pongas ansiosa, me digo a mí misma. No es bueno para el bebé.

—Soy Nita —dice la mujer, señalando a la recepcionista, que ahora me mira con el ceño fruncido—. Te he visto aquí antes. Mejor ve antes de que pierdas tu lugar en la cola.

—Oh, sí. No parece feliz. —Me dirijo hacia el mostrador, pero luego un impulso me detiene.

Me vuelvo hacia Nita. Es mayor que mis veinticinco años, quizás por diez años más o menos, pero sus ojos son amables y parece casi maternal en su manera de ser.

Qué agradable sería tener una presencia amable en mi vida. Qué agradable sería tener *cualquier* presencia en mi vida. La soledad de mi existencia actual es casi paralizante.

Abro la boca para sugerir que vayamos a tomar un café después de que terminen nuestras citas —aunque en realidad, sería té en lugar de café ya que no puedo soportar el sabor del café en este momento—, pero al final, no digo nada. Simplemente le lanzo otra sonrisa rápida y me dirijo a mi cita.

La última vez que tuve amigos, los matones de mi marido les dispararon.

Ya no puedo permitirme acercarme a nadie, sin importar lo sola que me sienta. No podría soportarlo si fuera la causa de que alguien más saliera herido.

O muerto.

Y no puedo permitirme dejar escapar nada sobre quién era o de dónde vengo. Porque ser arrastrada de vuelta para enfrentarme a Rio Agosti probablemente me mataría, en cuerpo y alma.

He traicionado al hombre que amo. Mi marido. Un monstruo.

Pero viene por mí; lo siento en los huesos.

E incluso si de alguna manera sobrevivo al castigo mortal que sé que me impondrá por mi traición, *no* permitiré que mi hijo sea criado en esa forma de vida.

Moriré antes de entregar a mi bebé a mi marido.

Mi apartamento amueblado de una habitación en Clark-Fulton es pequeño y tan básico como se puede, pero al menos el espacio está limpio y los ocupantes del edificio están tranquilos la mayor parte del tiempo. El alquiler es barato, y el propietario estaba dispuesto a aceptar el pago por adelantado de tres meses. Así que sé que tengo estabilidad por un tiempo.

Estabilidad y un lugar seguro donde Rio tiene pocas posibilidades de encontrarme.

Aunque las conexiones de mi marido son extensas, no puedo imaginar que haya algo en este vecindario que merezca su atención y, si mantengo la cabeza baja y no me relaciono con otras personas, debería estar lo suficientemente segura. Eso espero.

Los federales son otro asunto. Probablemente me estén buscando también, no para arrestarme, sino para usarme para derribar a Rio. Me niego a ayudarlos a hacer eso.

Puede que haya huido de él. Puede que esté aterrorizada por las consecuencias si me encuentra. Pero él robó mi corazón, y nunca lo entregaré de esa manera.

Usé la identificación falsa que Carlos Rossi arregló para mí para encontrar este apartamento y registrarme en la clínica de obstetricia cercana, a solo un par de paradas de autobús. Pero todo lo demás es solo en efectivo, y nunca salgo de casa sin mi peluca y lentes de contacto puestos.

Hace aproximadamente una semana, vi a alguien merodeando cuando salía del edificio de apartamentos, y me puso en alerta. El tipo no parecía uno de los matones de mi marido. No iba de traje, y no tenía esa expresión dura y sin emociones a la que me acostumbré en Boston.

Pero había algo en él... La forma en que simplemente merodeaba en el lado opuesto de la calle sin ningún propósito que yo pudiera discernir. La rapidez con la que se dio la vuelta y comenzó a alejarse después de que nuestras miradas se cruzaran brevemente. Pero no miró hacia atrás, y una vez que desapareció al doblar la esquina, mis sentidos arácnidos empezaron a calmarse.

Solo un tipo cualquiera. Nada de qué preocuparse. No lo he vuelto a ver desde entonces, y empiezo a sentirme un poco más tranquila, a pesar de la dolorosa soledad.

Supongo que debería sentirme culpable por haber tomado el dinero y los documentos de identidad que Carlos Rossi me dio para establecerme en Augusta. Dijo que tenía un apartamento listo y un equipo en el terreno que iba a ayudarme a establecer mi nueva vida allí. Sorprendentemente, no siento demasiada culpa.

Puede que Rossi no fuera quien apretó el gatillo aquel día en el club de Rio cuando murió toda esa gente, pero Anders, el hombre que dirigió el ataque, era la mano derecha de Rossi, su *consigliere* como lo llaman en ese mundo.

Al igual que Danelli es el segundo de Rio. Y por mucho que Rossi protestara diciendo que no sabía nada sobre el ataque a Rio, una parte de mí no le cree. Danelli nunca podría hacer nada sin que Rio lo supiera.

Así que, o Rossi es un mentiroso, o su control sobre su familia se está debilitando. Y por lo que entendí durante el breve tiempo que viví en ese mundo, cualquiera de esas opciones, o ambas, son intensamente peligrosas.

Ya sea mentiroso o débil, las manos de Rossi están tan manchadas de sangre como las de cualquiera de ellos.

No quiero nada de eso. Y algún día, cuando mi nueva vida esté completamente establecida y encuentre un trabajo, tengo la intención de devolverle el dinero a Rossi. De forma anónima, por supuesto. Pero no quiero estar en deuda con Rossi, como tampoco lo quiero estar con Rio.

Hago esto por mi bebé. Una nueva vida. Un nuevo comienzo. Lejos de la larga sombra de la vida —y la muerte— de la Mafia.

Y aunque lloro hasta quedarme dormida todas las noches, anhelando el contacto de Rio, su fuerza, su energía, nadie más tiene por qué saberlo nunca.

La próxima vez que asisto a la clínica de obstetricia, Nita está allí en la sala de espera. Esta vez, sonrío y da unas palmaditas en el asiento a su lado cuando entro.

—Ven a sentarte conmigo, Aria. Vamos a charlar.

Mi corazón da un salto. Aparte de un par de vecinos que saludan con la mano pero no se detienen a hablar, y el chico de la tienda local donde compro la comida, no he hablado con nadie desde la última vez que estuve aquí hace dos semanas. La idea de *charlar*, como lo llama Nita, es a la vez estimulante y estresante.

No confíes en nadie. No compartas nada que pueda llegar a oídos de Rio.

Con cautela, tomo el asiento a su lado.

—Gracias, Nita. ¿Cómo te sientes?

Me froto la barriga que se expande. Apenas estoy entrando en mi último trimestre. Nita parece estar cerca del final de su embarazo y se mueve en su silla como si intentara, sin éxito, encontrar una posición cómoda.

Espero que ese sea mi caso en uno o dos meses más.

—Un poco más de sueño me vendría bien, pero eso nunca va a pasar con otros tres niños en casa. Y todos menores de cinco años.

Levanto las cejas.

—¿En serio? ¿Cómo te las arreglas? Espero que tu marido... —me detengo torpemente, consciente de que estoy haciendo suposiciones sobre su vida—. Lo siento. No quiero entrometerme.

No quiero fomentar preguntas sobre mi vida. Mis secretos. Me imagino cómo podría ir eso. *¿Mi marido? Oh, es un jefe de la mafia que probablemente me matará cuando me encuentre. Eso si los federales no me encuentran primero.*

Probablemente eso no sería una buena manera de iniciar una amistad. Estudio la expresión de Nita, cansada pero aún con una sonrisa amistosa y un brillo en los ojos. ¿Quiero ser amiga de ella? ¿Es posible hacer conexiones aquí sin ponerme en peligro a mí misma o a mi bebé? ¿O a ella?

—No tengo marido —dice con naturalidad. No parece molesta por mi pregunta, simplemente se encoge de hombros con filosofía—. Se largó tan pronto como le conté sobre este —se da unas palmaditas en el estómago, y su sonrisa decae—. Gracias a Dios. Espero que nunca vuelva.

—Oh. Bueno —murmuro, sin saber cómo responder.

¿Qué tan malo debe haber sido para que ella esté feliz de tener su cuarto hijo sin el apoyo de una pareja?

Se ríe, un sonido ligero y cristalino que hace que mis labios se curven en una sonrisa involuntaria.

—No pongas esa cara tan triste. ¡Yo no lo estoy! ¿Quieres tomar algo después de nuestras citas?

—Um...

—Oh, ya sabes, no me refiero a *beber* beber. Como un café o algo así, es lo que quería decir. Cuando no estoy tan embarazada, suelo trabajar en un restaurante no muy lejos de aquí. Todavía tengo descuento de empleada.

Su mirada esperanzada me clava, y de repente estoy cansada de estar sola. A la deriva en un mar

de completos extraños sin nadie con quien hablar. Estar desconectada realmente apesta.

Rio nunca lo sabrá. No puede hacerle daño como lo hizo con Dave y Shelley. Estará bien.

—Claro. Me encantaría, Nita. Gracias.

En ese momento, la recepcionista llama su nombre, y ella se levanta torpemente.

—Genial. Me quedaré aquí después y te esperaré. Nos vemos luego.

Mientras Nita se aleja tambaleándose para su cita, rezo por no haber cometido el mayor error de mi vida. Por mí. O por ella.

Capítulo Dos

"En efecto, soy un rey, porque sé gobernarme a mí mismo".

Pietro Aretino

Aria

El restaurante al que Nita me guía está a solo una cuadra de la clínica. Cuando finalmente entramos y nos sentamos en un reservado de la esquina, me lanza una mirada curiosa.

—¿Estás en algún tipo de peligro, Aria?

—¿Qué? ¿Por qué preguntas...?

Sonríe.

—No dejabas de mirar por encima del hombro mientras caminábamos... bueno, supongo que "contonearnos" sería el término más preciso... hasta aquí. Incluso ahora sigues observando nuestro entorno. Y elegiste *ese* asiento, que te da una vista perfecta de la puerta y de todos los que entran.

Siento que mis mejillas se ruborizan. Estar alerta ante el peligro se ha vuelto un hábito tan arraigado en los pocos meses desde que escapé de Rio que ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba haciendo hoy.

No puedo contarle la verdad, pero necesito darle algo. Parece que ha pasado una eternidad desde que tuve amigos de verdad, pero aún recuerdo cómo se supone que funciona. Dar y recibir.

—Sí, yo... eh... no quiero que mi ex descubra dónde vivo. Él es... —*Complejo. Peligroso. Sexy como el infierno y fácilmente la persona más aterradora que he conocido.* Me decido por—: Problemático.

Su mirada es sabia mientras escudriña mi rostro. Luego asiente.

—Está bien, cariño. Todos tenemos secretos del pasado en esta parte de la ciudad.

Me pregunto qué quiere decir, y estoy a punto de preguntar cuando llega la camarera con una cafetera. Nita acepta, pero yo niego con la cabeza.

—¿Podría tomar té, por favor?

—Y tarta —añade Nita—. Dos porciones de tarta de manzana. Gracias, June. Con una bola de helado para cada una. —Me sonrío de nuevo—. Yo invito.

—Oh no, yo...

—Insisto —dice Nita con firmeza, mientras la camarera desaparece detrás del mostrador—. Descuento de empleados, ¿recuerdas? Puede que sea madre soltera, pero puedo permitírmelo. Además, parece que hace tiempo que no comes bien.

Odio admitirlo, pero tiene razón. Solo tengo los fondos que Carlos me dio para mi nuevo comienzo, y necesito que duren tanto como sea posible. He estado viviendo frugalmente, y una porción de tarta de manzana caliente pagada por un alma generosa suena como el cielo en este

momento.

—Entonces, gracias —digo, sintiendo una calidez que me invade.

He olvidado lo agradable que es tener a alguien en mi vida que se preocupe por mí. Mi padre probablemente sigue aventurándose por los rincones salvajes de Asia. Supongo que me pondré en contacto con él cerca de la fecha de mi cumpleaños para que no se preocupe cuando no pueda localizarme en mi antiguo número, pero eso es dentro de unos tres meses.

En realidad, se supone que dé a luz cerca de la fecha de mi cumpleaños. Aunque espero que el bebé no nazca en mi cumpleaños exactamente, dado que ahora también es el aniversario de cuando Rio me secuestró en la calle.

—Prometo disfrutar de mi tarta y helado de todo corazón —digo.

Reímos juntas, y en ese momento, un germen de esperanza florece en mi pecho. Tal vez sea posible hacer que esta nueva vida funcione. Tal vez sea posible dejar el pasado atrás, y algún día incluso tenga la oportunidad de volver a ver a mis viejos amigos y compañeros de trabajo y explicarles lo que pasó con más detalle. Disculparme por arruinar sus vidas.

Pero incluso después de que la deliciosa tarta y el té caliente empiezan a llenar mi estómago y calmar mis nervios habitualmente crispados, sigo mirando cada vez que suena la campana sobre la puerta, estudiando quién entra para ver si reconozco algún rostro. O una mirada endurecida.

Y el miedo sigue dentro de mí. Simplemente está más enterrado que antes. Porque conozco a Rio Agosti casi tan bien como me conozco a mí misma. Y él nunca dejará de buscarme hasta el día en que dé su último aliento. Yo era su posesión, y lo traicioné cuando huí. Un acto que estoy segura que nunca, jamás perdonará.

Por mucho que espere lo contrario, es realmente solo cuestión de tiempo antes de que me alcance, listo para impartir el castigo que cree que merezco. No tengo duda de que ese castigo será severo. Solo espero que perdone a nuestro hermoso bebé antes de hacerlo.

Rio

Llego al final de la piscina de la terraza en la azotea y giro en el agua, comenzando otra vuelta de regreso por el mismo camino que acabo de nadar. Hago esto cada mañana, una y otra vez, de ida y vuelta, las vueltas sirven tanto de ejercicio como de distracción.

Han pasado más de tres meses, y no la han encontrado.

Desde la masacre en la finca y la pérdida de mi tía Francine, no puedo soportar pasar mucho tiempo allí. Todo está impecable, por supuesto, y se ha instalado nueva seguridad, pero en su lugar, paso la mayoría de mis días —y noches— aquí en mi ático sobre el club. Trabajando, nadando y planeando venganza contra aquellos que dañaron a mi familia.

Contra mi esposa, que robó mi corazón y luego a mi hijo.

Tendré mi venganza sobre mis enemigos, y esa venganza será lo más dulce de todo.

Hasta ahora, Danelli y su equipo han rastreado cada posible pista en busca de rastros de Bianca. La firma de investigación privada que contraté, Dartside Investigations, la rastreó hasta Augusta y luego la perdió. Incluso ordené a la firma que pusiera feelers en Tailandia, para rastrear a su

padre y confirmar que no ha tenido contacto con él.

Su padre adoptivo, es decir. Su padre biológico —junto con el resto de la familia Carlotti— llevan mucho tiempo muertos. Por lo que he podido averiguar a lo largo de los años, Bianca es la última de su linaje. Al menos, hasta que nazca nuestro bebé.

Una rabia familiar arde en mis venas al pensar en mi hijo siendo arrebatado de debajo de mis narices. Ciertamente, Bianca aún no podría haber tenido al niño, pero necesito tenerla de vuelta bajo mi atenta mirada antes de que eso suceda. Nunca dejaré de buscarla hasta que ella y mi hijo —el heredero de los imperios Carlotti y Agosti— estén de vuelta en su lugar legítimo.

A mi lado.

Solo que esta vez, se doblegará a mi voluntad y me obedecerá. Y nunca volverá a escapar de mí.

Le permití entrar en mi vida, en mi *corazón*, y a cambio, hizo trizas el amor y la confianza que le otorgué y me lo arrojó a la cara en forma de un millón de fragmentos afilados.

No cometeré el mismo error dos veces.

Llego al otro extremo de la piscina climatizada y me preparo para girar una vez más, pero me detengo cuando uno de mis hombres se acerca. Puedo notar por su andar que tiene noticias. Sus pasos son apresurados, su respiración agitada, y su mano se cierra y abre alrededor de su teléfono móvil como si estuviera a la vez emocionado y temeroso de transmitir lo que sabe.

Debería tener miedo. Mi humor estos días es... digamos, voluble. Y no estoy de humor para nada que no sean buenas noticias.

Señalo una pila de toallas blancas encima del armario cerca de la pared, y él se desvía de su camino para coger una y luego corre para entregármela. Me tomo mi tiempo, secándome la cara, tratando de controlar mi impulso de agarrarlo por las solapas de su chaqueta y arrastrarlo al agua. Desahogar mi ira omnipresente en el mensajero no logrará nada excepto una sensación momentánea de satisfacción.

Cuando mis emociones están bajo control, lanzo la toalla a un lado y lo clavo con la mirada.

—¿Y bien?

La nuez del hombre sube y baja mientras traga nerviosamente, y mi bestia interior ronronea. Me gusta el miedo que infundo en los demás. Afirma el poder que ejerzo sobre mi imperio.

—Creo que la hemos encontrado, Jefe.

Lo que sea que esperaba de él, no son esas palabras. Como mucho, esperaba una nueva pista. Una nueva ciudad para empezar a registrar. Parpadeo un par de veces para ocultar mi sorpresa, sumergiéndome en el agua y dejándome flotar hacia atrás por un momento o dos. Luego me giro y me dirijo hacia la escalerilla al lado de la piscina, tomándome mi tiempo mientras salgo y me dirijo a coger otra toalla blanca impoluta.

Solo cuando tengo una toalla sobre los hombros y otra alrededor de las caderas me doy la vuelta y miro al mensajero. Su cara está pálida, sus ojos brillan de emoción. Sabe cuánto significa esto para mí, y odio que lo sepa.

Mi boca se tensa.

—Por *ella*, te refieres a...

—Sí, señor. Bia... quiero decir... la Sra. Agosti. Su esposa. Creo que hemos encontrado a su esposa.

—¿Dónde?

—En Cleveland, Jefe.

La ubicación no tiene sentido. Parece tan aleatoria; casi absurda. Puedo entender que cruzara la frontera hacia Canadá, o se dirigiera al sur o hacia la Costa Oeste. Incluso que desapareciera en una ciudad cercana como Nueva York con sus infinitas oportunidades para esconderse entre la población.

—¿Y sabes esto... cómo?

—La firma que contrató recibió un soplo sobre un nombre falso que ella podría haber usado. No estoy seguro de dónde vino el soplo. Enviaron a alguien a investigar y querían confirmación de que tenían a la mujer correcta antes de tomar cualquier acción. Enviaron esto.

Cuando extiende su móvil para que lo vea, su mano tiembla tanto que apenas puedo enfocarme en la pantalla. No importa. Reconozco el contenido de la foto en exhibición. Un juego de anillos a juego —de compromiso y boda— se encuentra sobre lo que parece ser un mostrador de baño barato. Coloqué esos anillos en el dedo largo y delicado de Bianca en nuestra boda hace varios meses.

Mi corazón da un vuelco, el latido más rápido de lo normal retumba hasta mi garganta. Ajusto la toalla alrededor de mi cuello.

Conservó su juego de anillos de boda. ¿Por qué conservaría sus anillos?

De todos los lugares donde pensé que mis hombres la encontrarían, Cleveland no estaba en la lista de posibilidades.

—Sí —le doy al mensajero un breve asentimiento—. Son los suyos. Tráeme a Danelli. Lo quiero en mi oficina en una hora.

—Sí, señor —se apresura a cumplir mis órdenes, ya marcando un número en su móvil mientras corre hacia la salida de la terraza de la azotea.

Levanto la barbilla, inclinando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. El calor del día probablemente comenzará pronto. El verano en Boston puede ser caluroso y sofocante, pero aquí arriba en la terraza de la azotea, por encima del constante bullicio de la ciudad, la brisa de la mañana temprano aún mantiene un agradable toque de frescura.

Los pensamientos giran mientras catalogo opciones de acción. Mi esposa será traída de vuelta en cuestión de días. Horas, si me salgo con la mía. Y siempre lo hago. Entonces comenzará la diversión.

La emoción se acumula en mi vientre. La emoción de una cacería exitosa.

Bianca, mi amor. Mi traidora. No volverás a escapar de mí.

Capítulo Tres

«Si te arrebatan de los pies, es hora de ponerte de rodillas».

Fred Beck

Aria

Por primera vez desde que llegué a Cleveland, la felicidad calma mi mente. *Estoy a salvo*. El mantra se repite una y otra vez en mi cabeza mientras Nita y yo compartimos historias sobre las incomodidades del embarazo y nuestras esperanzas y sueños para nuestros nuevos bebés una vez que lleguen a este mundo.

Ella va a tener un niño. Lo descubrió en una de sus ecografías, pero yo he elegido no saberlo. Parece más emocionante así. Y no es como si tuviera el presupuesto para salir y comprar un montón de artículos para bebé en azul o rosa.

Estoy a salvo. Mi bebé está a salvo. Sobreviviremos a esto.

Y ahora tengo una nueva amiga para ayudarme a combatir la soledad.

Reír con Nita mientras comíamos tarta de manzana con helado se sentía poco familiar, pero hay una ligereza en mis pensamientos y un rebote en mis pasos mientras me dirijo de vuelta a mi apartamento. Levanto mi rostro para disfrutar del calor del sol de la tarde. Cuando entro en mi edificio, me siento esperanzada por primera vez en mucho tiempo.

La vida que conocía antes de Rio se ha ido hace mucho. Mi vida como esposa de Rio —aunque sé que él me amaba y siento como si nunca pudiera respirar correctamente de nuevo sin él— ha terminado.

Es hora de seguir adelante. Y tal vez mi amistad con Nita me ayude a hacerlo. Nuestras próximas citas obstétricas están programadas para coincidir, una tras otra, y ella ha sugerido que vayamos a caminar a un parque cercano después, siempre que no haga demasiado calor.

Mis pasos son ligeros en las escaleras. Mi apartamento está a dos pisos de altura, y normalmente arrastro los pies, aferrándome a la barandilla y resoplando. Hoy el ascenso es fácil. No me había dado cuenta de cuánto me habían pesado el miedo y la tristeza.

No es hasta que llego a mi rellano que me detengo. Mi vecino está en su puerta, hablando con un policía alto y de aspecto muy imponente. Ambos se giran para mirarme mientras me quedo allí, y mi corazón da un vuelco y se me sube a la garganta.

¿Está el policía aquí por mí?

—Eh, Aria —me llama mi vecino, arrastrándome a lo que sea que esté pasando, me guste o no—. ¿Has notado que te falte algo últimamente? A varios nos han entrado a robar —Mira al policía—. Ella vive ahí —Señala la puerta de mi apartamento, y me acerco, tratando de calmar mi corazón acelerado.

Los robos no son infrecuentes en este vecindario. No es nada. Tiene que ser nada. No todo lo malo tiene que ver con Rio o los hombres que trabajan para él.

—¿Te han robado, Rick? —pregunto, molesta porque mi voz suena tan débil y aguda.

Mi vecino asiente y me muestra una sonrisa torcida.

—Sí. Por suerte no tengo nada demasiado valioso. Se llevaron un par de cosas pequeñas, pero probablemente se rindieron rápido cuando vieron la mierda que hay en mi casa.

—Señora —El policía da un paso adelante y se presenta como el oficial Howard—. ¿Ha notado algo fuera de lo común, señorita...?

Levanta una ceja, invitándome a dar mi nombre, y un repentino pavor enfermizo me invade.

¿Y si los federales todavía me están buscando? ¿Y si de alguna manera hay un vínculo en algún lugar entre Aria Lowe y Bianca Carlotti, o incluso Bree Walker, la chica que solía ser? ¿Y si le doy mi nombre y descubre quién soy y lo reporta?

Trago saliva con dificultad, y los ojos del policía se entrecierran mientras me estudia. Lo estoy poniendo en alerta con mi vacilación.

Le ofrezco una sonrisa falsa y mi nombre falso.

—No he visto nada sospechoso, oficial. Lo siento —Miro hacia mi puerta—. ¿Debería revisar dentro, solo por si acaso...?

—Sí. Hágalo —dice el policía con suavidad.

¿Demasiado suave? ¿Sospecha de mí?

Me toma un par de intentos meter la llave en la cerradura. Mis manos están temblando un poco demasiado. Pero al menos la puerta sigue cerrada y, cuando entro, el apartamento se ve tal como lo dejé.

No es que haya mucho aquí para robar, pero hay un pequeño televisor y un equipo de sonido que serían fáciles de llevar. Todavía están sobre el mueble de entretenimiento en la esquina.

—Parece estar bien —confirmo, el alivio en mi tono probablemente evidente para el policía que está en la puerta escaneando la habitación.

Señalo el equipo de entretenimiento intacto, y el policía asiente brevemente. Luego me dirijo al pequeño dormitorio y paso al baño, más por ser minuciosa que porque haya algo valioso en cualquiera de esos espacios para un ladrón.

Me detengo en seco.

La adrenalina sube violentamente por mi cuerpo en un repentino arrebato. Me agarro al marco de la puerta para evitar caer al suelo, y apenas logro contener un sollozo de terror.

Allí sobre la encimera, colocados pulcramente uno al lado del otro, están mis anillos de boda y compromiso. Los anillos que he mantenido escondidos en una caja de tampones sin usar en el fondo de mi cajón del baño desde que llegué aquí. Los anillos que juré no volver a ver nunca más, a menos que me desesperara y necesitara empeñarlos.

Los hermosos y ostentosos anillos que Rio colocó en mi dedo el día que me convertí en su esposa y prometí frente a una multitud de extraños amarlos, honrarlos y obedecerlos.

Los anillos que se convirtieron en un símbolo de mi cautiverio y me ataron a él y a su mundo violento. Irrevocable y para siempre.

Aria/Bianca

No tengo idea de cómo logro tambalearme de vuelta al pasillo y actuar como si todo fuera normal frente a Rick y el policía visitante.

De alguna manera, sonrío y asiento y hablo, y eventualmente el policía se va, aparentemente satisfecho, pero no tengo idea de lo que realmente se dijo, ni de cómo terminé de vuelta dentro de mi apartamento, con la puerta firmemente cerrada, y yo sentada en el suelo con mis brazos alrededor de mis rodillas.

Me ha encontrado. Pronto enviará a sus matones a buscarme. ¿Dispararán de nuevo, como lo hicieron la última vez? ¿Morirá gente inocente a mi alrededor?

Me balanceo hacia adelante y hacia atrás, sabiendo que tengo que huir. Sabiendo que mi incipiente amistad con Nita quedará en el olvido porque ni siquiera tendré la oportunidad de despedirme. Igual que antes, cuando Dave y Shelley recibieron disparos, y desaparecí de sus vidas como si nunca me hubiera importado ellos *ni* mi trabajo en el centro de rescate.

Odio con todo mi ser que esta sea ahora mi vida y que Rio me haya obligado a esto.

Lo que más odio es que el monstruo que acecha en las sombras de mi vida sea el padre de mi hijo. Y que no pueda dejar de amarlo más de lo que puedo dejar de respirar.

El odio y el amor, dijo una vez, son dos caras de la misma moneda. Tenía razón. Rio es mi vida, y probablemente anunciará mi muerte.

Dejo de balancearme y pongo las manos sobre mi abultado abdomen. *Pequeño, te prometo que haré todo lo posible para intentar mantenerte a salvo.*

La idea de proteger a mi hijo me impulsa a actuar. Me levanto de un salto y me apresuro por el apartamento, cogiendo mi mochila de la estantería superior de mi armario. La mayoría de las pertenencias aquí no son mías; vinieron con el apartamento, que se alquiló completamente amueblado. Así que solo me toma unos minutos meter mi escasa colección de ropa, dinero y artículos de aseo en mi bolsa.

La adrenalina alimenta mis movimientos, y mis extremidades tiemblan, pero no puedo permitirme perder ni un minuto más. Él estará aquí pronto. O al menos, sus hombres lo estarán. Y solo puedo imaginar qué instrucciones pueden haber recibido.

Traicioné a un jefe de la Mafia. Puede que aún sea su esposa, pero en su mundo, probablemente merezco morir.

Finalmente, los anillos sobre el mostrador son los únicos objetos míos que quedan. Los examino durante varios segundos, tentada de dejarlos como una señal para los hombres de Rio cuando vengán por mí. Una señal de que no me importa él ni nuestro matrimonio. Un mensaje de *jódete* que recibirá alto y claro.

Pero eso sería una mentira. Y cuando levanto la mirada hacia mi reflejo atormentado en el espejo sobre el lavabo, leo la verdad en mi expresión afligida.

Por supuesto que me importa. Me importa *desesperadamente*. Si aceptara abandonar la vida de la Mafia, correría de vuelta a él en un instante.

Pero no lo hará. No puede. No necesito pedirle lo imposible, pues lo *conozco*. La vida en la que

nació es parte de su sangre. La muerte y la violencia pueden manchar su alma, pero es parte de quien es.

Agarro los anillos y los meto en el fondo de mi mochila, tratando de ignorar la voz traidora dentro de mi cabeza que se burla: "Pero tú también naciste para esa vida, Bianca. Tu sangre, tu alma, está tan oscura y manchada como la suya."

Una última mirada alrededor del pequeño espacio que ha sido mi hogar durante los últimos tres meses más o menos, y tiro de la puerta, esperando a medias ver a los matones de Rio ya en el pasillo.

No seas estúpida, me digo a mí misma. Quien haya estado aquí necesita tiempo para llevar el mensaje a Rio, y luego él necesitará tiempo para organizar un equipo que venga aquí y... ¿Y qué? ¿Matarme? ¿Secuestrarme de nuevo? ¿Lastimarme, como seguramente debo haberlo lastimado a él?

No tengo idea de lo que pueda haber planeado para mí. Pero tendrán que atraparme primero.

Estoy segura de que no tiene a nadie ya sobre el terreno aquí en Cleveland; su alcance no puede estar en todas partes, y no veo por qué esta ciudad estaría en su radar en absoluto.

Tengo tiempo para escapar. Estoy segura de ello.

Me apresuro hacia las escaleras, tropezando a mitad del último tramo en mi prisa. Me agarro a la barandilla para estabilizarme y procedo más serenamente hacia el primer nivel. No puedo permitirme un tobillo torcido, o peor aún, que le pase algo a mi bebé si me caigo.

Despacio y constante, Aria. Canto las palabras en mi cabeza, una y otra vez, como un encantamiento calmante. *Despacio y constante, un pie delante del otro, y pronto, estarás oculta una vez más.*

Llego a la calle y miro a ambos lados en busca de signos de persecución antes de dirigirme hacia la parada de autobús más cercana, a solo unas puertas de mi edificio. Ningún sedán oscuro o coche de ciudad a la vista. Ningún matón con traje. Todavía no, al menos.

Pienso tomar el primer autobús que pase, y luego decidir qué hacer después una vez que esté en camino. Tendré que abandonar el nombre de Aria Lowe, por supuesto. Él tendrá esa información ahora, dado que encontraron mi lugar y entraron.

Estoy tan cansada de cambiar mi nombre. Cansada de tratar de reinventarme, cuando todo lo que quería hace menos de un año era salir y disfrutar de mi vigésimo quinto cumpleaños celebrando con un martini de espresso.

Eso parece hace tanto tiempo ahora. Una vida. Más que eso, incluso.

Luché por mantener a Bree Walker, pero al final, acepté que Bianca Carlotti era mi destino; mi derecho de nacimiento. El nombre Aria es útil, y desearía *ser* ella, pero no lo soy. No importará cómo me llame, ahora o en cualquier momento en el futuro. Bianca Carlotti-Agosti es quien siempre seré, en lo más profundo, ya sea que quiera serlo o no.

Estoy estudiando el horario en el lateral de la parada de autobús, tratando de decidir si esperar aquí o dejar esta zona a pie y encontrar otro lugar desde donde tomar mi próximo autobús a ninguna parte, cuando el ronroneo de un motor detrás de mí hace que mi ritmo cardíaco casi se detenga.

Los coches ordinarios no suenan tan suaves, tan poderosos.

Lentamente, me doy la vuelta, sabiendo lo que veré antes de que la verdad se materialice ante mis ojos.

Una gran limusina negra se desliza hasta detenerse a mi lado, y quiero gritar y gritar y gritar porque sé exactamente lo que significa. Pero cuando abro la boca, nada sale excepto un pequeño gemido.

Hasta que la puerta trasera se abre, y emerge una pierna cubierta de pantalón negro, seguida por otra. Cuando el hombre de gran complexión emerge y se despliega en toda su estatura, me quedo boquiabierta ante la aparición frente a mí. Mi gemido anterior se convierte en un lamento.

Porque este no es uno de los matones de Rio. No es Danelli, el segundo de Rio, a quien he estado vigilando por encima del hombro desde que huí.

De pie frente a mí, mirándome con la expresión más fría que jamás he visto en ningún ser humano, está el propio Rio Agosti.

Vino por mí. Personalmente.

Mi marido, aquí en persona para vengarse de la mujer que lo traicionó. Y no puedo hacer nada más que seguir mirándolo fijamente, porque cada parte de mi cuerpo está congelada en su lugar por el terror.

Capítulo Cuatro

"La forma más común en que la gente renuncia a su poder es pensando que no tiene ninguno."

Alice Walker

Rio

Su cabello y ojos son diferentes, pero reconocería a mi esposa en cualquier parte. Su mera presencia me energiza como nadie más, y ninguna cantidad de pelucas o lentes de contacto de colores pueden ocultarla de mí.

Está más delgada de lo que recuerdo, sin contar el vientre embarazado, por supuesto. Pero sus pómulos sobresalen, su mandíbula está más definida, y sus mejillas están pálidas. Demasiado pálidas. Esas señales me dicen que no se ha estado cuidando tan bien como podría. Como debería, cuando está llevando al heredero Agosti.

Sus ojos son enormes en su rostro, rodeados de círculos oscuros que deberían hacerla parecer mayor, más cansada. Pero en cambio, solo parece... frágil. Delicada. No lo que esperaba.

Pero el desafío en su expresión tensa y el fuego en sus ojos —aunque sean de un azul falso, no su habitual marrón miel— son tan intensos como recuerdo de antes. E instantáneamente, mi cuerpo se tensa en una excitación no deseada.

Mierda. No esperaba que aún tuviera tanto efecto en mí.

No *quiero* sentir nada por esta mujer excepto una fría y dura ira.

Cuando llamé a Danelli a mi oficina, tenía toda la intención de ordenarle que subiera a mi jet privado para venir aquí en mi nombre. Las palabras que salieron de mi boca sorprendieron a mi segundo, pero me sorprendieron aún más a mí.

—Prepara el jet. Voy a buscar a mi esposa.

—Espere, jefe, no creo que usted... —Se tragó lo que fuera que planeaba decir después de que lo clavé con la mirada, y asintió en su lugar—. Sí, señor. Haré las llamadas.

No sé por qué estoy aquí. Como un recadero. Un mensajero. Debería haber dejado que Danelli viniera en mi lugar. Que yo esté aquí envía el mensaje equivocado a todos. Me hace parecer enamorado. Patético.

Debería ser el cazador *acechando* a su presa, no persiguiéndola como un cachorro.

Pero aquí estoy, y aquí está ella, y quiero simultáneamente ponerla sobre mis rodillas y darle una paliza, o abrazarla y no dejarla ir jamás.

Débil. Ella me hace débil.

—Sube al coche. Y luego quítate la peluca y los lentes de contacto. —Mi tono es gélido.

Bien. Al menos me queda algo de control cuando se trata de ella. Aunque sea solo mi voz.

Doy un paso a un lado y le hago un gesto para que entre, pero en lugar de obedecer

inmediatamente, da un pequeño paso hacia atrás. Todavía pensando en huir, incluso cuando sabe que es imposible.

—¿Cómo me encontraste? —Su voz flota entre nosotros, apenas un susurro, pero mis sentidos están tan sintonizados con ella que capto otros matices en su tono.

Está aterrorizada, y al mismo tiempo, está furiosa, pero hay algo más corriendo bajo las palabras, no exactamente alivio. No puedo identificar qué es. Si no supiera mejor, adivinaría que es un elemento de deseo. Pero eso no puede ser. Nunca habría huido en primer lugar si el deseo aún viviera en su corazón.

Y sin embargo, es ese elemento desconocido e indefinible lo que excita mi sangre de una manera que no puedo explicar.

—Rossi nos llevó a Augusta y nos dio tu nombre falso. —Incluso con esa pista, los investigadores perdieron su rastro después de eso, hasta un fortuito golpe de suerte.

—¿Carlos Rossi? Pero él... ¿Por qué lo haría...?

Frunce el ceño, y sonrío ante su obvia confusión, aunque la falta de humor en mi expresión debe ser clara porque retrocede ante la sonrisa.

—Sí. Lo pensó dos veces antes de ayudarte, Bianca, especialmente cuando no llegaste al encantador hogar que había preparado para ti. Al final decidió que prefería entregarte a enfrentar mi ira cuando descubriera lo que había hecho.

—¿Está él... Tú...? —Su mano revolotea en su garganta como si no pudiera articular su pregunta.

—¿Lo maté? —*Quise hacerlo, pajarito.* Estuve tan cerca que le puse la pistola en la cabeza y solo me detuve cuando suplicó por su vida.

Hago un gesto de nuevo, y esta vez, ella sube al compartimento trasero de la limusina sin protestar. Cuando ambos estamos sentados, con ella frente a mí, doy un golpe con los nudillos en la partición detrás de mi cabeza para indicarle al conductor que se mueva. Ella hace lo que le ordené y se quita la peluca y los lentes de contacto, luego se revuelve el pelo con la mano, soltando sus propios mechones ligeramente sudorosos. La estudio de cerca, queriendo evaluar su reacción a mis siguientes palabras.

—Rossi mostró un poco de sensatez al venir a mí, y después de suplicar por su vida, proporcionó información sobre un rival que podría haber estado involucrado en acciones contra mi familia. Por lo tanto, lo he perdonado. Por ahora. Excepto por uno de sus dedos. Eso no se lo perdoné.

Ella jadea.

—¿Su... *dedo*? ¿Le cortaste...?

Abre y cierra la boca un par de veces, como si planeara agregar algo más y luego cambiara de opinión.

Mi monstruo interior disfruta de su conmoción. *Sí, pajarito. Este es a quien has traicionado.*

—Pero no es a Carlos Rossi a quien le debes mi visita hoy. *Tu* traidor está un poco más cerca de casa que eso.

—¿Mi traidor? ¿Qué quieres decir?

Me inclino hacia adelante, empujando deliberadamente en su espacio, notando el parpadeo de sus ojos. Ella es tan consciente de mí en un sentido físico como yo lo soy de ella.

—Quiero decir, mi querida Bianca, que el *karma* es una perra. Tú me traicionaste, y a su vez, tu amiga Nita te traicionó a ti.

Bianca

—No te creo. —Eso no puede ser verdad. Nita no haría eso.

Pero incluso mientras lucho contra el impulso de lanzarme sobre él y abofetearlo por su malvada mentira, sé en el fondo que está diciendo la verdad.

Debe ser así. ¿De qué otra manera podría saber sobre Nita?

A menos, por supuesto, que sus matones me hayan estado acechando durante algún tiempo y hayan escuchado mi encuentro para tomar café con ella. Pero yo estaba vigilando la puerta, y no había nadie lo suficientemente cerca para escuchar nuestra conversación.

El hielo llena mis venas cuando un pensamiento se entromete.

—¿Está Nita bien? No la lastimes. Por favor, ella no tiene nada que ver con tu mundo. Tu violento y enfermo mundo. Tiene hijos.

Una de las cejas de Rio se levanta, y su nariz se arruga ligeramente como si yo fuera simplemente un trozo de basura en la suela de su zapato.

—¿Mi mundo violento y enfermo? Sí, es violento. Sí, puede ser enfermo a veces. Pero no es simplemente *mi* mundo, Bianca. Es *nuestro*. Naciste en la vida de la Mafia, y nuestro *mundo* corre por tus venas. No seas tan rápida para juzgar.

Levanta su teléfono móvil y toca la pantalla unas cuantas veces, luego me lo extiende. No quiero mirar. Sé que cualquier cosa que esté tratando de mostrarme será algo malo. Algo hiriente. Pero no puedo evitar que mi mirada caiga sobre la pantalla.

Veo un artículo de noticias sobre personas de negocios prominentes en Boston—"movers and shakers", los llama el artículo. Y justo ahí, decorando el artículo, hay una fotografía de Rio conmigo colgada de su brazo. Debe haber sido tomada la noche del evento de gala donde conocí por primera vez a la agente federal, Felicity. Reconozco mi vestido y el fondo del hotel en la marina.

—Ella vio esto en su feed de noticias y te reconoció —dice Rio con suavidad, mientras un sentimiento de náusea sube por mi garganta—. Y luego llamó a mi oficina. Dana le pasó el mensaje a Danelli. ¿Aún no me crees?

—No —susurro, pero por supuesto ambos sabemos que estoy mintiendo. Su explicación suena a verdad.

Dana es la asistente de Rio, y puedo imaginar su emoción al recibir tal llamada y poder complacer a su jefe con la noticia.

Como todos los que trabajan para Rio, ella lo adora y le teme en igual medida.

Apoyo mi cabeza contra el asiento y cierro los ojos, tratando de bloquearlo. ¿Cómo puede estar

pasando esto? ¿No hay ningún lugar seguro fuera del alcance de Rio Agosti?

—Toma.

Abro los ojos para verlo extendiendo su teléfono de nuevo, solo que esta vez ha marcado un número, y el teléfono está sonando. Cuando una mujer contesta, pone el auricular en altavoz para que ambos podamos oírla más claramente.

—¿Hola? ¿Quién es? ¿Hola? —La voz de Nita llena el espacio en el coche.

Quiero vomitar sobre el regazo de Rio, pero en su lugar, simplemente digo:

—Nita. ¿Por qué? ¿*Por qué?*

Hay una brusca inhalación al otro lado, y luego Nita responde con una voz llena de arrepentimiento:

—Lo siento mucho, Aria. ¿O debería decir Bianca? Pero cuando vi esa foto y me di cuenta de quién eras, yo... —Hace una pausa, como si se tomara el tiempo para elegir cuidadosamente sus palabras.

No importa qué palabras use. La traición es traición.

—Tuve que pensar en mis hijos, Aria. Cuatro menores de cinco años, y su padre idiota se fue. Lo tomé a la ligera contigo, pero no puedo hacerlo, cariño. No por mi cuenta. Necesitaba el dinero para ayudar, al menos por un tiempo. Realmente lo siento, ¿sabes?

—Claro. Como sea. Espero que te haya pagado bien. Adiós. —Me inclino hacia adelante y presiono el botón de finalizar antes de que Rio pueda hacerlo, luego me muevo por el asiento hasta que estoy lo más lejos posible de mi marido. Me envuelvo con mis brazos, luchando contra las náuseas.

Lo cierto es que ni siquiera puedo culpar a Nita. No realmente. Ella hizo exactamente lo mismo que yo. Yo traicioné a Rio y huí de él para proteger a mi hijo. Ella me traicionó por sus hijos. Simplemente fue mejor haciéndolo que yo.

Como dijo Rio, *karma*. Realmente es una perra.

Suelto una risa por la ironía, luego sigo riendo, hasta que la risa se convierte en sollozos, y me tapo la boca con una mano en un vano intento de detener los sonidos histéricos que emergen.

Él guarda su teléfono, luego se sienta en silencio, estudiándome.

El silencio es peor que su temperamento furioso. Puedo notar que está hirviendo con emociones no expresadas, pero la falta de expresividad significa que solo estoy esperando la explosión. Y cuanto más tiempo no llega, más difícil se vuelve simplemente esperar la reacción.

Finalmente, no puedo soportar el silencio por más tiempo.

—¿Vamos a conducir todo el camino de vuelta a Boston? ¿Y a dónde vamos en Boston? ¿Todavía vives en la finca junto al río, o tienes algún lugar nuevo donde pasas el tiempo?

—*Desde la masacre*. No digo esto último, pero su ojo se contrae en el más mínimo gesto revelador.

El recuerdo claramente aún le afecta. Como debería. Perdió a su tía en ese ataque a la finca, junto con varios empleados.

—Bueno, Rio, ¿qué? Tengo derecho a saber qué vas a hacer conmigo.

—¿Tú crees que tienes derechos? ¿Después de tu traición?

No hay emoción en su tono. Ni luz en sus ojos. Tal vez inventé todos los sentimientos más suaves que pensé que había desarrollado hacia mí en mi breve tiempo como su esposa.

O tal vez esos sentimientos eran verdaderos, y los destruí cuando huí. Tal vez estaba tan poco acostumbrado a confiar en alguien que cuando traicioné esa confianza, todo lo humano en él simplemente se marchitó y murió.

—Por favor, Rio. ¿Estamos conduciendo de vuelta a Boston?

La comisura de su ojo vuelve a contraerse brevemente, antes de que se frote el área con un dedo. El tic desaparece como si nunca hubiera existido.

—Volaremos de regreso. El aeropuerto no está lejos.

Su boca se cierra de golpe, como si incluso esa breve explicación fuera demasiado para haber revelado.

—¿Vas a matarme, Rio?

No pretendo que la pregunta salga tan temblorosa, pero cada parte de mí está aterrorizada por lo que me espera.

Él se ríe, un sonido breve y sin humor. Me presiono contra el cuero del asiento, pero no hay a dónde ir.

—Aún no, pajarito —responde en un tono suave.

La suavidad es engañosa. Escucho la ira subyacente debajo.

—Estás llevando a mi hijo. Cuando nazca el bebé, reconsideraré tu futuro entonces.

—Pero...

—No, Bianca. No hay pero. No hay si. No hay tal vez. Cállate ahora. Tengo trabajo que atender.

Se aleja de mí, girando su cuerpo para ya no estar frente a mí, y presiona un par de botones en la puerta a su lado. Una mesa se eleva desde el suelo de la limusina, y rápidamente muevo mis pies a un lado para que no queden atrapados en el mecanismo. La mesa sostiene una brillante laptop plateada. Abre la tapa y comienza a teclear, y el resto de nuestro viaje al aeropuerto transcurre en silencio.

Tengo tantas preguntas sin respuesta, la mayoría de las cuales tengo miedo de hacer.

Aún no, dijo. ¿Qué significa eso? Cuando mi bebé llegue, ¿va a matarme y tirar mi cuerpo al río detrás de su finca? ¿Voy a recibir el tratamiento de botas de cemento del que todos hablan en las películas? ¿Es eso algo real en el mundo de Rio?

Por supuesto que lo es, susurra mi mente. *Sabes qué tipo de mundo habita.*

No puedo controlar mi corazón acelerado, y tomo respiraciones profundas y entrecortadas, luchando por ralentizar todo y detener el miedo que recorre mi sistema. La estrategia de respiración no funciona.

No sé exactamente qué tiene Rio planeado para mí de vuelta en Boston, pero sí sé una cosa. No

será agradable.

Y, muy posiblemente, podría resultar mortal.

Capítulo Cinco

"Todos somos cautivos de algo, incluso de cosas que no queremos admitir".

Raven Kennedy, *Glint*

Rio

Quiero tocarla. Quiero apartar este maldito portátil y arrastrarla a mi regazo. Recordarle lo que teníamos juntos. Antes de que huyera. Pero eso dice más sobre mí y mi frágil control que sobre cualquier otra cosa, y últimamente, siento que me aferro a mi poder por los pelos.

Así que, por ahora, mantengo mis manos en el teclado y la ignoro estudiadamente mientras finjo examinar algunos informes enviados por mi equipo contable. Su aroma llena el interior de la limusina, y me esfuerzo por no ser obvio cuando inhalo los cítricos que impregnan el aire.

Extrañé su aroma. La extrañé a *ella*.

Que mi propia esposa huyera de mí era una cosa, pero ahora la tengo de vuelta, y no se me escapará de nuevo.

Carlos Rossi y ese lío con Anders es otro nivel de desastre.

Anders invadió mi hogar. Mató a mi propia sangre. Quizás no en nombre de Rossi, pero definitivamente no actuaba por cuenta propia. Alguien tiraba de sus hilos, y es hora de que descubra quién y le haga una visita.

La venganza no es un plato que se sirve frío. Cuando se trata de la familia, la venganza se sirve tan caliente que quema todo lo que toca.

Quien envió a Anders va por mi familia. Por mi negocio. Por *mí*.

Su mensaje fue alto y claro, y algunos están escuchando; preguntándose si he perdido mi control sobre Boston. Necesito recuperar mi control antes de que estalle una guerra total.

Carlos Rossi reveló información útil sobre Anders, y esa es la única razón por la que no está muerto. Por ahora, lo necesito vivo para que siga proporcionándome la información que requiero para mantener mi posición al frente de la familia.

La investigación de Rossi descubrió que Anders había cambiado su lealtad a un nuevo jugador en el campo. Nadie ha podido averiguar quién es, de dónde vino o dónde está ahora, más allá de rumores sobre un nombre. Anton. O Antonio.

Danelli y mis diversos equipos están en el trabajo, al igual que la firma de investigación privada que uso de vez en cuando. No ha salido a la luz nada sobre alguien llamado Antonio o Anton, o varias otras derivaciones de ese nombre.

Le echo un vistazo a Bianca, preguntándome si conoce a alguien llamado Anton. No puedo creer que fuera otra cosa que una completa inocente cuando me la trajeron por primera vez. Las comprobaciones de antecedentes fueron demasiado exhaustivas como para pasar por alto algo significativo. Aunque la idea es absurda, no la descarto por completo. Su traición pudo haber ocurrido solo después de que nos casáramos, cuando los agentes federales en el evento de gala le metieron en la cabeza la idea de derrocarme.

Pero la confianza se destruyó el día que huyó. Y no sé si alguna vez la recuperará.

Otro correo electrónico capta brevemente mi atención. Ha habido problemas en el muelle. De nuevo. Es la tercera vez en los últimos dos meses que uno de nuestros envíos se ha retrasado en tránsito. Mi boca se tensa. El muelle es nuestro, personal clave comprado y pagado desde hace más tiempo del que puedo recordar. Desde la época de mi padre, de hecho. No debería haber problemas con ninguno de nuestros envíos, incluso si los federales han decidido intervenir y causar problemas.

Marco el mensaje para tratarlo tan pronto como regrese a mi oficina y tenga la oportunidad de hablar en privado con Danelli. Mientras tanto, escribo una respuesta a mi abogado, Carnarvon, diciéndole que investigue el lado financiero de las cosas y se asegure de que nada ha cambiado en ese aspecto.

Desde que Bianca huyó, siento como si hubiera estado luchando contra incendios en cada esquina. Cada problema ha sido pequeño y rápidamente resuelto, pero es solo cuestión de tiempo antes de que alguien decida intentar nuevamente destronar la base de poder de los Agosti-Carlotti.

Mis pensamientos inevitablemente vuelven al hombre misterioso detrás del ataque que mató a mi tía. Debo encontrarlo. El hombre, quienquiera que sea, atacó el corazón de mi familia y mi hogar. Eso no puede quedar impune. Si permito eso, entonces merezco perder mi posición.

Eso es lo que Bianca probablemente no entiende. Su acto de desafío contra mí tenía el potencial de debilitar nuestro control sobre esta ciudad. Su intento de libertad, viniendo tan pronto después del ataque a mi familia, ha significado que debo apretar mi control sobre el negocio.

Pública y poderosamente.

Si no lo hago, entonces nos arriesgamos a una guerra territorial total.

Y desafortunadamente para mi querida esposa, ella es la que está a punto de sufrir las consecuencias.

Bianca

Rio me ignora durante la mayor parte del viaje. El vuelo no es largo, pero parece una eternidad. Me colocan en un asiento en el extremo opuesto de la cabina al de él, y un asistente me abrocha el cinturón. Como si fuera una niña y no pudiera hacerlo yo misma. A mitad del vuelo, mi espíritu contrario me domina, y me levanto y me muevo al asiento de cuero frente a Rio, sentándome y mirándolo fijamente con la esperanza de captar su atención.

Él levanta la vista brevemente, me atraviesa con esa intensa mirada color chocolate, luego hace un gesto con la mano, y el asistente aparece aparentemente de la nada, tomando suavemente mi brazo y urgiéndome a volver a mi asiento designado.

¿Así es como va a ser de ahora en adelante? ¿Me está castigando con la ley del hielo?

Parece infantil, y no lo que esperaba de un hombre como él.

Casi espero una mazmorra y esposas. Y no del tipo esponjoso y erótico.

No es hasta que estamos de vuelta en Boston y dentro de otra limusina, deslizándonos por la

ciudad que solía llamar hogar, que se digna a hablar una vez más.

—¿Por qué conservaste los anillos?

—¿Perdón? Es decir... ¿te refieres al anillo de boda que tus hombres fotografiaron? ¿En mi baño?

Su asentimiento es corto y brusco.

—Bueno, porque... —¿Por qué los conservé? ¿Por qué los tomé en primer lugar?—. Yo...

Te amo, y quería un recordatorio de ese amor, aunque lo que teníamos fuera retorcido, tóxico y malsano.

—Porque valen dinero y planeaba empeñarlos en el futuro cuando los necesitara —digo.

Espero que su expresión se endurezca, que sus ojos chispeen con disgusto.

En cambio, su boca se tuerce hacia arriba y suelta una pequeña risa. —Te conozco, Bianca. Y cuando mientes, la comisura derecha de tu boca se contrae ligeramente.

¿En serio? Me llevo los dedos a los labios. Su sonrisa se ensancha.

Mi corazón da un vuelco, pero no de miedo. Cuando sonrío así, aunque sea solo por un momento, mi cuerpo responde a su cercanía como siempre lo ha hecho. Con un destello de necesidad tan inapropiado como indeseado.

Me giro y miro por la ventana, intentando recrear la distancia entre nosotros. Alzo las cejas cuando me doy cuenta de dónde estamos. La limusina reduce la velocidad mientras se acerca a las puertas de la finca de Rio en Boston.

—¡Oh! No pensé que volverías aquí, después de Francine...

Me trago el resto de la frase. Francine fue cómplice de mantenerme cautiva, pero lo hizo porque Rio quería que lo hiciera, y ella amaba a su sobrino —a toda su familia— con todo su corazón. ¿Cómo puedo culparla por eso? Incluso llegué a apreciarla, al final. No merecía morir. Las lágrimas amenazan con salir y parpadeo para alejarlas.

—Lo siento por tu tía, Rio. No estoy segura de habértelo dicho realmente, pero ella y yo... me caía bien. Y lamento tu pérdida.

Él gruñe. —No había vuelto hasta ahora. Y gracias. Francine fue leal a nuestra familia hasta su último aliento.

Hay una pausa, y luego añade: —La memoria de mi tía vivirá en todos nosotros.

Sus últimas palabras rozan la parte posterior de mi cuello. Me sobresalto y me giro para mirarlo. Tan cerca. Su brazo se extiende detrás de mi cabeza a lo largo del respaldo del asiento. Si inclino la cabeza hacia atrás, aunque sea un par de centímetros, podría apoyarme en su hombro o en su brazo.

La tentación de hacerlo es casi abrumadora, especialmente cuando su aroma fresco me envuelve. La loción para después del afeitado que siempre me gustó, sutil y sexy, juega con mis fosas nasales e infunde en mis extremidades una repentina letargo.

Levanto la mirada hacia su rostro y leo lo que obviamente quiere que vea en este momento. Deseo. Deseo crudo y desnudo, superpuesto con una ira latente.

No puedo evitarlo. Alzo la mano y acaricio su fuerte mandíbula. —¿Me odias, Rio, por lo que hice?

Él se inclina hacia mi caricia, por apenas un segundo, antes de que sus ojos se entrecierren y el momento de conexión desaparezca. Se aparta ligeramente en el asiento, y yo dejo caer mi mano en mi regazo.

—No te odio. Odio lo que me hiciste. Y en mi posición, no puedo dejar ese acto sin castigo. Lo sabes, ¿verdad? Seguramente, conocías las consecuencias de desafiarme.

Aprieto y aflojo los dedos, observándolos casi con indiferencia. —Sí, lo sabía. Pero tenía que arriesgarme. Por ella. O por él.

Poso brevemente mi mano sobre mi vientre, y su mirada baja para estudiar mi barriga.

—¿Cómo vas a castigarme? —Desearía que mi voz no fuera tan ronca. Revela tanto sobre el efecto que tiene en mí.

Es tan grande, tan vital, que su mera presencia hace que sea difícil respirar, y mucho menos hablar.

Él abre la boca, hace una pausa como si estuviera considerando sus palabras, y luego asiente hacia la ventana. —Hemos llegado.

Su anuncio es un conveniente cambio de tema, y yo suelto un suspiro frustrado.

La limusina reduce la velocidad y luego se detiene frente a la grandiosa entrada del pórtico de la finca donde pasé tanto tiempo antes de huir. La finca donde nos casamos, en la capilla en los terrenos de esta gran casa.

Aparte del obvio deseo de no estar aquí en Boston en absoluto, mis sentimientos sobre el regreso son conflictivos. Sigo preguntándome dónde estaba Francine cuando la abatieron a tiros. Sé que algunos de los hombres de Rio también perdieron la vida en el tiroteo aquí en la finca.

No soy muy supersticiosa, pero aun así, la idea de tanta muerte justo aquí en nuestro hogar es inquietante. Estoy segura de que no habrá rastro de lo que sucedió, aunque Rio, por su propia admisión, no haya vuelto desde entonces.

El lugar habrá sido limpiado y restaurado a su antigua gloria, y la vida aquí sin duda ha continuado como siempre, al igual que todo en este mundo violento en el que me he visto arrastrada.

Una patada en mi interior me sobresalta, y acaricio suavemente mi vientre, sacando fuerzas del conocimiento de que mi bebé está bien y se está haciendo notar. El conductor de la limusina ha bajado y nos abre la puerta, pero me detengo cuando me doy cuenta de que Rio me está mirando intensamente.

O para ser más precisa, está mirando de nuevo mi vientre embarazado, como si él también hubiera sentido esa patada.

Imposible, y sin embargo lo supo. El bebé pateo de nuevo, y yo salto.

Él extiende una mano, luego se detiene con los dedos extendidos en el aire. —¿Puedo...?

Es su hijo. El pensamiento rebota dentro de mí como una bola en una máquina de pinball

antigua.

Huí de él para proteger a mi bebé de esta vida, de este mundo. Pero por primera vez, realmente me doy cuenta de lo que le hice.

Hice lo imperdonable. Le arrebaté a su hijo.

Capítulo Seis

"Si somos valientes, el amor rompe las cadenas del miedo de nuestras almas".

Maya Angelou

Bianca

Rio tiene tanto derecho a estar involucrado en la vida de este bebé como yo. No importa quién o qué sea, santo, hombre o monstruo.

—Por supuesto —respondo, extendiendo la mano para tomar la suya.

Lo guío hacia donde sentí la última patada. Él coloca su mano sobre mi abultado abdomen, un gesto sorprendentemente íntimo, y se hace el silencio en el vehículo mientras esperamos. Tiene la cabeza inclinada. Está muy concentrado.

Justo cuando estoy a punto de darme por vencida y sugerirle que retire su mano, otra patada golpea mi interior. Rio deja escapar un jadeo ahogado. Sus ojos se abren de par en par y sus labios se separan ligeramente mientras levanta la mirada hacia mí.

Las lágrimas nublan mi visión ante la maravilla de su expresión.

Casi le arrebaté este momento.

He sido egoísta, y aunque todavía creo que hice lo correcto al intentar proteger a mi bebé del mundo del crimen organizado, no puedo protegerlo de Rio. Él tiene derecho a conocer a su propio hijo. Y cada niño tiene derecho a conocer a su padre.

Yo *no* tengo derecho a quitarles la opción de estar en la vida del otro.

—Lo siento, Rio —aprieto sus dedos, y a pesar de mis esfuerzos por contenerlas, un par de lágrimas se escapan. Se deslizan silenciosamente por mis mejillas, una cayendo sobre el dorso de nuestras manos unidas.

Él usa su mano libre para limpiar la humedad con la yema de su pulgar. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo y se centra en mi núcleo.

Oh. No me había dado cuenta de que podía sentirme excitada estando embarazada. No sé si eso es normal. Nunca había conocido a nadie embarazada antes que Nita, y no habíamos llegado a la etapa de hablar sobre cosas íntimas como... *eso*. La sensación entre mis muslos es un dolor familiar, pero de alguna manera magnificado cien veces más de lo que era la última vez que estuve con Rio de manera sexual.

¿Es porque lo he extrañado tanto como le he temido? No me había sentido excitada desde el día que me subí al autobús hacia Augusta, pero anhelaba su poderosa presencia en mi vida cada momento de vigilia, incluso cuando sabía que era insano.

Es mi obsesión. Tenía razón cuando hablaba en el pasado sobre el amor y el odio como dos caras de la misma moneda.

Debe notar mi reacción. Sería imposible no hacerlo cuando mis muslos se separan casi involuntariamente como invitando su toque en el vértice entre ellos. Mis mejillas se calientan

ante la necesidad cruda que oscurece sus iris casi hasta el negro.

Su mano en mi vientre se tensa, y me preparo, esperando que se incline y reclame mi boca con la suya.

Soy tuya, Rio. Aunque no quiera serlo. Ambos lo sabemos.

Mis labios se separan, y espero. Pero al final, él no se mueve hacia mí.

En cambio, dice suavemente:

—Es fuerte. Eso es bueno.

Hay orgullo en su tono.

De alguna manera, logro soltar una leve risa.

—Querrás decir que *ella* es fuerte. Por supuesto que lo es. Tiene mi sangre. Y la tuya.

Él gruñe.

—Ya veremos. Niño o niña, Bianca, estaré contento mientras nuestro hijo esté sano.

La respuesta perfecta. *Dios mío*. Es más fácil si sigue siendo un monstruo. Esta versión de Rio no parece monstruosa en absoluto, y eso hace mucho más difícil mantener cualquier barrera entre nosotros.

Recuerda lo que dijo, me recuerdo a mí misma.

No te mataré. Todavía. Consideraré tu futuro después de que nazca el bebé.

Alguien fuera del coche se aclara la garganta, y el momento se disipa en el aire. Bajo torpemente del vehículo, y dos matones de traje oscuro se adelantan para agarrarme por los brazos. Me flanquean, asegurándose así de que no pueda moverme un paso en ninguna dirección sin su cooperación.

—¡Espera, Rio! ¿Qué...?

—Ya sabes dónde llevarla, Mitch —le dice al hombre parado a mi izquierda—. Tienes tus instrucciones.

Luego se da la vuelta, sube las escaleras que marcan la entrada y desaparece dentro del edificio, dejándome con estos dos extraños armados e inexpresivos. Extraños que representan todo de lo que intenté huir. Extraños que me conducen por la entrada principal tras los pasos de Rio.

Cuando llego al vestíbulo, automáticamente me dirijo hacia la escalera, pero el hombre llamado Mitch me jala en otra dirección completamente distinta.

Me guían por el largo pasillo, pasando por la oficina de Rio en la planta baja y otras habitaciones en ese nivel, hacia un pequeño ascensor cerca de la parte trasera del edificio que noté la última vez que estuve aquí pero nunca llegué a explorar. Solo hay un nivel por encima de nosotros, así que no me sorprende cuando el ascensor se dirige hacia abajo en lugar de hacia arriba. Las puertas se abren a un corredor, brillantemente iluminado con tubos fluorescentes y con paredes y suelo de hormigón.

¿Qué tan profundo estamos bajo tierra? No tenía idea de que hubiera toda una madriguera de habitaciones y pasillos en las profundidades de la propiedad. ¿Qué estaba pasando bajo mis pies

mientras yo vivía en relativa inocencia arriba?

Mi corazón late aceleradamente cuando nos detenemos frente a una puerta metálica abierta. Todo el lugar da vibras de prisión. Cuando echo un vistazo al interior y veo una suite de dormitorio y sala de estar completamente equipada con paredes empapeladas en oro y blanco y una gruesa alfombra color crema, empiezo a negar con la cabeza.

—No. No, no, no... —¿Me está encerrando, literalmente, en un calabozo? Bromeé en mi mente sobre un calabozo y esposas, pero no esperaba realmente... —. Sobre mi cadáver.

Planto mis pies más firmemente en el suelo y apoyo mis brazos contra el marco de la puerta, pero es inútil. Uno de los matones desprende mis dedos aferrados del marco, y el otro me levanta y me lleva por el umbral hacia mi nuevo hogar.

Me deja caer junto a la cama y se mueve rápidamente de vuelta a la puerta.

—Alguien traerá la cena en un par de horas —dice el que se llama Mitch, y luego se van.

Así sin más, me quedo sola en esta jaula dorada. Encarcelada, una vez más, por un monstruo de la mafia y su equipo de matones.

Rio

Me encuentro de pie frente a la ventana de mi oficina en la finca, contemplando el atardecer. Las puertas francesas plegables conducen desde la oficina hacia la terraza pulcramente pavimentada y ofrecen una vista de los ondulantes jardines que descienden hacia el río que bordea mi propiedad. Los rayos del atardecer tiñen el paisaje de un dorado anaranjado, y si fuera un hombre emotivo, quizás me conmoviera tal vista.

Por el rabillo del ojo, vislumbro la capilla donde Bianca y yo nos casamos, y mi boca se tensa al recordar todo lo que ha sucedido desde entonces. Ese día parece haber ocurrido hace una eternidad. ¿Realmente fue hace menos de un año?

Bianca ha puesto todo patas arriba desde entonces.

La estuve buscando durante tanto tiempo antes de ese día, y no tenía idea de qué haría con ella cuando la encontrara.

Igual que ahora. ¿Qué voy a hacer con mi rebelde esposa fugitiva?

Puede que aún esté enojado con ella —y al principio estaba ardiendo, incandescente de ira— por el hecho de que huyó, pero entiendo por qué lo hizo, y no puedo culparla por querer proteger a su hijo.

Nuestro hijo.

Esta vida es a menudo violenta, rara vez segura, y todas las acciones tienen consecuencias. Desafortunadamente para Bianca, mi hermosa pajarita, eso la incluye a ella. Nadie puede ser una excepción a esa regla. Si permito que una persona se aproveche de mí, mi base de poder se derrumbará y caerá más rápido de lo que puedo parpadear.

No *quiero* castigar a mi esposa. *Tengo* que castigarla. No tengo elección.

Me aparto de la ventana para enfrentarme a mi segundo, quien debe tener la paciencia de un

santo para soportar mis recientes estados de ánimo día tras día.

Ha estado esperando en silencio desde que preguntó qué deberíamos hacer con Rossi. Esperando a que estuviera listo con una respuesta.

—Rossi es un problema que tendrá que ser resuelto —concedo—. Más pronto que tarde. Pero aún lo necesito vivo, por ahora. Estoy seguro de que tiene información sobre el pasado que quizás ni siquiera sabe que es valiosa. Necesito esa información, Danelli.

—Sí, jefe. —La expresión de mi segundo muestra perplejidad. Con razón espera más explicaciones.

No puedo decirle que he estado operando por instinto en lo que respecta a Rossi, habiendo sospechado durante algún tiempo que las muertes de mis padres y las de Bianca están relacionadas, a pesar de que los crímenes ocurrieron con varios años de diferencia. En mi posición, no se consideraría suficiente tener un presentimiento sobre algo. Pero ahora tengo pruebas, y es hora de actuar.

—Carnarvon envió un informe esta mañana que confirma que el ADN encontrado en la escena del asesinato de mis padres coincide con una muestra encontrada en el lugar de la bomba que mató a los padres de Bianca.

Danelli es bueno. Solo revela su sorpresa mediante un ligero ensanchamiento de los ojos. —¿Ese vínculo se descubrió apenas ahora?

—Las pruebas eran menos avanzadas en aquel entonces. Ordené volver a analizar todas las evidencias.

Danelli asiente pensativamente y no necesita preguntar cómo mis hombres pudieron acceder a las pruebas forenses de archivos de casos sin resolver. Conoce mis métodos que implican untar las manos adecuadas y usar amenazas cuando el soborno no funciona.

—¿Y Rossi es el denominador común?

—Era un asociado de mi padre y estaba enamorado de la madre de Bianca. Puede que no estuviera directamente involucrado en sus muertes, pero estoy seguro de que sabe algo. Es un conducto hacia el pasado, y lo mantendré cerca hasta que ya no lo necesitemos.

Danelli gruñe. —¿Entonces desaparece?

—Precisamente.

Regreso a mi escritorio y tomo asiento, apoyando los codos sobre la extensión de caoba y entrelazando los dedos mientras estudio a mi segundo. —Hablé con Rossi nuevamente esta tarde. Él también ha escuchado más rumores sobre un nuevo jugador en escena que aparentemente dirigía a Anders y a los hombres que lo siguieron hacia la perdición en mi club. Confirmó que el nombre que había escuchado susurrar era Antonio. No Anton. ¿Te suena ese nombre?

—No, jefe. Es decir, conozco a un par de Antonios, no es un nombre poco común —responde Danelli.

Su rostro mantiene su habitual ceño fruncido. Es un buen segundo, asumiendo las preocupaciones de nuestra familia casi con la misma intensidad que yo.

—Pero ninguno de los dos es lo que yo consideraría un jugador, y ninguno tendría las agallas

para enfrentarse a usted. Son peces pequeños. Uno es un viejo que juega a las bochas en Langone Park, y el otro es dueño de un restaurante cerca de Battery Wharf.

—¿El muelle? —Mi atención se agudiza—. Tengo entendido que hemos tenido algunos problemas nuevamente en el muelle, Danelli.

—Estoy seguro de que no está relacionado con el restaurante de este tipo, jefe. Pero lo investigaré. ¿El mismo problema que las últimas dos veces?

—Sí. Nuestros envíos fueron retenidos, justo el tiempo suficiente para poner en duda nuestra capacidad de entrega a tiempo. Revisa el envío en busca de dispositivos de rastreo antes de que se entregue al cliente esta vez. Y haz una visita a nuestros amigos en la nómina. Creo que necesitan un recordatorio.

Danelli se endereza. —Lo haré, jefe. ¿Qué tan fuerte debe ser el mensaje?

—El más fuerte. —Sé lo que esa orden significa para al menos una persona, pero no hay elección en el asunto si deseo evitar un baño de sangre mucho mayor. Una o quizás dos muertes para prevenir muchas.

En el pasado, no lo habría pensado dos veces antes de dar tal orden. Ahora, me encuentro preguntándome qué pensaría Bianca si estuviera aquí en la habitación con nosotros. ¿Me miraría con esos ojos tristes y críticos y me pediría que reconsiderara mi decisión? ¿Me encontraría deficiente si me niego?

—No toleraré la traición, Danelli. —*Excepto de mi esposa*. Apago rápidamente la burla interior —. De *nadie*.

Él se estremece ante la repentina ferocidad en mi tono. —Sí, señor. Me encargo de ello.

Se gira para irse, luego se detiene.

—¿Sí? —espeto.

—Me pregunto por qué se usó el equipo de Rossi en el ataque a tu club. Y... —traga saliva antes de añadir—: Por qué atacaron a tu familia aquí en la finca. ¿Por qué apropiarse del equipo de otro en lugar de formar el suyo propio? ¿Y por qué específicamente el suyo?

Es una buena pregunta de mi segundo al mando, y una que yo también he estado considerando.

—No sé la respuesta a esa pregunta en particular. Pero en cuanto a por qué se eligió específicamente al equipo de Rossi, creo que pudo haber sido con la esperanza de iniciar una guerra entre dos familias poderosas. Desviando nuestra atención de algo más que podría estar a punto de suceder.

Otra razón para mantener vivo a Rossi. Por ahora. Es una pieza del rompecabezas; estoy seguro de ello. Simplemente no sé qué parte.

Hago un gesto con la mano, despidiendo a Danelli. —Haga que los equipos continúen su búsqueda de información sobre el nombre Antonio. Involucre también al equipo de investigadores privados de Dartside.

¿Existe la posibilidad de que el reciente ataque de Anders esté vinculado con el pasado? No se encontró ADN que coincidiera con la escena del crimen de mis padres en el club, ni aquí en la finca, pero eso no significa nada. Quien ordenó los ataques contra mi familia probablemente no

habría asistido en persona.

Si la persona que mató a los padres de Bianca buscaba la herencia de los Carlotti, entonces fracasó miserablemente. Pero ¿por qué involucrar a mis padres y matarlos varios años después? ¿Qué podrían tener que ver con esto? En ese entonces, yo era joven y estaba enfocado en las fiestas. Era el heredero, no el Jefe. No tenía conocimiento de Bianca y ciertamente ningún plan de casarme con ella o de incorporar la herencia de los Carlotti al negocio de los Agosti.

La familia de mi esposa. Mis padres. Mi tía. Tanta sangre derramada ya. ¿Y para qué?

Cuando encuentre a la persona o personas responsables, habrá ríos de sangre en represalia. Se está gestando una guerra, y solo hemos visto el comienzo de la carnicería.

Capítulo Siete

"El valor es la gracia bajo presión."

Ernest Hemingway

Bianca

Mi primer instinto cuando me empujan a esta prisión de lujo y cierran la puerta de golpe es darme la vuelta y golpear con los puños el metal, gritando hasta que alguien venga a sacarme. Seguramente ni siquiera Rio sería tan monstruoso como para dejarme aquí abajo sola para siempre. ¿O sí?

Pero incluso cuando me giro hacia la entrada ahora bloqueada, me detengo en seco. Pensé que estaba sola en la suite. Pero no lo estoy.

Dos mujeres están sentadas silenciosamente en el sofá de la sala de estar de la suite. Ambas me observan atentamente. Una tiene un estetoscopio colgado alrededor del cuello, y la otra está vestida con uniforme de enfermera.

¿Rio me consiguió atención médica? ¿Me encerró aquí abajo en un calabozo, amenazó con matarme y aun así ha organizado asistencia médica? Nada con Rio es nunca fácil o sencillo.

Me cruzo de brazos sobre el vientre, sintiendo tantas emociones mezcladas que es un milagro que no entre en combustión espontánea.

—Supongo que están aquí para examinarme y asegurarse de que mi bebé esté sano.

La mujer con el uniforme de enfermera me da una pequeña sonrisa y señala hacia la cama tamaño king que está entre ellas y yo, y no se me ocurre ninguna razón para no obedecer. Cruzo la habitación y me siento en el borde del colchón. La del estetoscopio parece menos amigable. Se adelanta mientras la otra mujer se inclina hacia un bolso en la mesa de café baja. Saca un brazalete de presión arterial y un monitor y se acerca con la evidente intención de colocármelo en el brazo.

—Acabo de ser secuestrada. Otra vez. Así que la lectura podría ser un poco alta en este momento —bromeo.

La doctora chasquea la lengua en señal de desaprobación.

—No sea infantil, señora Agosti —dice, confirmando mi reacción inicial. No seremos *amigas*—. Estamos aquí para ayudarla y asegurarnos de que el resto de su embarazo sea lo más libre de estrés posible.

¿Libre de estrés? ¿Libre de *jodido* estrés?

Parece no notar mi expresión incrédula.

—Soy la doctora Conner —continúa con suavidad—, y esta es mi asistente, Selina. Por favor, coopere, ya que eso será mucho mejor para el niño. Y para usted.

Tiene razón. *Odio* que tenga razón. Y sé que estoy siendo infantil, pero Rio ha hecho lo único que sabe que odiaré más que nada. Me ha quitado mi libertad. ¿Cuánto tiempo me mantendrá

aquí abajo? ¿Por el resto de mi embarazo?

El miedo oprime mi corazón. ¿Por el resto de mi *vida*? ¿Y si nunca me deja salir de nuevo?

Aturdida, extendiendo mi brazo y permito que la enfermera coloque el brazalete y luego ajuste la parte del monitor de la máquina.

—Entonces, ¿vamos a ser todas compañeras de calabozo aquí abajo durante todo este tiempo?

¿Por qué no puedo dejar de soltar comentarios sarcásticos? Esta no soy yo. Odio estar actuando como alguien que no reconozco, alguien con el impulso loco de patear y gritar y golpear las paredes con los puños por pura frustración. Alguien que suelta estupideces sarcásticas cada vez que abre la boca.

Me aclaro la garganta.

—Miren, lo siento —lo intento de nuevo—. Estoy un poco alterada en este momento. Esta mañana estaba viviendo en Cleveland, comiendo tarta de manzana con helado con alguien que pensaba que era un amigo. Y ahora estoy... Sí. Aquí. Estoy segura de que ambas están ansiosas por ayudarme a mí y a mi bebé, y lo aprecio.

A pesar de todo mi miedo respecto a Rio y lo que eventualmente pueda hacerme, esa mirada en sus ojos cuando sintió al bebé patear me dijo que nunca dañará a su propio hijo. En el mundo de Rio, en su mente, puede que yo sea simplemente una incubadora para su hijo, pero mientras ese sea el caso, está cuidando de ambos lo mejor que puede.

A su manera retorcida.

La doctora sonrío aprobatoriamente, como si pudiera escuchar la verdad en mi tono. Finalmente estamos en la misma sintonía.

—Eso está mejor —dice—. Ahora, si no le importa, me gustaría hacerle un examen físico, y luego podemos charlar y tomar algo de su historial, señora Agosti.

—Claro —me recuesto en la cama cuando me lo indican, y permito que la doctora me toque y presione mi cuerpo y haga muchas preguntas.

Finalmente, se declara satisfecha con el estado de mi embarazo.

—Aunque probablemente podría comer un poco más —dice, estudiándome de pies a cabeza con un pequeño ceño fruncido—. Dejaré indicaciones al respecto cuando subamos.

—Oh. Entonces, ¿ustedes *no* se quedan?

El pánico revolotea en mi pecho. Estoy absurdamente alterada ante la idea de que me dejen aquí sola. Ni siquiera conozco a estas dos profesionales médicas, y sin embargo, me aterra la idea de que me dejen.

La enfermera, Selina, responde a mi pregunta mientras la doctora guarda sus cosas en el maletín.

—Estará bien, señora Agosti. Estaremos de guardia las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, y podemos estar aquí en menos de diez minutos.

—Por favor, llámeme Bianca —corrijo automáticamente.

Señora Agosti aún me suena demasiado extraño. Bree Walker hace tiempo que desapareció, y la pobre Aria Lowe de Cleveland apenas tuvo oportunidad de vivir. Reprimo el impulso de reír, sin

querer explicar lo que encuentro divertido, cuando la verdad es todo lo contrario.

Nada en mi vida con Rio Agosti es divertido.

La enfermera me sonríe de nuevo, ajena a la angustia que se agita en mi cabeza.

—Bianca —repite—. Vendremos cada par de días para chequeos regulares, así que no pasará por esto sola. Traeremos un escáner portátil la próxima vez, y la doctora hará algunas imágenes.

Ese nivel de apoyo es mucho más de lo que tenía en Cleveland. Es más de lo que muchas personas tienen incluso si no están siendo retenidas contra su voluntad.

—Gracias —logro decir, sabiendo que una parte profunda de mí también está agradeciendo a Rio.

Debería estar llena de rabia, o terror, o ambos, por lo que ha hecho. Y tal vez lo estoy, un poco. Mis sentimientos hacia Rio son tan complicados que ni siquiera yo los entiendo realmente.

Pero la verdad es que *no* me mató por huir, cuando posiblemente lo habría hecho si hubiera sido cualquier otra persona.

Y al enviar a esta doctora y enfermera claramente competentes para cuidarme, está enviando el mensaje de que sí valora el bienestar de nuestro hijo.

En eso sí coincidimos.

Esta vez, la risa escapa de mi garganta antes de que pueda ahogar el sonido. Una pequeña carcajada, nacida de una inminente histeria, pero el momento es suficiente para que tanto la doctora como la enfermera esbocen una sonrisa en respuesta a lo que perciben como una reacción positiva al anuncio de la enfermera.

Si tan solo supieran.

La enfermera cruza la habitación y presiona un timbre de intercomunicador incrustado en la pared junto a la puerta de metal, luego sale cuando la abren, seguida rápidamente por la doctora.

Alcanzo a ver a Mitch y a otro matón apostados en el pasillo antes de que la puerta se cierre de golpe detrás de ellas. Recuerdo cómo Francine dejó la puerta sin llave una vez, cuando llegué por primera vez a la suite sobre el club de Rio, y cómo corrí, solo para chocar directamente contra el pecho duro y musculoso de Rio en la escalera de emergencia.

Esta vez, ni me molesto en revisar la puerta. Incluso si cometieran el error de dejarla sin llave, no hay forma de que pueda pasar a esos matones, y mucho menos salir sin ser vista de este laberinto de habitaciones subterráneas y escapar de la finca.

¿Y adónde iría? A diferencia de la última vez, no tengo dinero ni identificación falsa. No tengo a dónde huir.

Toda la emoción que he estado conteniendo desde que entré en el edificio de mi apartamento en Cleveland y vi esos anillos en el mostrador del baño, de repente empieza a burbujear desde donde la he mantenido profundamente enterrada. La única ventaja de estar atrapada aquí abajo sola es que nadie está cerca para presenciar mi llanto histérico y cada vez más feo.

Rio

No veo a Bianca durante los siguientes días, no solo porque soy un hombre ocupado, sino porque ella despierta en mí emociones desconocidas que no sé cómo manejar.

Desde el momento en que nací, fui criado para ser el jefe de esta familia. Mi padre era un hombre duro, difícil de complacer, como tenía que ser para dirigir la organización con tanto éxito como lo hizo. Él inculcó en mí la misma frialdad y despiadada indiferencia.

Y estaba orgulloso de mí por eso.

Me llevó una vez a una "negociación" el día después de mi decimotercer cumpleaños. Dijo que ya era un hombre y necesitaba entender completamente lo que eso significaba. No hubo negociación ese día. Mató a todos sus enemigos en la habitación, excepto a uno.

Luego me entregó su pistola y dijo:

—Termina el trabajo, Gregorio. Sé un hombre.

Lo hice, y me miró con aprobación por primera vez en su vida.

Nunca le dije que vomité cuando llegamos a casa, después de que logré llegar a mi habitación. Nunca le dije que no dormí durante muchas noches después de eso, reviviendo una y otra vez el momento en que la víctima me miró con terror en sus ojos y me suplicó que lo dejara vivir. El olor de la muerte. Su aspecto. La pura suciedad de todo ello.

No podía sacar nada de eso de mi mente.

Mi madre conocía mis luchas, y me dijo que encerrara la oscuridad en una caja en lo profundo de mi corazón, y que nunca la dejara salir.

Pero la oscuridad sigue ahí, enterrada tan profundo que se ha convertido en parte del tejido de mi ser. Siempre está ahí, amenazando con alzarse y tomar el control de todo en una negra bruma de rabia.

Mi padre me enseñó que ser blando es arriesgarse a morir.

Bianca me *ablanda*. Y como jefe del cártel Agosti, no puedo permitirme ser blando. No lo permitiré.

Y así, ella permanece en la suite del búnker bajo llave, al igual que la oscuridad que cubre mi alma permanece encerrada en lo profundo de mi corazón.

Capítulo Ocho

"...la cantidad de amor que sientes por alguien y el impacto que tienen en ti como persona, no está de ninguna manera relacionado con el tiempo que los has conocido."

Ranata Suzuki

Rio

Quiero mantenerme alejado, pero los pensamientos sobre Bianca llenan cada momento de mi vigilia. Finalmente, cedo al impulso de ir a verla. Me dirijo al ascensor y veo a la ama de llaves esperando allí con una bandeja de cena, el botón ya iluminado.

Cuando tomo la bandeja y la despido, me lanza una mirada de asombro, como si verme realizar una tarea tan mundana hiriera sus sensibilidades. La mujer no es tan eficiente como lo era Francine dirigiendo mi casa, pero aprende rápido y estoy seguro de que ahora que estamos de vuelta en la finca, las cosas pronto funcionarán tan bien como lo hacían en el pasado.

—Está bien —digo—. De todos modos, voy para abajo. Debo hablar con mi esposa.

—Sí, señor —Se apresura a irse, dejándome entregar la comida que la obstetra de Bianca insiste que necesita: filete, verduras y jugo de naranja para ayudar con la absorción del hierro.

—Parece estar bien en general —dijo la doctora Conner antes de irse el primer día—. Pero no creo que haya estado comiendo tan bien como podría. Asegúrese de que reciba frutas y verduras frescas a diario, y sugeriría carne roja al menos un par de veces por semana para garantizar que esté recibiendo el hierro que ella y el bebé necesitan. Caminatas por el jardín también, para que pueda tomar algo de sol, hacer ejercicio suave y respirar aire fresco. No en el calor del día, por supuesto, sino quizás por las mañanas o las tardes. Volveré en dos días para revisarla de nuevo... ¿a menos que nos necesite antes?

—Si es así, se les notificará —le dije. Le estoy pagando una fortuna para que esté disponible las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, junto con su enfermera. Si Bianca las necesita, están contratadas para estar aquí en diez minutos. La elegí porque estaba en una lista de las tres mejores obstetras de la ciudad. Los otros dos eran hombres, y no toleraré que otro hombre se acerque a la vagina de mi esposa, ni siquiera en un contexto profesional y médico.

Cuando entro en la suite de Bianca, está acurrucada en el sofá blanco frente a la chimenea eléctrica. Lleva una camiseta gris holgada que le llega hasta la mitad de los muslos, con las piernas desnudas. Tiene los pies recogidos debajo de ella con solo los dedos asomando, y hago una nota mental para arreglar una esteticista para sus uñas ahora que está de vuelta.

No es que necesite nada para hacerla más hermosa. Siempre ha tenido una belleza natural, incluso antes de que la trajera aquí. Aunque ahora mismo, su rostro está manchado y es evidente que ha estado llorando.

—Sé que es verano allá arriba en el mundo real —dice—, pero aquí abajo, la temperatura es la misma de día o de noche. Podría ser cualquier día del año, y me apetecía mirar las llamas.

Coloco su cena en la mesa de café baja frente a ella y tomo asiento en el sillón opuesto.

—No necesitas mi permiso para encender la chimenea, Bianca. Esta suite es tuya.

—Esta mazmorra, querrás decir.

Un tono de ira impregna su voz. Hace que mi monstruo interior ronronee. Debería tener cuidado, no sea que presione demasiados de mis botones. No puedo garantizar lo que sucederá si me empuja demasiado lejos.

—Llámalo como quieras. Este es el precio que pagas por huir de mí.

—¿El precio? ¿El *precio*? —Se lanza a sus pies, y me pregunto si está a punto de correr hacia mí, pero en su lugar, comienza a caminar de un lado a otro. Sus pies descalzos se hunden en la alfombra gruesa, y sus dedos se encogen como si incluso ellos albergaran una rabia oculta—. Soy tu *esposa*, Rio, no tu enemiga mortal. No puedes mantenerme encerrada aquí abajo para siempre. ¿*Verdad*?

La última pregunta sale sonando como un lamento. Deja de caminar y cruza los brazos sobre su vientre como si tratara de contener su angustia. He notado que hace eso a menudo cuando está molesta.

La acción empuja sus pechos hacia arriba, que se ven más redondeados y llenos de lo que recuerdo. El embarazo, presumiblemente, pero el resultado es tentador, y junto mis dedos frente a mis labios, tratando de no mostrar una reacción.

—Has creado un dilema para mí, querida esposa —No estoy seguro de que aceptará mi explicación, pero es la única que tengo.

Casi me río de mi propia vulnerabilidad. No suelo explicarme ante los demás. Usualmente.

—Como jefe de una organización grande y poderosa, mis enemigos son muchos, y la mayoría están esperando en las sombras para atacar en el momento en que muestre cualquier debilidad. Huiste de mí, Bianca, con mi hijo en tu vientre, y si no tomo ninguna acción por eso, entonces no solo mis enemigos me percibirán como débil, sino que reconocerán que significas algo más para mí de lo que quizás se dieron cuenta. Te usarán a *ti* como una oportunidad para moverse contra mí.

Sus cejas se fruncen mientras considera mi explicación.

—Entonces, ¿todos saben que me mantienes encarcelada aquí abajo?

—Todos los que necesitan saberlo.

Se pellizca el labio inferior entre el pulgar y el índice. Mi polla se anima ante la acción sensual.

—Es una situación compleja —agrego—. No deberías haber huido.

Ella suelta un suspiro y deja caer la mano de su boca.

—¿Me estás castigando de una manera que todos pueden presumiblemente respetar, pero al hacerlo, también me mantienes a salvo? Porque... ¿te importo?

¿Cómo puede dudarlo? La trato de manera diferente, con mucha más libertad, que a cualquier otro ser humano.

—No he ocultado el efecto que tienes en mí, Bianca. Pero uno podría deducir, por el hecho de que *tú* contactaste a los federales y luego huiste, que *tú* no te preocupas por *mí*.

—Yo... Bueno...

—¿Hmm?

—Sabes que eso no es cierto, Rio. Te dejé esa nota. Para explicar...

—Ah, sí. La nota. Dijiste que me amabas. Es cierto.

—Lo dije. Porque es verdad —Frota suavemente su barriga de embarazada.

No estoy seguro si la acción es deliberada, para ganar mi favor, o inconsciente. Por su expresión ligeramente desenfocada mientras vuelve su mirada a las llamas en la chimenea, sospecho que es lo segundo.

—Siempre te amaré —dice, después de un minuto de silencio—. Aunque haya huido. Aunque esté furiosa porque me hayas traído de vuelta y encerrado aquí abajo. Mis sentimientos por ti, *sobre* ti, son muy... complicados, Rio.

—Sí. Como lo son los míos por ti.

Todo sobre Bianca me desconcierta. Reprimo mis pensamientos arremolinados, respiro lenta y constantemente para calmar mi sistema, y señalo su comida.

—Necesitas comer antes de que tu cena se enfríe.

—No tengo hambre.

—Bianca. Tu estómago ha gruñido dos veces desde que entré en la habitación —la miro fijamente, y ella levanta las manos al aire.

—Está bien.

Regresa pisoteando al sofá y se sienta de nuevo, mirando la bandeja frente a ella antes de finalmente tomar los cubiertos y comer. Hay silencio en la habitación mientras lo hace, el siseo del fuego falso creando un ruido de fondo sorprendentemente relajante. Me reclino en mi silla y me concentro por un momento en la danza de las llamas doradas y anaranjadas en la chimenea, entendiendo por qué quería el fuego encendido aunque la temperatura aquí abajo se mantiene constante.

Finalmente, empuja la bandeja y deja escapar una risita. —El chef sabe lo que hace. ¿Es el mismo que... antes?

Se recuesta en el sofá y vuelve a meter los pies debajo de ella. Se ve tan joven e inocente, pero sus ojos tienen una tristeza que no estaba ahí hace unos minutos. Le agradaba Francine, recuerdo, y pasó mucho más tiempo en compañía de mi tía que yo durante el último año.

—Todo el personal superviviente regresó una vez que la propiedad fue reparada y... limpiada —mi vacilación es leve, pero la mirada de Bianca se clava directamente en la mía.

Ella me conoce. Y sabe cuánto la muerte de mi tía carcome mi conciencia. Francine no merecía ser acribillada simplemente por estar emparentada conmigo.

Su sangre, literalmente, fue derramada en los escalones de esta casa, y será vengada. Me aseguraré de ello.

—El equipo de seguridad se ha duplicado desde entonces —añado, queriendo asegurarle su seguridad—. Y se han implementado medidas adicionales alrededor de la propiedad. Estas habitaciones subterráneas son lo más seguro que existe. Estoy en proceso de trasladar mi oficina

aquí abajo también. Nadie llegará hasta ti en este búnker, Bianca. Te lo puedo asegurar. No pasarán por encima de mí o de mis hombres dos veces.

—Te creo —todavía se ve frágil, pero hay un toque de color en sus mejillas desde que comió que le da un brillo más saludable.

La satisfacción me invade. Vuelvo a una de sus preguntas anteriores.

—Si te comportas, no necesitarás permanecer aquí abajo para siempre. Simplemente necesito hacer una declaración manteniéndote encerrada por un período de tiempo.

—¿Oh? Bueno, al menos es algo —sus ojos brillan, y esta vez no con tristeza. La ira fresca se entrelaza en su tono una vez más—. Puedes llevarte la bandeja ahora, Rio. Voy a darte una ducha.

Desdobla sus piernas y se pone de pie, y mis instintos de cazador se despiertan. Yo también me levanto, no dispuesto a permitirle salirse con la suya con esa burla imperiosa.

—Ya te duchaste —adviento—. Pude oler la fragancia fresca de jabón y champú emanando de tu cabello y piel en el momento en que entré en la suite.

—Yo... Bueno —se echa el cabello hacia atrás—. Necesito otra.

Se gira en dirección al baño, pero delata su incertidumbre sobre mi reacción cuando lanza una mirada por encima de su hombro. Doy un par de pasos hacia ella, y sus ojos se ensanchan cuando nota mi excitación. Mi miembro está duro y listo; lo ha estado desde el momento en que tiró de su delicioso y carnoso labio inferior.

Todo el lugar huele a ella y me recuerda todas las veces en el pasado que yacímos enredados en los brazos del otro.

Su boca —su hermosa y generosa boca— se entreabre ligeramente, y se gira y corre hacia el baño. La puerta se cierra de golpe.

Oh, pajarito. No te escaparás de mí tan fácilmente.

Avanzo a zancadas por el espacio y abro la puerta con la misma fuerza con la que ella la cerró. Se abre de par en par, y la fuerza del impulso hace que el pomo golpee contra la pared. Ella se gira para enfrentarme desde donde está de pie agarrando el borde del lavabo.

—Rio, por favor, sal. No quiero esto.

—¿No lo quieres?

Cubro los pocos pies que nos separan. No puede retroceder. Su trasero está presionado contra el borde de la encimera, mi erección empujando contra su vientre.

La acorralo entre mis brazos, cubriendo sus manos que aún agarran el borde de la encimera con las mías. Sin escape. —¿Estás segura de que no quieres esto, Bianca? Ha pasado un tiempo.

—Yo... —sus ojos se dirigen a mis labios, y la punta de su lengua sale para humedecer los suyos.

Le sonrío, pero dudo que mi expresión transmita una vibra amistosa. —Dime sinceramente que no has anhelado mi toque de la misma manera que yo anhelo el tuyo, y saldré de aquí y te dejaré en paz.

Un pequeño gemido se le escapa, y niega con la cabeza.

—Ambos sabemos que no puedes decirme eso. Y si lo intentas, será una mentira.

—No... Yo... Rio, por favor...

—¿Por favor qué, Bianca? La verdad. *Ahora*.

—Quiero...

Me inclino hacia adelante para susurrar en su oído. —¿Qué quieres, Bianca? Dímelo, y puede que decida dártelo. Aquí mismo, ahora mismo. ¿Quieres que te deje sola? ¿O me quieres en esa ducha, o encima de esta encimera? ¿O prefieres que te levante y te lleve allí a tu suave y cómoda cama, donde enterraré mi cabeza entre esos muslos deliciosos tuyos y me sumergiré en tu delicioso y fértil núcleo con mi ávida lengua?

Ella gime. —No sé si podemos. ¿Es seguro? Quiero... Oh Dios, Rio. *Quiero...* tanto. No puedo, nunca, parecer encontrar la fuerza para decirte que no.

¿No sabe si podemos? La iluminación me golpea, y suelto una de sus manos para apartar un mechón de cabello oscuro suelto de su rostro.

—Lo confirmé con tu doctora antes de que se fuera hoy, Bianca. Como estás bien, el sexo es seguro hasta el momento del parto, siempre que te sientas con ánimo. ¿Te sientes con ánimo, esposa mía? Porque te he deseado tanto como te he odiado, cada momento de vigilia, desde que huiste.

Capítulo Nueve

—Odia el pecado. Ama al pecador.

Mahatma Gandhi

Bianca

El sexo es seguro hasta el parto.

Oh, gracias a Dios. Gracias a Dios.

Mi cuerpo arde de deseo. No quiero admitirlo ni a mí misma ni a él, pero no hace falta. Rio conoce mis deseos tan íntimamente como conoce mis miedos. Mis piernas amenazan con flaquear mientras el dolor en mis pechos y en mi centro se vuelve más insistente.

¿El embarazo hace que la necesidad sexual sea más fuerte? No recuerdo este nivel de excitación antes. Este anhelo profundo y poderoso que parece estar apoderándose de cada parte de mi mente y que atraviesa mi cuerpo en oleadas.

—No quiero estar aquí, Rio. No quiero estar atrapada en esta prisión subterránea tuya. Pero aún quiero *esto*. —Levanto mi mano libre y la extiendo sobre su pecho—. Te quiero a *ti*.

Que Dios me ayude, todavía estoy enferma por él.

Intento generar repugnancia hacia mí misma en mis pensamientos, esperando que calme el deseo inapropiado, pero no tiene sentido. Mi mente no coopera. Mi cuerpo ha pasado el punto de la razón.

Lo deseo. Lo *amo*. Lo necesito. Y probablemente pueda hacer lo que quiera conmigo, excepto lastimar a nuestro hijo, y lo aceptaré.

—Por supuesto que sí, Bianca. Eres *mía*. Y estamos destinados a estar juntos, nos guste o no ese hecho a ninguno de los dos.

Cuando aparta mechones de pelo de mis ojos y acaricia mi mejilla con un pulgar cálido e insistente, todo en lo que puedo pensar es en cómo se sentirá ese pulgar en mi clítoris, dibujando círculos alrededor del botón hinchado hasta que me retuerza bajo su toque y grite de satisfacción.

Lo deseo. Quiero *esto*, y sí, lo odio por encarcelarme de nuevo. Pero es mi marido, y lo amo.

Amo y odio a Rio Agosti, y lo he *extrañado* tanto que duele.

Levanto mis brazos y los envuelvo alrededor de su cuello. Cuando inclina su cabeza y toma mi boca —reclamándome una vez más como suya— siento más que escucho su gemido satisfecho, como una vibración profunda que reverbera dentro de mi propio pecho.

Sabe ligeramente a whisky y cigarros, además de algo únicamente Rio, un sabor que no he olvidado, pero la realidad es mucho más seductora que el recuerdo. Gimo mientras su lengua se enreda con la mía, explorando, poseyéndome...

Y entonces rompe el beso y me levanta en sus brazos.

Jadeo y le doy un golpecito suave en el hombro.

—No, Rio. Espera. Soy demasiado pesada...

Me ignora, en cambio se gira y se dirige al área del dormitorio de la suite y me baja sobre el edredón que decora la cama.

—Nunca demasiado pesada para mí, *la mia bellissima moglie*.

Me quito la camiseta suelta y luego levanto las caderas para ayudarlo a deslizar mi ropa interior. Sus dedos rozan mis caderas y muslos en el más ligero de los toques, y me estremezco mientras se me pone la piel de gallina.

—Estoy embarazada, no frágil —bromeo, recostándome en la cama.

Dejo caer mis rodillas para que mi sexo quede expuesto. Él se quita solo los zapatos y se arrastra sobre la cama, aún completamente vestido. Se arrodilla entre mis piernas, forzándolas a separarse más, y luego baja la cabeza.

Cuando la punta de su lengua lame mi hendidura, me arqueo hacia él, queriendo más. Necesitando más. Necesitándolo todo a él. Sus dedos bailan en mis muslos internos, aún demasiado ligeros para mi gusto, haciendo remolinos y patrones mientras lame mi clítoris y luego baja hasta la entrada de mi canal.

Me siento tan llena, tan hinchada y dolorida, que no sé cuánto tiempo podré aguantar. Es como si estar embarazada hubiera mejorado todas las terminaciones nerviosas en esa área, y un gemido se me escapa ante las exquisitas sensaciones que está creando allí mientras agarro el edredón con dedos desesperados.

—Tan deliciosa —murmura. Las palabras son un zumbido bienvenido contra mi carne—. Estás húmeda e hinchada y lista, y apenas hemos comenzado.

—*Rio*. —Su nombre es un gemido en mis labios.

Cierro los ojos, bloqueando la vista del techo sobre nosotros. No quiero pensar en dónde estamos ahora mismo, las circunstancias que nos volvieron a unir. Mi necesidad es demasiado grande, demasiado urgente.

Piensa después, susurra mi cerebro. *Siente ahora*.

Y lo hago. Cada caricia, cada toque, cada lamida mientras lame mis jugos y me lleva al borde del orgasmo con su hábil lengua y dedos.

Luego se ha ido, aire frío entre mis piernas reemplazando su aliento caliente y su boca. Abro los ojos y levanto la cabeza, queriéndolo de vuelta. Queriendo las sensaciones sin sentido que su presencia enciende en mi cuerpo.

No se ha ido lejos. Está de pie al lado de la cama, mirándome fijamente. Sus ojos están oscuros e indescifrables, su boca brillante con mis jugos.

—Vuelve, Rio. Hazme el amor, por favor. Te necesito. *Todo* de ti. —Alcanzo sus pantalones, con la intención de sabotear y liberar su órgano obviamente erecto.

Pero da un pequeño paso hacia atrás, justo fuera de mi alcance.

—¿Qué...?

—Eres mía, Bianca. *Mía*. Nunca lo olvides.

Me esfuerzo por sentarme, sin estar segura de qué necesita de mí.

—Y soy tuya. Siempre he sido tuya, desde el momento en que nos conocimos.

Pero aún así no vuelve a mí.

—Cuando te fuiste, destrozaste mi corazón. Nadie ha tenido jamás ese nivel de poder o control sobre mí, Bianca. *Nadie*.

Su expresión cambia instantáneamente de indescifrable a llena de dolor.

Llena de dolor, y bordeada de furia.

—Quise matarte cuando te fuiste. ¿Sabías eso, querida esposa?

Bueno, esto no va como esperaba. Hay algo que lo domina que no estaba allí momentos antes. Algo oscuro e inherentemente peligroso.

Esto es el "algo" del que huí.

Acerco mis rodillas hacia mi pecho y las rodeo con mis brazos. Me muevo lentamente, mi ritmo cardíaco catapultándose. No quiero hacer nada que asuste a la bestia.

—Supuse que sería así —susurro—. Lo siento, Rio. De verdad lo siento. Realmente creí que mi decisión era lo mejor.

Me encojo, tratando de hacerme más pequeña, apenas respirando. Quiero parecer menos un blanco para cualquier oscuridad que lo esté impulsando.

Permanecemos así durante varios segundos, inmóviles, hasta que él parpadea varias veces y sacude la cabeza.

Sus hombros se relajan ligeramente.

—He intentado no dejarte presenciarlo, Bianca. Hay una oscuridad en mí...

—Lo sé —mi corazón aún late con fuerza por la descarga de adrenalina nacida del terror, pero la angustia en su expresión es real, y me duele verla—. Está bien. Ya lo sé. Y aun así te amo.

No está *bien*. De ninguna manera. Pero ahora mismo, parece importante que él escuche lo contrario.

—Te necesito, Bianca. Necesito... —su voz es ronca, áspera, y hay una repentina incertidumbre en su expresión que nunca antes había visto.

Podría alejarme rodando, justificadamente dado el terror que aún corre por mi cuerpo. Pero si hago eso, si lo rechazo en este momento, puede significar algo más de lo que cualquiera de nosotros pueda entender completamente. Y podría tener consecuencias mortales.

Extiendo una mano hacia él, notando el temblor en mis dedos.

—Ven aquí, Rio. Ven a mí. Yo también te necesito. Por favor.

Él da un paso adelante y me permite desabotonar y liberar su miembro. No se quita ninguna otra prenda. Luego se abalanza hacia adelante, sobre la cama, arrodillándose sobre mí y sujetando mis manos por encima de mi cabeza antes de que pueda tomar aliento.

Sus ojos son pozos oscuros de emoción. Tantas emociones arremolinándose en sus

profundidades. Su boca está tensa, y obviamente está luchando por mantener el control.

—Necesito estar dentro de ti. Eres *mía*.

Sus manos sueltan las mías para explorar todo mi cuerpo, acariciando mis pechos, mi estómago, mis caderas, y bajando hasta mi monte de Venus de manera frenética. No puedo seguir el ritmo de su contacto. Es como si necesitara reclamar cada centímetro de mí como suyo, así que me quedo quieta y le dejo hacer lo que necesita.

Finalmente, se detiene, y soy libre de tomar su miembro y guiarlo a mi entrada. Estoy tan húmeda y lista que sería vergonzoso si no fuera por el gruñido que sisea de sus labios cuando la cabeza de su órgano se hunde fácilmente en mi centro.

—Dios, Bianca. No puedo contenerme. No ahora. No así.

—No te contengas —me arqueo, y él embiste, asentándose completamente dentro de mí.

Jadeo ante la hermosa intrusión.

—Mía —dice de nuevo, una y otra vez, puntuando cada palabra con una embestida potente.

Profundo. Más profundo. Hasta que ya no puedo negarlo más.

Monstruo u hombre. O ambos. No importa.

Él me *posee*.

—Tuya.

La conexión se extiende con una tortura exquisita mientras él continúa embistiendo y gimiendo, y mi necesidad crece hasta niveles imposibles. Grito su nombre mientras me deshago, mi centro pulsando a su alrededor mientras él también alcanza el límite y se precipita al orgasmo con un enorme rugido.

Mi éxtasis cae inmediatamente y lucho por contener un sollozo al recordar la oscuridad furiosa dentro de él, y el conocimiento de que la bestia, sea lo que sea, es una parte integral de él.

Podemos fingir, ahora mismo en este momento, que nuestro matrimonio puede repararse y que podemos vivir una vida llena de felicidad y dicha, pero eso es todo lo que sería. Fingir.

La realidad es algo bastante diferente, y esta dicha pronto se desvanecerá cuando la fría y dura luz del mundo exterior regrese.

Capítulo Diez

"Es más fácil perdonar a un enemigo que a un amigo."

William Blake

Rio

He organizado la reunión con Rossi aquí en la finca porque este es mi territorio, y lo pondrá en desventaja. Necesito que esté en desventaja para este primer encuentro cara a cara desde que Danelli le quitó el dedo meñique de la mano izquierda.

Bianca no ocultó su horror al enterarse de esa noticia, pero Rossi salió bien librado y lo sabe.

Hoy, quiero mirarle a los ojos y asegurarme de que está diciendo la verdad. Y si no lo está, no será simplemente otro dedo lo que perderá. Serán todas sus extremidades. Si es mi enemigo, quiero que conozca el miedo antes de morir por traicionarme.

Danelli está situado cerca de la puerta, y varios miembros de su equipo Alfa están aquí en la biblioteca, pero ubicados discretamente para que pueda conversar con Rossi sin que todos nos escuchen.

Me estremezco un poco cuando mi segundo al mando se refiere a su equipo en esos términos. Le encanta todo lo militar, y yo tolero su necesidad de nombrar a los diversos equipos de seguridad de esa manera. Me basta con saber que el equipo Alfa de Danelli incluye a sus mejores hombres, y confío en que tenemos la seguridad necesaria para mantener el control en caso de que Rossi tenga planes de traicionarme.

Es poco probable, dado que insistí en que dejara su seguridad en la puerta, pero después de algún alarde, aceptó la condición porque sabe que no tiene otra opción.

Tengo una pequeña sorpresa reservada para él más tarde, pero primero, debemos hablar de negocios.

Cuando Rossi es escoltado a la sala que llamamos el área de estar informal, me giro desde los altos ventanales que dan a la extensión de césped que baja hasta el río. Desde aquí no puedo ver la capilla, y por una vez, estoy agradecido. Necesito tener la mente despejada hoy, y no puedo permitirme pensar en Bianca.

Ella enturbia mis pensamientos y me hace cuestionar cada decisión. Especialmente las difíciles, las moralmente ambiguas. Cada vez que estoy con ella, es como si llegara a lo más profundo de mí y ajustara algo, afinándose, y salgo del encuentro irrevocablemente cambiado.

Nadie ha tenido ese efecto en mí antes, y no me gusta la sensación de incertidumbre que trae consigo.

La incertidumbre, en mi posición, puede significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Afuera abundan el cielo azul claro y el sol brillante, pero aquí en mi dominio, la temperatura se mantiene fresca, y la madera oscura de mis muebles y las pilas de libros que forran dos de las paredes proyectan sombras interminables dentro de la habitación.

Vivo en las sombras. Parece apropiado encontrarme aquí con otro de mi clase.

Deliberadamente permanezco junto a la ventana, de espaldas a la vista, obligándolo a cruzar la alfombra hacia mí. La luz del sol da en su rostro.

—Rio, mi viejo amigo. Es bueno verte en persona nuevamente.

—¿Lo es? —pregunto con una sonrisa. Rossi se queda inmóvil al instante, sabiendo que una sonrisa mía no significa que me sienta alegre—. Viejo amigo.

Vacila, como si no supiera qué hacer, luego parece recomponerse y continúa avanzando antes de detenerse frente a mí.

Miro hacia abajo a sus manos apretadas, sin ningún vendaje. —¿La herida ha sanado, entonces?

—Mayormente —se encoge de hombros—. Aún duele, pero la cicatriz es mínima y no hay señales de infección.

Hay un atisbo de deferencia en su manera que no he visto en visitas anteriores. Está claramente cauteloso, con razón.

—Te devolví a tu esposa, para mostrar buena fe —dice, con un tono de reproche.

—¿Me la *devolviste*? —arqueó las cejas, mostrándole que reconozco y descarto su descarada tergiversación de los hechos.

—B-bueno —tartamudea—, te di la información que necesitabas para comenzar la búsqueda. Te di la ubicación y su nuevo nombre.

Gruño, reconociendo que hay un atisbo de verdad en sus palabras. Pero no se librará tan fácilmente. —Me diste la información *después* de darle los medios para escapar en primer lugar.

—Yo... Bueno... Yo... —su nuez de Adán sube y baja—. Ella ya estaba huyendo, con ayuda de los federales. Simplemente pensé que intervendría y la mantendría vigilada. Asegurarme de que su paradero no se convirtiera en un misterio. Siempre planeé mantenerte informado.

—¿De verdad?

Se frota las palmas de las manos, luego hace una mueca y las deja caer a sus costados. —Te lo juro por mi *familia*, Rio, que no sabía que Anders planeaba lo que hizo. Te he ofrecido mis más sinceras condolencias por tu tía, y te he ofrecido el uso de mis hombres, mis propios recursos, para encontrar y destruir a quien te hizo esto. Y recuerda, nos lo hicieron a ambos, no solo a ti.

Estudio su rostro, iluminado por la luz del sol que inunda la habitación, buscando cualquier señal de engaño. Parpadea, claramente incómodo con el brillo, pero sus ojos no se mueven nerviosamente ni se desvían. No hay tics musculares. Ni sudor. Ni cambios en el tono de su voz. Nada.

—He dicho muchas veces desde ese día, Rio, que te habría dicho dónde estaba ella. Estoy seguro de que me crees, o ya no estaría respirando. ¿Correcto?

El viejo aún sabe cómo jugar este juego, parece.

Lentamente, asiento, y luego señalo el sofá cercano. Nunca más volveré a aceptar su mano, ni lo llamaré amigo más que en broma, pero aún no he sacado mi arma y le he disparado entre los ojos.

Un buen día para Rossi. Hasta ahora.

Él también lo sabe.

La tensión en sus hombros se relaja un poco cuando digo: —Toma asiento y háblame.

—Gracias, amigo mío.

Ignoro el comentario de amigo. *Mantén a tus enemigos cerca.*

Me siento frente a donde Rossi se ha acomodado. —Sabes cómo mi familia se vio afectada ese día. Y tú y yo sabemos que, al usar a tu hombre para hacerlo, quien sea que ordenó el ataque contra mí y mi familia probablemente quería iniciar una guerra entre nosotros.

—En efecto —sus ojos oscuros se agudizan.

Me recuerda que a nadie, incluido yo, le conviene subestimar a este hombre.

A una señal mía, uno de los hombres de Danelli se apresura con una caja de puros. Hago un gesto, confirmando que puede ofrecérsela primero al hombre mayor.

Una vez que nuestros puros están cortados y encendidos, me reclino en el sofá. —¿Quién se beneficiaría de una guerra entre nosotros, Rossi? Esa es la pregunta que necesito que me respondas.

Él se inclina hacia adelante, apoyando las manos en las rodillas. El humo se eleva en espirales desde el puro que sostiene flojamente entre los dedos de su mano derecha.

—No lo sé con certeza, pero estoy dispuesto a apostar que tiene algo que ver con este... Antonio —dice, casi escupiendo el nombre—. Y solo te estoy contando este siguiente hecho porque escucho rumores de que estás teniendo problemas similares a los nuestros en el muelle, pero tuvimos un camión que salió de nuestro almacén en las afueras de Nueva York y nunca llegó a su destino.

Apenas logro controlar mi conmoción y me tomo un momento para estabilizar mi respiración. —¿Hacia dónde se dirigía?

—Se dirigía a nuestro almacén en Albany.

—Déjame ver si entiendo bien. ¿Uno de tus camiones, un cargamento entero, ha desaparecido literalmente?

—Así es —Rossi se recuesta, su expresión sombría, antes de mirar su puro como si acabara de recordarlo. Le da una furiosa calada.

Mi pulso se acelera, pero hago mi mejor esfuerzo por no mostrar mi inquietud.

A diferencia de Rossi, levanto el puro y le doy una calada de manera lenta y medida, antes de decir: —Entonces la guerra ya ha comenzado, Carlos, y aún no sabemos quién es nuestro enemigo. Anticipé esto, y ya he convocado una reunión de la junta.

Los ojos de Rossi se ensanchan, y su boca se entreabre ligeramente. —¿Los jefes de familia? ¿Todos ellos? ¿Juntos de nuevo en una habitación? ¿Cuándo? Y más importante aún, ¿dónde?

Le sonrío, consciente de que la sonrisa no llega a mis ojos. —Esta noche. Aquí en la finca. Qué conveniente que ya estés aquí. Y sí, han pasado tres años desde que estuvimos todos bajo el mismo techo. Pero es hora. Debemos unirnos contra nuestro enemigo común, y luego tenemos que derribarlo antes de que nos destruya a nosotros mismos. Viejo *amigo*.

Bianca

La mujer que me trae el almuerzo me avisa que es posible que me llamen para asistir a una reunión más tarde hoy, y que debo vestirme apropiadamente. ¿Qué significa eso? ¿Qué tipo de reunión, y quién estará allí?

Ella simplemente se encoge de hombros cuando le pregunto y me deja sola para comer otra comida solitaria.

Ha pasado una semana desde la última vez que vi a Rio. Desde que bajó la guardia y reveló más de sí mismo de lo que yo sabía cómo manejar. Desde que su monstruo se alzó y me asustó de muerte.

Supongo que es por eso que se ha mantenido alejado desde entonces. Porque no puedo imaginar que haya disfrutado exponiendo cualquier parte de su ser interior, ni siquiera a mí.

No quiero amarlo, pero lo hago. Y supongo que él siente la misma atracción y repulsión compleja, amor y odio cuando se trata de mí.

He intentado hacer lo que me dijo desde esa noche, y ser tan cooperativa como pueda. La doctora y la enfermera han venido cada dos días para revisarme, y dos de los matones me llevan arriba y me dejan caminar por los jardines dos veces al día, por la mañana y al atardecer.

Siempre me esfuerzo por ver un atisbo de Rio, pero debe recluirse en esos momentos porque no he captado ni la más mínima señal de su presencia desde que dejó mi cama aquella noche.

Solo sé que aún reside aquí porque se lo pregunté a la enfermera, Selina.

La orden de asistir a una de sus reuniones me llega como una sorpresa. Supongo que me quiere allí para poder enviar algún tipo de mensaje a sus compinches de negocios. Probablemente para mostrarles que estoy firmemente bajo su control de nuevo.

No ha ocultado el hecho de que aún me desea, pero también ha sido franco sobre el daño que causé a la familia al huir.

Necesito hacer una declaración encerrándote, dijo cuando me trajo aquí.

Esa "declaración" comenzó en el momento en que me puso aquí abajo y me quitó mi libertad. De nuevo. Él sabe cuánto odiaba eso la última vez. Y cuando ordena que asista a una reunión de su elección, sin darme ninguna información sobre dónde, por qué o con quién, agrava el castigo al confirmar, tanto a mí como a todos los que importan, que no tengo autonomía. No tengo elección sobre nada excepto el requisito de servir a sus necesidades.

Debato la sabiduría de ponerme un conjunto de pijama cómodo y meterme en la cama para una siesta por la tarde, pero sin duda eso simplemente retrasará lo inevitable. Así que, al final, me ducho y me visto con lo que creo que puede ser un atuendo adecuado para una reunión de negocios, y luego me siento a esperar.

Después de media hora, empiezo a dudar de mí misma. Ahora pienso que probablemente no quiere que me vea "empresarial" en absoluto. Conozco a Rio y conozco este estilo de vida dominado por hombres. Las mujeres, ya sean esposas o amantes, son solo para exhibir. Son un adorno, y lo que probablemente espera de mí en esta reunión es una muestra de apoyo de una

mujer que se arrepiente de su mal comportamiento y hará cualquier cosa para volver a caer en su gracia.

Podría tratar de desafiarlo, pero sería una pelea que seguramente perdería. ¿Qué puedo hacer, atrapada aquí abajo? Mi mente vuelve de nuevo a mi decisión de cooperar. Lo mejor para mí y mi bebé es cumplir con sus deseos tanto como pueda, y eventualmente, puede que confíe en mí lo suficiente como para devolverme mi libertad.

No estoy segura de si esa es toda la verdad, pero mi mente rehúye enfrentarse a cualquier otra razón. La forma en que me miró la última vez que se fue, con calidez suavizando los duros planos de su rostro. La sorprendida delicia en su expresión, rápidamente controlada, pero la vi, cuando nuestro bebé pateó por primera vez bajo su toque.

No, no pienses en eso. No lo humanices. Sigue siendo un monstruo. Le cortó el dedo a Rossi, por el amor de Dios.

Me deslizo fuera de los pantalones de maternidad color carbón y la camisa de satén blanco que había elegido porque el corte inteligente ocultaba mi barriga de embarazo, y reviso varios otros artículos de ropa en mi armario. Finalmente, me decido por un minivestido color borgoña que es tan ajustado que no dejará nada a la imaginación.

En el fondo, sospecho que Rio querrá recordar a quien esté en la reunión que la mujer que le dio el traje Carlotti ahora está esperando a su hijo.

Y si quiere presumir de su esposa embarazada, este es el atuendo para lograrlo.

Estoy vestida y completamente maquillada en lo que llamo mi look de esposa de mafioso con clase cuando vienen por mí.

Dos matones, como si de alguna manera pudiera evadir la escolta y huir si enviara solo uno.

Ninguno de estos hombres me resulta familiar, y recuerdo con una punzada de dolor que mi matón favorito, Leon, fue acribillado aquel día en el club. Acribillado mientras intentaba protegerme.

Trato de apartar eso de mi mente y dejo que me guíen fuera de mi suite-mazmorra a lo largo de un pasillo de hormigón. Mis tacones de aguja resuenan con un clic-clac mientras caminamos. Cuando llegamos al ascensor al final del pasillo y entramos en la cabina, ambos hombres permanecen en silencio.

Subimos un nivel, y espero emerger en la suave calidez vespertina de la mansión de Rio, pero cuando las puertas se abren, parece que aún seguimos bajo tierra.

¿Otro nivel entre la casa y mi mazmorra? ¿Acaso Rio tiene toda una ciudad excavada bajo la casa en la que una vez viví? ¿Cuántos niveles hay aquí abajo?

Los matones siguen sin hablar, pero uno se detiene frente a una puerta de aspecto sólido antes de llamar y luego hacerme un gesto para que entre cuando alguien la abre. Mi corazón ya late con fuerza, y ahora tengo dificultades para tragar, ya que toda la saliva en mi boca y garganta parece haberse secado.

¿Qué encontraré dentro? ¿Qué quiere realmente Rio de mí? Era seguro para mí jugar con la idea de que quiere exhibirme, pero ¿y si estoy completamente equivocada? ¿Estoy a punto de sumergirme en el peligro una vez más?

Capítulo Once

"Donde hay unidad siempre hay victoria".

Pubilius Syrus

Bianca

Entrelazo mis dedos frente a mi vientre de embarazada, sintiéndome de repente extra protectora, antes de entrar en lo que parece ser una sala de conferencias larga y lujosamente decorada.

Y entonces me detengo en seco.

Una docena de pares de ojos —más si cuentas a los guardias repartidos por el espacio— me miran con diversos grados de indiferencia o curiosidad. Todos hombres mayores, todos vestidos con caros trajes, y todos sentados alrededor de una enorme mesa de conferencias rectangular. Rio está sentado a la cabecera de la mesa, observando mi entrada con una expresión impasible.

Se levanta cuando entro. Tras un momento, los otros hombres lo miran y se levantan también. Estoy segura de que su acción de respeto es por Rio, no por mí.

¿Son estos los jefes de familia, o sus representantes, de los que he oído hablar pero nunca he conocido colectivamente así?

—Pasa, querida esposa —dice Rio, su mirada oscura sin revelar nada todavía—. Únete a nosotros en la mesa. Caballeros, todos recuerdan a Bianca Carlotti-Agosti de nuestra boda, ¿no es así? Como pueden ver, ahora está de vuelta conmigo y espera a mi hijo.

Tenía razón, entonces.

Me alegro de haberme arreglado es todo lo que puedo pensar mientras rodeo la mesa hacia donde Rio aún está de pie con una mano extendida. Agarro su mano ofrecida, agradecida por el calor familiar en este mar de extraños. Incluso si ese consuelo momentáneo lo ofrece el propio Rio.

Espera. No todos son extraños. Un par de ojos es más cálido que los demás, y me doy cuenta con una oleada de emociones encontradas que Carlos Rossi también está sentado en esta mesa.

No puedo evitar que mi mirada se detenga en sus manos, buscando el daño infligido por Rio. No estoy exactamente segura de lo que debería sentir por este hombre. Se suponía que iba a ayudarme a escapar de esta vida, y en su lugar, le dio información a mi marido para salvar su propio trasero. Pero para ser justa, yo también lo engañé y usé su dinero para huir más lejos de lo que él había planeado para mí.

Y ahora tiene que lidiar con un dedo menos en una de sus manos.

Rio me atrae hacia él y murmura en mi oído, tan bajo que estoy segura de que nadie más capta las palabras.

—Un frente unido, pajarito. Eso es lo que necesito.

Lanzo una mirada hacia arriba y me pregunto si soy la única que puede ver cuánta tensión está conteniendo. Esa mandíbula apretada y la forma en que sus hombros se encogen ligeramente,

demasiado altos para estar cómodo, lo delatan.

Debe estar lidiando con un dolor de cabeza infernal por el estrés.

Lo que está en juego aquí es obviamente alto, y el miedo se enrosca en mi estómago mientras la verdad se hace evidente. En este mundo, y en las circunstancias indefensas en las que me encuentro actualmente, Rio es verdaderamente el único en quien puedo confiar para mantener a mi bebé a salvo de cualquier tiburón que ande rondando.

Estos hombres son los tiburones. Y sus ojos afilados están buscando cualquier indicio de debilidad.

Me muerdo el interior de la mejilla para evitar que se me escape una risa completamente inapropiada. Sería una risa nacida de la ironía, no del humor, pero estoy segura de que nadie en esta mesa lo entendería así. Como si huir del hombre que amo no fuera lo suficientemente absurdo, ahora me enfrento a la realidad de que el hombre al que amo y temo es la única persona que conozco que puede ofrecer un refugio seguro para mí y mi hijo.

Me presiono contra él, dándole un pequeño asentimiento, relajándome ligeramente ante el destello de aprobación en sus ojos oscuros.

—Buena chica.

Sostiene una silla, y me siento entre él y Rossi, que es el que está más cerca. Me giro hacia este último y le dedico una pequeña sonrisa educada, aunque no me siento para nada amistosa hacia él.

Me inclino y le digo en voz baja al hombre mayor:

—Siento lo de su mano.

Inmediatamente quita ambas manos de la mesa y las esconde en su regazo.

El tema está claramente prohibido, así que cambio de táctica ligeramente.

—Siempre planeé buscar una forma de devolverle el dinero que me dio. Se lo prometo.

—Oh, te creo, querida —susurra él, igual de bajo—. Pero el hecho es que me traicionaste, así que elegí traicionarte a ti. Soy una persona pragmática, después de todo, y sé lo que tengo que hacer para mantener a tu marido de mi lado.

—Traición en todas direcciones, al parecer —respondo, y esta vez no me molesto en mantener la voz baja.

Una risita, rápidamente ahogada, viene de alguien más en la habitación, y Rio pone una mano en mi muslo y aprieta. ¿Una advertencia para que me comporte? Pongo mis manos sobre la mesa frente a mí, apretándolas con fuerza y esperando que nadie pueda ver cuánto tiemblan mis dedos.

Soy la esposa de Rio, me recuerdo a mí misma. Y como tal, es poco probable que me hagan daño en su presencia.

Me trago el miedo, levanto los ojos y lentamente recorro la mesa, encontrando la mirada de cada hombre aquí. Uno tras otro. Estudio sus rasgos, catalogo sus miradas y noto cuáles contienen desdén, desinterés o odio real.

Puede que sea la persona más joven en la habitación. Puede que sea la única mujer en la

habitación. Pero no dejaré que un grupo de viejos matones me intimide.

Sí, claro. Mi mente se burla. Y eres tan valiente que estás lista para esconderte bajo la mesa si uno de ellos te mira de reojo.

Después de varios segundos de silencio, uno de los hombres a mitad de la mesa inclina la cabeza de manera respetuosa.

—Tiene coraje, Agosti. Eso se lo reconozco. Elegiste bien.

—Así es, Enzo —confirma Rio, y la mano en mi muslo aprieta de nuevo, pero esta vez suavemente.

Luego sus dedos vagan hacia arriba, rozando brevemente mi monte y provocando una onda de conciencia que hace estremecer mi piel. Hay un pequeño resoplido de mi marido, un sonido que confirma que ha notado mi respuesta a su toque y que haría mucho más si estuviéramos solos.

Luego vuelve su atención a la sala y se inclina hacia adelante, pasando de ese toque sensual a todo negocios en un abrir y cerrar de ojos.

—Probablemente se estén preguntando por qué los he reunido a todos en este momento. Los jefes de familia... todos excepto Gianni Martelli, quien actualmente está en camino desde Italia de vuelta a los Estados Unidos. A algunos de ustedes no los he visto en casi tres años.

Un murmullo se extiende alrededor de la mesa, y algunos de los presentes se mueven incómodos en sus asientos, como si no estuvieran seguros de lo que mi marido está a punto de decir. ¿Habrán venido hoy preguntándose si serían acribillados? Hay seguridad en la sala, pero al mirar alrededor, noto que todos los hombres parecen ser los propios de Rio. Estos jefes de familia, si es que lo son, deben estar tan incómodos como yo en esta situación, sin su seguridad acompañándolos.

Mucho más que yo, probablemente. Al menos yo tengo a Rio y a su equipo de mi lado.

Por mucho que Rio sea el monstruo que todos dicen que es, estoy empezando a entender que, cuando estoy involucrada, es menos monstruoso de lo que la gente espera. No creo que me trajera deliberadamente a esta sala si estuviera esperando, o de hecho, planeando algún tipo de masacre.

Lo confirma cuando clava una mirada dura en cada uno de los asistentes a la reunión y habla en un tono alto y claro.

—Los he traído a todos aquí a Boston para una discusión franca. Parece que tenemos un enemigo común, caballeros. Alguien que ha empezado a hacer movimientos en el tablero de ajedrez. Tratando de enfrentarnos unos contra otros. Pequeñas interrupciones en el muelle, o entregas que nunca llegan. ¿Alguno de ustedes... Ah, Enzo. Puedo ver por tu sobresalto que tú también has experimentado algo similar.

El hombre al que Rio se dirige asiente, un movimiento corto y brusco que indica que no deseaba compartir esa información con esta sala.

—Uno de nuestros almacenes en el sur se quemó hace tres semanas, los bienes en su interior completamente destruidos —confirma.

Un hombre calvo con barba de chivo sentado en el otro extremo de la mesa de Rio y yo gruñe.

—Interesante. Una de nuestras instalaciones fue allanada hace un mes por los federales. Aparentemente tuvieron un soplo, y tomó mucha maniobra por parte de nuestro equipo legal, y pagos discretos, para sacar a varios de nuestros empleados del lío en el que se encontraron.

Rio levanta la barbilla y mira fijamente al hombre de la barba al otro lado de la mesa.

—¿Has identificado la fuente de la filtración, Darov?

No puedo evitar encogerme ligeramente en mi asiento. Recuerdo cuando era niña en la escuela y la maestra preguntaba quién había dibujado la imagen grosera en su pizarra. Por supuesto, no fui yo, pero mi cara aún se sonrojaba cuando la mirada de la maestra recorría la sala.

Probablemente todos aquí saben que los federales se me acercaron. ¿Creen que fui yo quien les dio el soplo sobre este hombre, Darov?

Nunca habría podido delatar a Rio. Lo amo demasiado. Pero se me ha dejado claro que mi llamada a Felicity inició una cadena de eventos que le causó algunas dificultades, y su abogado, Carnarvon, tuvo que trabajar duro para mantenerlo a él y a varios de sus hombres fuera de las garras de la ley.

—No he identificado la filtración —concede el hombre—. Se rumoreaba que era alguien de la organización Martelli. —Mira furioso alrededor de la sala—. Y es interesante que la suya sea la única familia no representada aquí hoy. —Luego gruñe—. Pero cuando mis hombres investigaron más a fondo, no encontraron nada. Si, como usted dice, hay alguien trabajando para enfrentarnos unos contra otros, entonces es solo cuestión de tiempo antes de que la situación se intensifique.

Rio asiente.

—Precisamente. El caos, la muerte y la destrucción que seguirían proporcionarán una cobertura perfecta para que alguien entre y tome el control mientras todos estamos en la garganta del otro.

La tensión en la sala aumenta mientras todos se miran con sospecha. Automáticamente me acerco más a Rio. No conozco a la mayoría de estos hombres, pero si son los jefes de las organizaciones mafiosas de la región noreste, entonces esta reunión de personas es posiblemente una de las más peligrosas del país en este momento.

—Es por eso que estamos aquí —dice Rio—. Para asegurar que el equilibrio de poder no cambie. Para reabrir las líneas de comunicación entre nosotros que se han deteriorado con el tiempo. Si nos unimos contra nuestro enemigo común, entonces él no tendrá éxito. Y cuando identifiquemos quién es...

O ella, pienso rebeldemente. Podría ser una mujer.

Se pone de pie y mira a todos alrededor, luego golpea la mesa con el puño. Salto de sorpresa, notando que no soy la única que lo hace.

—*Entonces lo aplastaremos hasta convertirlo en polvo.*

Entre los murmullos, esta vez de aprobación y acuerdo, de repente tengo problemas para respirar. Este es el lado de mi marido que temo. El lado que vislumbré la última vez que estuvimos juntos. El lado violento, en un mundo que ofrece una visión de matar o ser matado. Todas estas personas parecen entender y aceptar eso como la norma.

Pero no es la norma. No está bien cortar los dedos de la gente porque te molestan, o querer aplastar a alguien hasta convertirlo literalmente en polvo.

Como si Rio pudiera sentir mi angustia, me pone de pie y desliza un brazo alrededor de mi cintura.

Unidad. Una muestra de fuerza.

Su toque es a la vez posesivo y reconfortante. Lo cual es una locura cuando también me aterroriza.

Independientemente de mis emociones turbulentas, está enviando un mensaje claro a todos los presentes de que soy suya y, por lo tanto, no debo ser tocada. Levanto la barbilla y deslizo mi brazo alrededor de él también. ¿Quiere mostrarnos unidos? Aquí estamos, Dones de la Mafia.

Por muy asustada que esté por mi futuro, encuentro cierto consuelo en saber que Rio hará todo lo posible para protegerme a mí y al bebé si estalla una guerra territorial.

Me aprieto contra él, respirando profundamente y soltando el aire en una lenta exhalación, tratando de mantener la calma, al menos externamente.

No me derrumbaré. Soy fuerte. Tengo que ser fuerte por el bebé.

Porque en este mundo violento en el que me encuentro nuevamente, los fuertes son los únicos que sobreviven. Y cualquiera que sea débil será aniquilado.

Aplastado hasta convertirse en polvo.

Capítulo Doce

«Nuestra mayor gloria no está en no fracasar nunca, sino en levantarnos cada vez que caemos.»

Ralph Waldo Emerson

Bianca

Rio y sus invitados de negocios pasan más tiempo hablando, pero la atención ya no está en mí mientras comienzan a elaborar diversas teorías y planes de acción. Quienquiera que sea su enemigo, lo más probable es que no le quede mucho tiempo de vida. Estos son algunos de los hombres más poderosos del país, y si pueden unirse y compartir sus recursos, no habrá quien los detenga.

Pienso con una punzada de nostalgia en los días en que trabajaba en el centro Animal Paws, donde mis horas se llenaban alimentando, bañando y paseando perros, y cuidando de otros animales enfermos y abandonados. Entonces estaba rodeada de personas felices y despreocupadas que, como yo, amaban su trabajo y disfrutaban la idea de ayudar a las criaturas necesitadas.

Hace un año, jamás en un millón de años me habría imaginado sentada en una sala de conferencias con un grupo de jefes de la mafia, escuchando mientras planean la desaparición de un enemigo actualmente sin nombre.

Rodeo a mi bebé con las manos y cierro los ojos, tratando de ignorarlos a todos, pero cuando una mano cálida cubre las mías, abro los ojos de golpe para encontrar a Rio —por supuesto, ¿quién más se atrevería a tocarme en su presencia?— mirando mi barriga con curiosidad.

—¿Está pateando otra vez?

—Él, o mejor dicho, *ella*, está tranquila por ahora —digo. Ante el destello de preocupación que cruza su rostro, niego con la cabeza—. Todo bien. Siempre está quieta a esta hora de la noche. Se animará tan pronto como me acueste a dormir.

—O *él*.

Suelto una media risa, sin poder creer que realmente pueda compartir un momento de alegría mientras estoy en una habitación llena de asesinos y criminales. Pero el momento parece extrañamente íntimo, y cuando finalmente gruñe y retira su mano, casi extendiendo la mía para arrastrarlo de vuelta.

Eventualmente, la mesa redonda se disuelve y se sirven bebidas en el extremo de la sala. La gente se divide en grupos de dos o tres, y el murmullo crece. Uno de los hombres —creo que podría ser el que se llamaba Enzo— se dirige hacia mí, pero Rio me toma del brazo y me aparta, cortando el camino del hombre y dejando claro que cualquier conversación conmigo está prohibida.

—¿Asustado de lo que pueda decir, Rio? —pregunto, medio en broma.

Aparta un mechón de mi cabello de mi hombro antes de inclinarse para murmurar en mi oído—. Siempre estoy inseguro de lo que puedas decir o hacer, pajarito. Pero te desempeñaste bien

ahora. Puede que decida recompensarte más tarde.

Arqueo una ceja, atreviéndome a presionarlo un poco más dado su evidente buen humor—. Apenas hice algo, excepto presentarme. ¿Cuál fue el punto de exhibirme así? Claramente no se esperaba que contribuyera a la discusión en absoluto. ¿Fue solo para mostrarles a todos que soy una ovejita mansa, de vuelta bajo tu control una vez más?

—¿Tú, una ovejita mansa? —Sus labios se curvan—. No, Bianca. Nadie te ve de esa manera. Mucho menos yo. Sin embargo, eres *mía*. Y quería recordarles a todos y cada uno de los hombres muy poderosos en esta sala que si alguien se mueve contra ti, se mueve contra *mí*.

Eres mía.

Inesperadamente, las palabras envían fragmentos de deseo estremeciendo mi cuerpo, y me recuerdo inmediatamente del momento en que me senté aquí en la mesa por primera vez y él rozó mi monte. A plena vista de estos hombres. Y cuánto quería que estirara sus dedos solo un poco más...

Parece tener una habilidad misteriosa para adivinar mis pensamientos. Su sonrisa esta vez es amplia y lobuna, mostrando la mayoría de sus dientes—. ¿Extrañas mi toque, Bianca? ¿Quieres la carne de tu marido hundida profundamente dentro de ti, llevándote a un orgasmo estremecedor?

Cruzo los brazos sobre mi estómago. Debajo de la tela de mi vestido donde se frota tentadoramente contra mis pechos, mis pezones se endurecen en puntas dolorosas—. No sé si estremecedor, Rio. Eso es discutible, realmente.

—¿Oh, en serio? —Se ríe, el sonido flotando a mi alrededor como una cadencia burlona—. Te lo prometo, Bianca. Si decido darte un orgasmo esta noche, *será* estremecedor.

Todavía estoy tratando de formular una respuesta cuando hace una señal a un par de matones para que se acerquen—. Escolten a mi esposa de vuelta a su suite. Su asunto aquí ha concluido.

Se da la vuelta, efectivamente despidiéndome, y me inclino y le doy un toque en la espalda—. ¿Eso es todo? ¿En serio? ¿Ya... terminaste conmigo?

Su cabeza se inclina, pero no se gira. Como si no valiera el esfuerzo.

—Por ahora —dice, aún de espaldas a mí—. Pero si decido ir por ti, ten por seguro que cualquier orgasmo que logres *será* el más estremecedor que hayas experimentado jamás, *mia cara*.

Rio

Recorro la sala después de la reunión, charlando individualmente con cada uno de los jefes de familia y tratando de concentrarme en los negocios en lugar de la sexy mujer que probablemente estará esperándome en su suite. Esperando y preguntándose si la visitaré y le daré el alivio que anhela.

¿La visitaré esta noche? Aún no lo he decidido. Su frustración crecerá si me mantengo alejado, al igual que su necesidad. Saber que me desea, y hacerla esperar hasta un momento de mi elección para ceder al placer de su cuerpo, es una forma de afrodisíaco en sí mismo.

Pero me estoy castigando tanto a mí mismo como a ella con la abstinencia, y no estoy seguro de

poder pasar otra noche con mis bolas doliendo, mis sábanas enredadas por las vueltas, y mi cerebro no enfocado donde debería estar.

En el enemigo que nos amenaza a todos.

Al igual que yo, los demás a quienes he invitado aquí están preocupados, aunque ninguno de nosotros desea mostrarlo. Una muestra visible de debilidad en nuestro mundo equivale a arrojar el guante.

Aquí. Soy débil. Ven a tomar mi imperio. Ven a tomar todo lo que valoro.

Y así, todos nos pavoneamos y fingimos tener las cosas bajo control. Cuando la realidad es que un extraño claramente ha entrado en nuestro medio y está sacudiendo las cosas. Y ninguno de nosotros tiene la más mínima idea de quién es o cómo detenerlo.

Al menos ahora, todos estaremos atentos a cualquier cosa inusual, y las líneas de comunicación entre nosotros se han reabierto. Así que el enemigo ya no se enfrenta a una sola familia. Se enfrenta a todas las familias del noreste del país combinadas.

Rossi se acerca a mí, con un cigarro en una mano y un vaso de whisky en la otra. Una parte de mí está molesta porque se ha adaptado tan bien a la pérdida del dedo.

—Será difícil que alguien se mueva contra nosotros ahora que se han abierto los ojos de todos. Inteligente de tu parte, Rio, unir a las familias. Pero una palabra de precaución. Tu padre intentó lo mismo, unos meses antes de morir.

Mi mente se aleja de los pensamientos sobre Bianca y me concentro en Rossi. Él da un pequeño paso atrás bajo mi repentina mirada intensa. —¿Mi padre quería unir a las familias? Nunca me informaron...

—Eras joven. Nadie pensó que durarías en el papel, así que nadie creyó necesario informarte de todo lo que había sucedido antes de la muerte de tus padres.

—Y sin embargo, aquí estoy, más de diez años después. Todavía en el papel, y más fuerte que nunca. Quizás sea hora de que *sí* se me informe, Rossi, de todo lo que sabes. Porque si no...

Esta vez, cuando dejo la frase en el aire, Rossi no proporciona una respuesta. Simplemente asiente, con un destello de miedo notable en su expresión, antes de levantar su vaso a los labios para vaciar el contenido de un solo trago convulsivo.

Varias horas después, los invitados finalmente se marchan. Tengo la intención de ir directamente a mi suite para considerar lo que he aprendido esta noche y dormir unas horas antes de que el espectáculo comience de nuevo por la mañana.

Pero en su lugar, me encuentro tomando el ascensor hacia el búnker donde vive Bianca. Al menos aquí abajo, sé que ella y el bebé estarán tan seguros como sea posible. Este nivel es lo suficientemente fuerte como para resistir explosiones, y hay formas limitadas de entrar y salir si alguien intenta un ataque dirigido con armas.

Parte de mi razón para encerrarla aquí abajo es un castigo, por supuesto, pero igualmente, la intención es mantenerla a salvo.

Si no la hubiera perdonado ya por escapar, no estaría aquí. Tengo la fortuna de su familia; firmó todo poco después de nuestra boda. No la necesito viva por ninguna otra razón que no sea

personal. Y sin embargo, de alguna manera, en el espacio de varios meses, ella ha puesto mi mundo y mis creencias patas arriba.

Ya no puedo concebir un mundo sin ella. Lo cual es problemático en sí mismo, dado que ella huyó porque no podía concebir una forma de vivir y sobrevivir en mi mundo.

No encajamos de ninguna manera, forma o modo.

Pero no me importa. Nunca renunciaré a ella. Especialmente ahora que lleva a mi hijo. Para bien o para mal, somos una familia, y nunca volverá a escapar de mí.

Capítulo Trece

"La esperanza es lo que tiene plumas y se posa en el alma"

Emily Dickinson

Bianca

Esperé durante horas a que Rio viniera antes de darme cuenta de que no tenía intención de visitarme esta noche. Es un bastardo, sin duda, y ahora que he dejado de esperar y me he acurrucado en la cama con mi sexy camisón, estoy tentada de alcanzar entre mis piernas y darme el orgasmo estremecedor que me prometió.

El único problema es que sé que no será lo mismo si él no está aquí.

Que se joda. No es dueño de mi cuerpo.

Pero tan pronto como deslizo un dedo en mi hendidura ya húmeda y lo paso alrededor de mi clitoris, me detengo. No está bien. Aunque me muero por aliviar la olla a presión de tensión sexual que atenaza mi cuerpo, algo se siente mal al hacer esto sin él.

Gimo frustrada y lanzo mi cabeza hacia atrás contra la almohada, pero retiro mi mano y me giro de costado para encoger las piernas.

El fuego y la necesidad en mis venas me impiden dormir hasta cerca del amanecer, si mi reloj de cabecera es preciso, y cuando la ama de llaves llega con mi desayuno, tiene que sacudirme para despertarme.

Parpadeo hacia ella antes de despertarme completamente y acepto la bandeja que me entrega. Como de costumbre, contiene un muffin de arándanos y una taza de té, que se ha convertido en mi bebida preferida actualmente. El café tiene un sabor amargo, casi metálico, que nunca tuvo antes, y espero que una vez que tenga al bebé, mi gusto por el café regrese. Incluso el olor me desagrada estos días.

Pero junto al muffin hay una adición poco habitual en la bandeja: una tarjeta blanca con bordes dorados. Una invitación para unirme a Rio en su yate para almorzar y pasar una tarde en el agua. Tiro la invitación, tentada de enviar una respuesta de vuelta confirmando que se puede ir al infierno. Me pregunto a quién necesita impresionar esta vez. ¿Más gánsters de la mafia? ¿Personas en posiciones de poder que se han corrompido con el tiempo y ahora están en la nómina de Rio?

¿Será esta nuestra vida de ahora en adelante? ¿Yo atrapada aquí en mi solitario calabozo, convocada cuando necesita recordarle al mundo que está casado, y luego empujada de vuelta aquí, muy por debajo de su finca, para ser olvidada hasta la próxima vez que necesite exhibirme?

Pero al final, decido no ser infantil. La invitación proporciona una oportunidad para alejarme de la finca por un corto tiempo y recibir algo de aire fresco y sol en mi rostro. Probablemente hace demasiado calor allá arriba en el mundo real, siendo el final del verano, pero la salida espero que rompa la monotonía de mi nueva existencia al menos por un día.

Solo espero que Rio me dé la oportunidad de sentarme al sol antes de devolverme aquí a mi mazmorra.

Cuando los matones me escoltan a través del área con césped de la propiedad y hacia abajo hasta el muelle del río donde está amarrado el yate de Rio, levanto mi rostro hacia el sol, disfrutando del calor en mis mejillas.

Dios, nunca pensé que extrañaría el aire fresco tan intensamente. Incluso con los dos cortos paseos que se me han permitido cada día, no parece suficiente.

Afortunadamente, he elegido un vestido veraniego ligero con estampado floral que presenta una falda acampanada que termina en mis rodillas. No tenía conocimiento del clima aquí arriba, pero he adivinado correctamente. Boston en verano es caluroso, así que realmente no necesitaba mucho poder cerebral para averiguarlo.

Uno de los matones me guía por una pequeña rampa hacia el yate, y hago una nota mental para preguntarle su nombre cuando regrese a recogerme. Al otro regular también. No es su culpa que trabajen para un monstruo. Y no todos los hombres de Rio son desalmados. Bueno, supongo que tal vez lo son, pero no me gusta pensar que estoy rodeada de hombres que asesinan a otros simplemente porque se les ordena.

Rio, por otro lado, es quien *da* las órdenes. Así que técnicamente, sus hombros son los que cargan con el peso de la responsabilidad por decisiones como esas. Los matones son solo los mensajeros.

El yate parece estar vacío cuando llego a la cubierta. Me doy la vuelta y frunzo el ceño al Matón Uno, que ha plegado la rampa de embarque y no parece estar siguiéndome a bordo.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿No hay una fiesta o evento o algo a lo que Rio quiere que asista?

El Matón Dos se acerca al Uno y se encoge de hombros. —Se nos dijo que la trajéramos aquí, a esta hora. Así que eso es lo que hemos hecho, señora —Mira más allá de mí, por encima de mi hombro, e inclina la cabeza con deferencia—. Hola, Jefe. ¿Necesita algo más?

—No por el momento.

Me giro al escuchar la voz familiar y encuentro a Rio apoyado en la puerta del área del capitán. Lleva pantalones negros ligeros y una camisa negra casual de manga corta, y me quedo boquiabierta ante la vista inesperada y totalmente sexy. Aparte de cuando hemos hecho el amor y nos hemos quedado enredados desnudos en los brazos del otro, nunca he visto a Rio vestido con algo que no sea ropa de negocios.

—¿Cuál es la ocasión? —logro decir después de una pausa, cuando se hace evidente que él no va a hablar primero.

—Me tomé la tarde libre.

¿Puedo quedarme más boquiabierta? Creo que no. —¿Tú te tomaste la tarde libre? Nunca haces eso.

Entonces sonrío, solo un poco, pero transforma sus serias facciones en una expresión de absoluta belleza. Mi respiración se entrecorta y se detiene en mi garganta.

—Y sin embargo, aquí estoy —dice—. Haciendo novillos. Contigo.

¿Está tratando de coquetear?

Doy un paso adelante, tomando su mano cuando la extiende hacia mí. —No lo entiendo, Rio. Pensé... quiero decir, ¿hay más gente a la que quieres mostrarme? ¿Dónde están?

Él niega con la cabeza. —Hoy no. Hoy somos tú y yo. Tengo algunas cosas que decirte, y tu médico insistió bastante en que empezara a dejarte salir más al aire libre y a la luz del sol.

—Oh. Esto es para ayudar al bebé. Por supuesto.

—No. No solo por el bebé, *mia cara*.

—Oh —Debo sonar estúpida, repitiendo la misma palabra, pero me ha desconcertado con su inesperada calidez y su aspecto casual.

No reconozco esta versión de Rio Agosti. No actúa en absoluto como un jefe mafioso insensible. No *parece* un jefe mafioso con esa camisa de cuello abierto y su cabello oscuro ondeando en la suave brisa que recorre la cubierta del yate.

—Tenemos una tripulación mínima a bordo hoy, y seguridad, por supuesto —dice—. Pero aparte de eso, estaremos solos durante nuestro viaje.

—De acuerdo. —Es asombroso lo rápido que me he acostumbrado a la compañía de los guardaespaldas. Esta vez, después de la traición, por así decirlo, no se me ha dado la oportunidad de salir y moverme. Pero la presencia del equipo de seguridad de Rio a bordo hoy es extrañamente reconfortante en lugar de intimidante—. ¿Aún tienes a Danelli a cargo de...?

—Danelli es el mejor *consigliere* en el negocio. Es leal hasta la médula, y probablemente siempre lo tendré a cargo de mi seguridad, Bianca. —Frunce el ceño ligeramente como si considerara lo que acaba de decir—. A cargo de *nuestra* seguridad.

Nuestra seguridad. Me gusta cómo suena eso.

—Bien —y lo digo en serio.

Danelli y su equipo quizás no salvaron a Francine y a aquellos del personal de Rio que murieron, justo aquí en la finca, pero eso fue solo porque el segundo de Rio estaba con nosotros en el club, disparando a matar y manteniéndonos a Rio y a mí con vida en medio de la lluvia de balas que nos rodeaba. Nadie, ni siquiera Danelli, es lo suficientemente sobrehumano como para estar en dos lugares a la vez. Y, dado lo que sucedió, sospecho que es poco probable que vuelva a cometer un error.

Si lo hace, sabe que Rio lo matará.

—Entonces, ¿vamos de viaje hoy? ¿Solo tú y yo? —Y nuestros matones. Y el equipo que navega el barco, el equipo que ahora mismo se apresura y se prepara para zarpar. La vibración del motor del barco llega desde debajo de mis pies. Solo otro día en la tierra de la Mafia, donde nunca estamos realmente solos—. ¿Cuál es la ocasión, Rio?

Todavía sostiene mi mano y, en lugar de responder de inmediato, tira para llevarme escaleras arriba hasta la cubierta superior. El sol está caliente; hace tiempo que no salgo, y en Cleveland el calor se sentía diferente a este. Menos intenso. O tal vez es simplemente porque mi embarazo está avanzando y ahora siento el calor más intensamente. Aun así, una vez arriba, hay una fuerte brisa que rompe el calor, y me acerco a la barandilla y levanto la barbilla, observando el paisaje que pasa mientras el barco comienza a descender por el río.

Rio se para cerca, tan cerca que el calor de su cuerpo me envuelve como el abrazo de una manta pesada.

—Quería pasar tiempo contigo fuera de la finca —dice, finalmente respondiendo a mi pregunta anterior—. Me has causado mucha angustia, Bianca, tratando de averiguar qué hacer contigo sin perder la cara entre mi gente. Ahora somos una familia, y necesitamos decidir cómo lidiar con eso a partir de ahora.

Me giro para mirarlo, esperando que tal vez retroceda un poco. Pero no lo hace. Se mete en mi espacio, justo contra mi vientre, y coloca sus manos en la barandilla a cada lado de mí. Estoy envuelta en su abrazo. Levanto la mirada hacia sus ojos y leo el deseo que hierve en sus profundidades.

El mismo deseo que siento cada vez que pienso en él. Cada vez que lo veo. La atracción es obviamente fuerte, pero sigue siendo el jefe de una organización criminal, y su mundo es tan peligroso como siempre lo ha sido.

—Sabes por qué huí. ¿No es así? —Pongo una mano en su pecho. Bajo mi palma, su corazón late rápido, y el mío se acelera para igualarlo—. Nada ha cambiado, que yo pueda ver. Temo por nuestro hijo, Rio. Temo la violencia que probablemente teñirá la mayor parte de su vida. Parece ser algo inevitable en tu mundo. Y no sé cómo reconciliar eso con las esperanzas y sueños que tenía para mi futuro. ¿Cómo mantenemos a nuestro bebé a salvo?

Él cubre mi mano con la suya. —Este es tu mundo también, *mia cara*. No puedo prometer que la violencia no levantará su fea cabeza. Probablemente lo hará. Hay una posible guerra gestándose, como escuchaste en esa reunión. Sospecho que la muerte viene por más de una de las personas en esa sala de conferencias anoche.

Retiro mi mano de debajo de la suya y me giro para mirar el agua, alejándome de él. Esos ojos vigilantes son demasiado profundos, demasiado complejos. Demasiado conocedores.

—¿Por qué me querías allí? ¿Fue realmente solo para mostrarles a todos que estoy de vuelta bajo tu control? ¿Que aún posees el cartel Carlotti además del Agosti? Ya saben eso, Rio. No necesitaba estar allí.

—Eso fue parte de ello. Pero también fue porque tú *eres* mía, y eso significa que nunca te alejarás de esta vida. Aunque lo intentes. Y así, Bianca, necesitas entender lo que está en juego, y conocer el tipo de peligro que puede acechar en las sombras. Te mantuve aislada de todo la última vez. Y te he mantenido abajo en tu... mazmorra, como la llamas, aunque prefiero pensar en tu suite como un espacio seguro para ti más que como una celda de prisión.

»Pero esa situación no puede continuar. Eres mi esposa, y estás esperando a mi hijo, y quiero que el mundo nos vea unidos como una familia. Te necesito de mi lado. No puedo luchar en dos frentes al mismo tiempo, contra ti y contra enemigos sin nombre en el mundo exterior, porque entonces no puedo concentrarme en ninguno. Y eso es lo que podría hacer que todos muramos.

El agua marrón del río se arremolina bajo la proa del yate, recordándome el día después de nuestra boda. Miré hacia esas profundidades turbias y consideré saltar para escapar de él.

No habría llegado muy lejos. Lo más probable es que hubiera golpeado una roca en el fondo del río o me hubiera roto el cuello o algo así.

Levanto la barbilla hacia la brisa, cerrando los ojos por un momento y disfrutando del calor del

sol en mi rostro. Han pasado tantas cosas desde ese día. Buenas y malas. Pero estoy agradecida de estar viva, y contenta de haber tomado el camino que tomé, porque ha resultado en una nueva vida creándose dentro de mí.

Acuno mi vientre, sintiendo una ola de gratitud que debería estar en conflicto con mi situación de cautiverio. Pero no puedo ser otra cosa que agradecida por haber sido bendecida con la posibilidad de convertirme en madre.

Un movimiento llama mi atención cuando abro los ojos de nuevo, y observo cómo un pájaro se sumerge bajo la superficie y luego se eleva, alejándose aleteando con algo triunfalmente sostenido en su pico. Matar o ser matado. Está en todas partes, incluso en la naturaleza.

—¿Me amas, Río? —pregunto, sin saber por qué sale esa pregunta en particular. Por qué necesito saber la verdad sobre sus sentimientos—. Es decir, ¿me amas *de verdad*? ¿O sigo siendo simplemente una posesión valiosa, incluso ahora que ya tienes mi herencia y ya no me necesitas para eso?

Unas manos fuertes me agarran por los hombros y me gira, sosteniéndome cuando me tambaleo un poco por el movimiento repentino.

—Sí, te amo, pajarito.

Me clava esa mirada intensa que, en el pasado, me asustaba. Siempre pensé que estaba tratando de decidir si viviría o moriría cuando me miraba así.

Ahora, en un destello de comprensión, me doy cuenta de que simplemente refleja la forma en que vive su vida. Intensa y apasionada, pero con la mayor parte de esa intensidad contenida firmemente bajo la superficie, burbujeando allí en un remolino de fuego sin llegar a liberarse nunca.

¿Es por eso que la oscuridad se asienta tan firmemente dentro de él? ¿Es porque nunca ha tenido una salida para liberarla?

Me sacude ligeramente, como si fuera consciente de que mis pensamientos han divagado.

—Nunca pensé que fuera capaz de amar a alguien con esta profundidad, Bianca. No creo que jamás ame a otra persona como te amo a ti. Me distraes por completo, y cuando huiste, mi amor se convirtió en odio. Estaba *sediento de sangre*.

Sus ojos centellean y me estremezco, viendo la rabia que aún subyace bajo sus palabras suaves.

—Pero incluso si hubieras estado frente a mí en ese momento, quiero creer que no te habría hecho daño. Puedo hacer, y haré, lo que sea necesario para mantener el control y proteger a mi familia y a la organización que dirijo, pero tú...

Coloca un dedo bajo mi barbilla, levantando mi rostro hacia el suyo.

—Tú eres mi debilidad, *mia cara*. El único punto vulnerable en mi armadura. Y aun así, nunca, jamás podré renunciar a ti.

Está a punto de besarme. Lo veo en la tensión de su expresión, en cómo su mirada se enfoca en mis labios. Y quiero que lo haga, más que nada. Pero tengo que hablar primero. De alguna manera, encuentro la fuerza para zafarme de su agarre y poner unos metros entre nosotros. Solo entonces me giro para enfrentarlo. Me estudia con un leve ceño fruncido, como si lo hubiera

sorprendido y no pudiera decidir cómo reaccionar.

—Me quedaré contigo, Río. Porque te amo. De una manera insana, incluso cuando sé que no eres bueno para mí. Creo que es tóxico lo que tú y yo tenemos. Y sin embargo, para bien o para mal, no puedo cambiar lo que siento. Pero...

Trago saliva con dificultad y termino rápidamente antes de perder completamente el valor.

—Tengo condiciones, y quiero que las aceptes antes de que prometa quedarme.

Capítulo Catorce

«Cuando alguien te muestra quién es, créele la primera vez».

Maya Angelou

Bianca

Su boca se entreabre ligeramente y escucho una brusca inhalación. Sí, esta vez no hay duda sobre su reacción.

Definitivamente he dejado a Río sin palabras.

Recupera la compostura al instante y esa implacabilidad indescifrable regresa a sus rasgos previamente suavizados. —¿Condiciones? ¿Esperas que cumpla *tus* condiciones?

Enderezo los hombros, tratando de ver a mi esposo en el hombre frente a mí, y no al temible jefe de la mafia. —Así es.

—¿Y cuáles podrían ser esas condiciones, Bianca?

Un camarero sube las escaleras y se dirige hacia nosotros con una bandeja de comida, pero Río hace un gesto violento con la mano. El hombre se detiene y luego se apresura hacia el extremo más alejado de la cubierta. Hay una mesa y sillas instaladas bajo un toldo que da sombra, y el camarero se ocupa de descargar la bandeja allí.

—¿Y bien? —dice Río, obligándome a volver mi atención hacia él.

Su voz es suave, pero el tono me dice que esa suavidad es engañosa. Quizás esté presionando demasiado.

No me importa. Esto tiene que decirse, y si resulta en que me encierre de nuevo en el calabozo, entonces patearé y gritaré y armaré un escándalo hasta que tenga que dejarme salir.

O hasta que decida matarte, susurra una vocecita traidora.

Pero él me ama y ya está haciendo concesiones por mí que nunca hará por nadie más. No lo sabía con certeza hasta hoy.

—Quiero que consideres la posibilidad de hacer una transición en tu negocio para incluir actividades legales —declaro, intentando usar un tono firme y molesta conmigo misma cuando las palabras salen en un apresuramiento tembloroso.

Sea lo que sea que esperaba de mí, no era eso, y se ríe bruscamente antes de pasarse una mano por el pelo oscuro, desordenando su habitual pulcritud.

—¿Ese es tu trato por quedarte conmigo? Es una condición extremadamente grande y difícil de lograr, Bianca.

—Lo sé. —Lo que le estoy pidiendo es imposible. Lo deseo, muchísimo, pero en el fondo, sé que es simplemente un sueño imposible—. Y hay más.

Arquea las cejas. —Eres tú. Por supuesto que hay más.

Cruzo los brazos sobre el pecho, sintiendo al bebé dar una patada repentina, como si nuestro hijo

intentara unirse a la conversación. Río no podía ver la patada, no debajo de mi vestido veraniego, pero es como si estuviera tan sintonizado con mi cuerpo que lo sabe de todos modos. Su mirada baja a mi vientre y luego vuelve a subir. Esta vez, su expresión tiene un toque de humor.

—¿Y bien? ¿Cuál es el resto, entonces, querida esposa? ¿Debería dejar de llamarte pajarito y ahora llamarte mi pequeña brújula moral?

—Podría vivir con eso. —Tomo una respiración profunda y la suelto en una lenta exhalación—. También quiero que consideres financiar el Centro de Rescate Animal Paws, donde solía trabajar. —Levanto una mano para interrumpirlo cuando abre la boca—. No una donación única, sino algo continuo. Donde te conviertas en una fuente regular y constante de financiamiento para ellos. Arruinaste las vidas de varios de mis amigos y colegas cuando me secuestraste en su puerta. Es lo mínimo que puedes hacer, Río. *Por favor.*

No pretendo agregar la súplica, pero he tenido mucho tiempo a solas en el calabozo para pensar recientemente, y realmente quiero ayudarlos de alguna manera. Quemé mis puentes cuando me reuní con Dave y mostré tan claramente que amo a Río, a pesar de su estilo de vida a veces violento y a pesar de que sus hombres dispararon a dos de mis amigos. Así que nunca podré volver a trabajar allí. Pero lo mínimo que Río y yo podemos hacer, como pareja, es donar algo de nuestro dinero para ayudarlos.

La herencia de los Carlotti era mía, después de todo, y aunque nunca supe de su existencia hasta que Río me lo dijo, aún debería tener la oportunidad de gastar al menos un poco de ella en formas que yo elija.

Él estalla en una risa franca, un sonido tan raro y hermoso que mis labios se levantan automáticamente. Luego me doy cuenta de que probablemente está a punto de destrozar mi idea, y mi sonrisa se desvanece.

Pero en lugar de responder a mis preguntas, hace un gesto hacia la mesa donde el camarero aún está merodeando en la esquina. —Ven, Bianca. Vamos a comer. Tengo algo que decirte que podría cambiar las cosas para ti.

—¿Al menos pensarás en...?

—Vamos a comer, y luego te contaré sobre mi pequeña sorpresa, y después hablaremos más sobre tus... condiciones.

Obviamente, eso es lo mejor que obtendré de él. Realmente no pensé que podría simplemente exigirle a un hombre como Río que se volviera legítimo, y que él diría que sí y caería en mis brazos en una situación de felices para siempre. O al menos, la parte lógica y razonable de mí no pensó eso. Pero una pequeña voz en el fondo de mi mente sigue susurrando.

Sí lo pensaste, y cuando él no lo cumpla, sabes que tendrás que huir una vez más. Tal vez no ahora, pero algún día.

Pero ya sé que si intento huir por segunda vez, no lo lograré. Él no me dejará. Y si lo intento, probablemente termine muerta. No importa cuánto me ame Río.

Río

Comemos mientras el yate serpentea por el río y sale al puerto. He pagado para asegurarme de

que nos dejen solos durante nuestro paseo antes de regresar río arriba. No deseo ser molestado. Mis órdenes a Danelli fueron claras. No permitan que nadie se acerque al yate esta tarde.

Finalmente retiran el almuerzo, el personal de servicio ha desaparecido bajo cubierta según lo ordenado, y me recuesto en el asiento acolchado, estudiando a Bianca. Su cabello oscuro está suelto, largos mechones se levantan suavemente con la brisa que barre la cubierta. Sus mejillas están rosadas, y el leve rocío de pecas sobre su nariz es más pronunciado hoy que de costumbre. No lleva maquillaje que yo pueda discernir, y sin embargo, en este momento, se ve más hermosa de lo que jamás la he visto.

Hasta que vuelve esos intrigantes ojos ámbar hacia mí y los entrecierra como si estuviera molesta.

—¿Y bien, Río? Comimos. Dijiste que tenías una sorpresa para compartir, y luego considerarías mis condiciones.

Inclino la cabeza. —No. Dije que tenía una sorpresa para ti, y luego hablaríamos.

—Hmm. —Incluso su gruñido irritado me suena sexy. Todo en ella es sexy—. ¿Tu sorpresa?

—Sí. Ven aquí. —Doy un golpecito en el cojín a mi lado. Quiero que esté cerca cuando le cuente lo que he arreglado.

Estudia mis dedos sobre el cojín, luego se encoge de hombros y se levanta de su sitio, reposicionándose a mi lado. A veces es una esposa obediente, y aun así me encanta el hecho de que nunca sé qué Bianca obtendré en cualquier momento dado.

Me inclino hacia ella, y su delicado perfume me envuelve. No estoy seguro si es su champú o su jabón corporal, o si el aroma es puramente suyo, pero mis sentidos lo absorben como si llevara puesto el embriagador perfume de la vida misma.

Embriagador, sin duda, para alguien como yo, que principalmente se dedica a la muerte.

—No voy a convertirme en una fuente de ingresos para el Centro Animal Paws, Bianca.

—Oh. Claro —empieza a cruzar los brazos sobre su pecho, un gesto que reconozco como autoprotección.

La detengo, agarrando una de sus manos y manteniéndola cautiva entre las mías—. Puedo ofrecer una mejor opción. Ya he puesto en marcha con mi abogado la creación de un nuevo centro de rescate animal aquí en Boston. He comprado un terreno adyacente a la finca. El centro te tendrá a ti al mando. Si lo deseas. Si no, entonces podemos poner a alguien más para que...

—¡No!

Parpadeo ante su vehemente negativa. Eso no era lo que esperaba.

—Quiero decir, no, ni se te *ocurra* poner a nadie más a dirigirlo. Y ¡sí! ¡Gracias! Esa es una noticia maravillosa, Río. Cuándo... ¿es por...? No, dijiste que ya habías puesto las cosas en marcha. Así que fue antes de hoy. ¡Oh, estoy balbuceando! ¡Esa es una gran noticia!

Salta y luego se desliza sobre mi regazo para abrazarme.

Mi polla se endurece instantáneamente cuando su coño extendido presiona contra mí. Es como si mi órgano tuviera mente propia. Se acerca a ella y se pone en alerta lo quiera yo o no.

Percibo el momento en que ella se da cuenta de lo listo que estoy por su repentina quietud. Lentamente, levanta la cabeza y me mira a los ojos, los suyos tornándose de un tono más oscuro de miel mientras sus pupilas se dilatan. Su lengua sale para lamer su labio inferior, y luego sus dientes lo mordisquean brevemente antes de notar que estoy observando la acción.

—¿Tenías eso planeado antes de hoy? ¿Antes de... anoche?

—Llamé a Carnarvon la primera semana de tu regreso para pedirle que comenzara las negociaciones para comprar el terreno. La propiedad será lo suficientemente grande para albergar un centro así, sin duda.

—Mi primera semana. Cuando estaba allá abajo, bajo tierra, despotricando contra ti y... tú estabas planeando esto. ¿Para *mí*?

—Por supuesto que para ti. Tal empresa nunca sería algo que elegiría para mí —la idea es tan ridícula que casi me río—. Aunque... —me encojo de hombros, tratando de provocarla un poco. No estoy acostumbrado a bromear, y se siente... *bien*—. Ahora que quieres que nuestra organización se vuelva legítima, puede que necesite recurrir a mi pequeña brújula moral para que se le ocurran otras ideas de negocios legales en los que canalizar nuestro dinero.

—Eso sí, tendrán que ser ideas de negocios que generen mucho dinero por sí mismas. Un cargamento de armas, por ejemplo, tiene un margen de beneficio extremadamente alto. No puedo creer que un centro de rescate animal produzca la misma ganancia financiera.

Bianca ríe suavemente, el sonido recorriendo su cuerpo en una vibración que ejerce más presión exquisita sobre mi polla—. No a menos que seas bueno solicitando subvenciones gubernamentales. Es posible que incluso opere con pérdidas, para ser honesta.

Frunzo el ceño en broma, disfrutando de este juego de provocación—. No necesito oír eso, pajarito.

—Oh Rio, no tienes idea de lo feliz que me hace esa idea. Cuán... esperanzada... —Se inclina hacia atrás en mi regazo, como si necesitara la distancia entre nosotros para estudiarme adecuadamente, y luego se acerca de nuevo.

Acuno sus mejillas y guío su rostro cerca del mío—. Voy a hacerte el amor ahora, esposa. Sin castigo. Sin reglas ni condiciones. No follar ni sexo. Haremos el *amor*, y nos recordaremos mutuamente lo que es no poder mantener nuestras manos alejadas el uno del otro. ¿Quieres eso, *mia cara*? ¿Lo deseas tanto como yo?

No responde. En su lugar, simplemente cierra la última distancia entre nosotros y reclama mi boca con la suya, aproximadamente un milisegundo antes de que yo haga lo mismo con ella.

Capítulo Quince

«El amor tiene el poder de hacer latir de nuevo un corazón muerto».

Wrushank Sorte

Bianca

Reclama mi boca con un beso, o quizás yo reclamo la suya. Ya no estoy segura de nada, excepto del hecho de que el hombre que deseo por encima de todo tiene sus brazos alrededor de mí, su miembro duro y listo entre mis piernas mientras lo monto, y su lengua provocando la mía en una parodia de lo que quiero que me haga allá abajo.

Froto mi sexo contra su carne. Queriendo más. Necesitando más. Necesitando estar incluso más cerca que esto.

Gimo, y él se traga el sonido y luego gruñe él mismo, el sonido regresando directamente a mí y bajando por mi garganta. Su gruñido atraviesa cada célula de mi cuerpo e inflama aún más mi necesidad.

Tengo que sentirlo dentro de mí. No hay manera de que pueda esperar un momento más por Rio.

Él coge mis caderas y me mantiene firme, alentando mi movimiento pero controlando lo que de otro modo sería un frenético vaivén. Me libero del beso y arqueo la espalda, dejando caer mi cabeza hacia atrás mientras le ofrezco mis pechos a través del vestido.

Supongo que habrá gente ocupando los edificios, apartamentos y fábricas que bordean el río, muchos de los cuales probablemente puedan vernos mientras navegamos. No me importa. Este es mi marido, y quiero que me haga el amor.

No sexo. No follar. Hacer el amor.

Los músculos de Rio se flexionan debajo de mí, y se pone de pie, llevándome con él con aparente facilidad a pesar del peso extra que llevo. Desliza sus manos por debajo de mis nalgas, sus dedos bailando a lo largo de mi hendidura en una caricia provocadora. Estoy húmeda para él, y estoy segura de que puede sentir el calor húmedo a través de mis bragas. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura y me aferro fuertemente a su cuello mientras me lleva escaleras abajo al camarote.

Me pone de pie sobre la lujosa alfombra y se gira hacia el gran y suave sofá. Lamento la distancia entre nosotros, pero antes de que pueda abalanzarme hacia adelante y atraerlo de vuelta a mí, ha ajustado los cojines para hacer espacio en el sofá, luego se vuelve para enfrentarme.

Con un movimiento fluido, se inclina, levanta mi vestido por encima de mi cabeza, y luego engancha sus dedos en mis bragas y las rasga por la mitad. Jadeo ante la violencia de su acción, pero aumenta mi deseo diez veces más.

—Mejor —gruñe, luego cae de espaldas en el sofá, arrastrándome con él—. Ahora puedes montarme apropiadamente.

Coloco una rodilla a cada lado de sus muslos en el sofá y me preparo para frotarme contra el bulto en sus pantalones, pero luego me detengo.

—Desabrocha tus pantalones, Rio.

—¿Me estás dando órdenes?

—Lo estoy haciendo. Hazlo. —Luego arruino el efecto añadiendo—: *¿Por favor?*

Para mi sorpresa, hace lo que le pido, quitándose también la camisa al mismo tiempo, y su enorme y lista carne salta libre.

Un jadeo ahogado se me escapa. Imaginé este mismo escenario en los momentos oscuros y solitarios de la noche en Cleveland; su hermoso pecho bronceado bajo mis dedos exploradores, el duro calor de su miembro deslizándose en mi canal listo. Los sueños eróticos alejaron la soledad tantas veces.

Y ahora está aquí, debajo de mí, y todo es real. Su aroma, el sonido de su gemido cuando rozo con una uña uno de sus pequeños pezones tensos. El olor almizclado y sexy que es todo Rio se eleva en el aire, rodeándome.

Me hundo en su carne, permitiendo que me guíe, haciendo una pausa cuando la cabeza de su órgano me penetra, y suspirando en total dicha cuando se desliza completamente dentro. —Se siente tan bien, Rio. Tan bien.

—*Joder.*

—¿Joder... bien? —No puedo articular más que eso.

Meneo mis caderas, y él empuja hacia arriba, su carne deslizándose hacia adelante y hacia atrás dentro de mí como si encajáramos perfectamente.

—Joder, está *jodidamente* bien. —Sus palabras son ahogadas, su voz ronca, y comienzo a moverme más rápido, el conocimiento de que él está tan afectado por esto como yo me envía volando cerca del borde casi inmediatamente.

No será mucho, no esta vez. Y mientras meneo y cabalgo a mi marido, le suplico que me deje llegar.

—Por favor, Rio. Por favor. No puedo soportar contenerme más. Por favor...

—Sí, Bianca. ¡Sí! Córrete. *¡Ahora!* ¡Justo *ahora!*

La orden estalla de él, y me dejo caer, explotando en un millón de pedazos, gritando mientras me corro alrededor de su miembro. Sus rugidos llenan mis oídos, y su semilla caliente se derrama dentro de mí, y caigo hacia adelante contra su pecho y me pierdo en la breve inconsciencia del puro éxtasis.

Algo cambia entre Rio y yo en el yate, y no es el hecho de que haya hecho algo que sé que está completamente fuera de su carácter y me haya regalado la oportunidad de construir un refugio para animales.

Tampoco es el hecho de que nuestro acto de amor se haya convertido exactamente en eso. Hacer el amor, como él dijo. No follar. Ya no.

El cambio viene de algo más profundo, más fundamental, que cualquiera de esas cosas. Algo en mi núcleo que reconoce que, para bien o para mal, estamos destinados a estar juntos por el

tiempo que tengamos en este mundo.

Me casé con él porque no me dio otra opción. Me enamoré de él en contra de mi voluntad, llamándolo Síndrome de Estocolmo en mis pensamientos para darle sentido a la conexión de atracción-repulsión, amor-odio. Pero la verdad es más básica. Éramos enemigos, opuestos en todos los sentidos. No importó. Nos enamoramos. Ninguno de los dos lo esperaba, pero sucedió.

No sé cómo se desarrollará esto en el futuro, pero tengo que quedarme e intentar que funcione. Y si puedo ser su brújula moral, de alguna manera, lo seré. Él bromeó sobre eso, pero lo tomaré como mi misión para someter esa oscuridad dentro de él.

Si puedo. Si es posible en este mundo de la Mafia en el que habitamos.

Cuando regresamos del viaje en yate, asumo que me enviarán de vuelta a mi mazmorra. Pero ese no es el caso. Mientras hemos estado en el agua, redescubriéndonos el uno al otro de manera física, Rio ha hecho que suban mis cosas desde abajo y las coloquen en la suite contigua a la suya en el piso superior de la propiedad.

La puerta de conexión entre nuestras suites permanece abierta, y estoy feliz con ese arreglo. Al menos por ahora. Quiero ver si es posible que vivamos más como un verdadero matrimonio, o si esta tarde en el barco que acabamos de tener, lejos de todos los demás, fue simplemente una hermosa anomalía que no puede sostenerse.

Durante las siguientes semanas, él está fuera de la finca durante el día, presumiblemente atendiendo negocios en la ciudad, pero por la noche regresa y es un marido atento. Hacemos el amor la mayoría de las noches cuando me siento capaz, y en aquellas noches en que el cansancio de mi avanzado embarazo me golpea, me acurruco en sus brazos y duermo, sintiéndome amada y protegida cuando me abraza.

A medida que se acerca el momento del parto, ignoro las punzadas de miedo que surgen de vez en cuando, diciéndome a mí misma que si apareciera alguna amenaza externa, Rio se encargaría de ella. He sido testigo de varias reuniones hasta ahora, nunca con todos los jefes de familia juntos, pero generalmente con al menos uno o dos presentes en la finca.

Sé que todos están buscando a un hombre llamado Antonio. Un hombre que ha dificultado la vida de varias familias de la Mafia en los últimos meses. Aunque aparentemente, desde la reunión de los jefes de familia, los ataques a varios negocios parecen haber cesado.

¿Quizás se ha asustado y todo finalmente se calmará por un tiempo?

No estoy segura si mi enfoque miope es normal para el final del embarazo, cuando el mundo exterior se desvanece y el enfoque se reduce a anidar y prepararse para la llegada de mi hijo. Aunque, en realidad, difícilmente soy yo quien está anidando. Puede que haya sido yo quien eligió los muebles y la decoración, pero tengo un ejército de personas que realmente llevan a cabo el trabajo de montar la habitación del bebé y recrear la visión que tengo en mi cabeza para el espacio de mi bebé.

La habitación del bebé no es ni azul ni rosa, sino más bien una base neutral con una gama de piezas coloridas para darle vida y alegría a la habitación. Todavía no tengo idea si estoy esperando un niño o una niña, pero el género no me importa. Mientras mi bebé esté sano, seré feliz.

Rio insiste en que tendremos un hijo. Espero que no se sienta decepcionado si el bebé es una

niña. Necesito que ame a este hijo tanto como yo ya lo amo. Como heredero de los Carlotti-Agosti, el niño probablemente ejercerá un enorme poder algún día, y necesitará la fuerza y el apoyo de su padre para protegerlo, hasta que sea lo suficientemente mayor para protegerse a sí mismo.

Estoy reflexionando sobre este pensamiento una cálida tarde de otoño, sentada en el balcón que sobresale de nuestras suites de dormitorio contiguas, y observando los últimos rayos de sol extenderse por el paisaje, cuando me golpea el primer dolor.

Me inclino hacia adelante, agarrándome el vientre bajo.

—Ay, santo... cielos.

Jadeo cuando otro calambre me aprieta, solo un minuto o dos después del primero. *Es demasiado pronto*, grita mi cerebro en pánico, pero luego el pensamiento racional vuelve y recuerdo que solo son días antes, no semanas, y esto podría ser realmente el momento.

Rio y yo hemos hablado extensamente sobre el trabajo de parto y el nacimiento. Él quiere que tenga al bebé aquí, donde puede protegernos mejor, y planea traer a todo un equipo de personal médico en el momento en que lo necesitemos.

Otro dolor me aprieta alrededor de la espalda baja y hasta el abdomen, y luego un minuto después, otro, tan poderoso que siento como si me estuvieran partiendo en dos.

Está bien, me digo a mí misma. *No entres en pánico*. Puede que el dolor no esté comenzando suavemente como pensé que lo haría. Pero tener un bebé es normal y natural. Miles, millones... No, *miles de millones* de personas hacen esto todo el tiempo.

Joder, duele.

Es hora.

Me dirijo de vuelta a mi habitación y asomo la cabeza al pasillo, donde sé que al menos dos de nuestro equipo de seguridad estarán apostados. Hoy son Mitch y otro Leon, aunque no puedo llamarlo así porque me recuerda al que murió, así que se ha convertido en Lee cada vez que lo saludo.

Ambos se ponen de pie de un salto cuando empiezo a hablar y luego gimo de nuevo. Lee inmediatamente ladra algo en su micrófono y sale corriendo por el pasillo. Mitch lo ve irse como si estuviera molesto por haber sacado la peor parte del trato.

Luego suspira y se acerca a mí, aunque parece todo menos cómodo cuando dice:

—Señora. ¿Hay algo que pueda... eh... ya sabe...?

Agito la mano y niego con la cabeza para sacarlo de su miseria.

Estos son tipos duros y no están acostumbrados a lidiar con "asuntos de mujeres", como escuché que uno de ellos le decía al otro hace solo unos días.

Se retira con rapidez a su puesto, y yo me tambaleo de vuelta a la habitación y me derrumbo de rodillas junto a la cama. Este dolor no es divertido. Y supongo que puede ser solo el comienzo de unas largas horas.

El mensaje debe pasar rápidamente por la cadena, ya que Rio entra corriendo solo minutos

después, dejándose caer de rodillas a mi lado.

—*La mia cara moglie* —Me acaricia la espalda, tensándose cuando gimo, fuertemente—. Estás sufriendo.

—¿Tú crees? —Mi voz es áspera, y hablo con los dientes apretados.

Sé que no pretende ser obtuso. Probablemente esté tan nervioso como yo, y aunque sea el jefe de un cartel de la Mafia y probablemente haya ordenado asesinatos y sido responsable de decisiones de vida o muerte, no puedo imaginar que haya sido el apoyo de alguien dando a luz antes de este momento.

Me da palmaditas en la espalda, y si no estuviera cabalgando la ola de otro dolor punzante, me reiría del pánico que puedo sentir en el toque demasiado rápido.

—Está bien, Rio —logro decir—. Yo puedo con esto.

—Por supuesto que puedes. Eres una princesa de la Mafia y mi esposa. La fuerza está en tu sangre —El orgullo en su voz es palpable, y no puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mis labios.

Hasta que la siguiente ola de dolor me golpea, y aplasto mi cara contra la colcha.

—La doctora y su equipo están en camino —Está de vuelta en modo pánico, dándome palmadas en la espalda tan firmemente que me retuerzo para alejarme de su toque—. Estarán aquí en los próximos minutos.

—Ajá. Está bien. Bien. ¡*Joder!* —Cuando el dolor disminuye, lo miro—. Gracias. Ahora, querido esposo, ¿puedes dejar de golpearme la espalda y ayudarme a subir a la cama? Tal vez consigue algunas toallas también. Para proteger las colchas.

—Oh, hermosa esposa. Al diablo con las colchas. Compraré nuevas. Compraré una cama completamente nueva si es necesario.

Las siguientes horas son un borrón de dolor y puro esfuerzo de voluntad. He visto animales dar a luz en el refugio, por supuesto, y mi respeto crece por su silencio estoico y eficiencia en preservar su energía para cuando importa.

Resulta que no soy estoica. Grito y chillo y sudo y me agito tanto que el único trabajo de Rio se convierte en limpiarme la frente y besarme los nudillos mientras me dice lo fuerte que soy. Quizás eso es lo más seguro que la doctora puede darle para hacer para que no intervenga y simplemente saque al bebé de mí.

No debería ser posible expulsar a un ser humano por esa parte del cuerpo de una mujer, pero de alguna manera lo es, y a las cuatro y once minutos de la madrugada, exactamente tres semanas antes de mi vigésimo sexto cumpleaños, nace nuestra hermosa niña.

Y ahora, este violento mundo de la mafia realmente tiene los medios para hacernos daño.

Capítulo Dieciséis

"De todas las cosas que mis manos han sostenido, tú eres, por mucho, lo mejor".

Anónimo

Bianca

La llamamos Emilia, y es el ser humano más hermoso que he visto jamás. No creo que se parezca a ninguno de nosotros, aunque Rio dice que tiene mi color de piel y mi carácter impetuoso. Mi preocupación de que él no la amaría tanto como debería, por ser mujer y no el heredero varón que asumía, duró unos tres segundos.

El doctor le hizo cortar el cordón umbilical, y para ser un tipo duro de la mafia, se veía cómicamente mareado durante ese acto. Pero después, cuando nuestra hija estaba envuelta y él la sostenía en sus brazos, la expresión en su rostro no tenía precio.

Por primera vez, había asombro y verdadera ternura en sus ojos, y cuando bajó la mirada hacia mí y esbozó una pequeña sonrisa, una ola de amor me invadió.

En ese momento, hice verdaderamente feliz a Rio.

Y no estoy segura de que alguien más haya logrado eso con él alguna vez.

Ya no soy tan ingenua como para creer que este respiro del mundo exterior durará, pero atesoraré el recuerdo de esa experiencia compartida del nacimiento para siempre.

Durante las siguientes semanas, mi atención se centra en Emilia. Aprender a amamantar, que pensé sería instintivo pero resulta ser mucho más difícil de lo que esperaba. Lidar con la falta de sueño. Aventurarme a los extensos jardines de la propiedad con Emilia en un portabebés en mi pecho, seguida por guardaespaldas y fingiendo que mi vida es tan normal como la de cualquier otra madre primeriza.

Rio me instaló en la suite contigua a la suya para que no nos despertáramos en el momento equivocado, ya que él a menudo se acuesta tarde y se levanta temprano, y mi horario actualmente gira en torno a nuestra hija.

Inmediatamente trajo a una niñera para ayudarme con Emilia, aunque todo el concepto de pagarle a alguien para que cuide a tu propio hijo está tan alejado de mi existencia anterior que me he esforzado por dejar que la pobre mujer haga algo. Excepto cambiar los pañales y hacerse cargo de una de las tomas nocturnas si he dormido menos de lo habitual por cualquier razón.

Cuando la doctora Conner regresa para el chequeo de las seis semanas después del parto, se declara complacida con mi progreso y feliz con la salud y el peso de mi hija.

—Es usted joven y está en forma, señora Agosti. Al igual que su hija. Claramente hay genes fuertes por ambos lados. Si aún no lo ha hecho, puede reanudar las relaciones normales con su esposo cuando lo desee.

—Oh. Bueno, está bien, gracias. —¿Relaciones normales? No he pensado en el sexo desde antes del parto. Simplemente no se me ha pasado por la cabeza con todo lo que he estado aprendiendo a manejar. Ahora que lo menciona, sin embargo, la idea de volver a intimar con Rio no abandona

mi mente.

Pero él sigue ausente, ocupado con lo que sea que hacen los jefes de la mafia en el trabajo, y yo continúo cenando mayormente sola, paseando por los terrenos y luchando con Penn, la niñera, sobre quién debería hacer esta o aquella tarea cuando se trata de Emilia.

Dos meses después del parto, con Emilia dormida arriba y Penn cuidándola, estoy sentada en la biblioteca leyendo cuando me doy cuenta de que ya no puedo soportar el aislamiento. Necesito salir, fuera de la propiedad, aunque sea solo para visitar una cafetería o ir a un centro comercial. Sí, ahora tengo acceso a los hermosos jardines de la propiedad además de la casa, pero he llegado a conocer este espacio íntimamente y anhelo algo diferente.

Salgo de la biblioteca y encuentro a Lee en el pasillo de afuera, apoyado contra una pared y estudiando sus uñas. Parece tan aburrido como yo, aunque inmediatamente se endereza cuando aparezco y agacha la cabeza con deferencia.

—Buenas tardes, Lee. ¿Puedes por favor hacerle llegar un mensaje a mi esposo? Me gustaría reunirme con él unos minutos si puede dedicarme tiempo. Hoy, si es posible.

—Sí, señora. Enseguida. —Presiona su auricular y se da la vuelta para hablar en voz baja. Un minuto o así después, asiente y se gira de nuevo para mirarme—. Estará disponible en su oficina de abajo en media hora, señora Agosti. La escoltaré entonces.

Sonrío agradecida y vuelvo a la biblioteca. ¿Abajo? Ya estoy en la planta baja, así que debe referirse a las mazmorras debajo de la propiedad. Rio parece estar pasando cada vez más tiempo allí abajo. Antes, su oficina estaba en este nivel.

¿Debería preocuparme por la seguridad de Emilia aquí arriba?

Lo agrego a la lista de preguntas para hacerle a Rio, y espero a que Lee me escolte abajo para la reunión.

Rio

La petición de Bianca me sorprende un poco, y me pregunto qué querrá. Cuando entra en mi oficina, la examino cuidadosamente, buscando algo preocupante. Sus facciones están serias, pero por lo demás, parece estar bien.

—¿Estás bien? ¿Está todo bien con nuestra hija?

Ella asiente, aunque aún no sonrío. —Todo está bien. Estamos bien. La doctora dijo que estamos bien, saludables y fuertes. Todo bien.

—Hmm. —Me levanto y salgo de detrás de mi escritorio, luego me acerco y le tomo las manos.

He estado evitándola la mayor parte del tiempo desde el nacimiento, principalmente porque sé que no ha estado en condiciones para el sexo, y cada vez que me acerco a ella, quiero deslizar mi polla dentro de ella y follarla tan fuerte que grite.

Solo el pensamiento de eso ahora me hace endurecer en mis pantalones. El aire cambia entre nosotros, chispeando con repentina conciencia. Ella inhala un pequeño suspiro y retira su mano, frotándose los nudillos de manera distraída. Al menos logré provocar algún tipo de reacción en ella.

Se dirige al gran sofá y se sienta con cuidado, aún frotándose la mano.

Después de un momento, la sigo, sentándome cerca pero teniendo cuidado de no tocarla de nuevo. —¿Qué es lo que quieres, Bianca?

—Oh, sí. —Se remueve en el sofá como si se estuviera recomponiendo y se inclina hacia adelante—. Un par de cosas. Me has dado libre acceso a la propiedad, Rio, y por eso estoy agradecida. Pero aún me siento como un pájaro enjaulado. No puedo soportar la idea de que este espacio confinado sea ahora toda mi existencia. ¿Hay alguna manera de que me des permiso para salir de la propiedad? ¿Un par de excursiones de un día a la ciudad? ¿Compras, café o un paseo por el parque? Cualquier cosa, realmente, solo para alejarme de aquí y sentirme normal. *Por favor.*

¿Sabe ella lo que me está pidiendo? Le he dado más concesiones que a cualquier otro ser vivo. Y está pidiendo más.

Golpeo mi dedo índice contra mis labios mientras considero qué hacer. Todos los que necesitan saberlo saben que la mantuve cautiva aquí abajo en el búnker subterráneo. La mazmorra, como ella la llama. Y todos también saben que está de vuelta bajo mi protección, especialmente ahora que tenemos una hija juntos.

¿Se atrevería alguien a dañar a la madre de mi hija?

El desarrollo de su nuevo refugio de animales está progresando. Lentamente, pero puede que haya oportunidades para involucrarla un poco más en ese proyecto. Quizás pueda ofrecer algo de la estimulación externa que parece necesitar.

—Consideraré tu petición —digo, y ella se deja caer contra el sofá con un suspiro fuerte y dramático.

Son momentos como estos los que me recuerdan lo joven que es en realidad.

—¿No es un no, entonces? —pregunta por fin.

—No es un no.

—Vale, puedo vivir con eso. Es un poco mejor de lo que esperaba.

Finalmente, permite que una sonrisa se apodere de ella. Mi respiración se detiene por un segundo ante la pura belleza que brilla cuando baja la guardia.

Y de alguna manera, mi boca empieza a hablar antes de que mi cerebro pueda detenerla. —Sí necesito una acompañante mañana por la noche, en un evento que se celebra en Washington. Puedes asistir conmigo, Bianca.

¿Qué estoy diciendo? Ella pidió una escapada de compras a la ciudad, ¿y yo le estoy concediendo un viaje fuera del estado?

Podría retirar la oferta. Por derecho, debería hacerlo. Pero la alegría que ilumina su rostro ante mis palabras vale más que mil dudas sobre la lógica de mi decisión.

Ella estará en mi brazo mañana por la noche, en lugar de mi asistente, Dana, quien a regañadientes renunció a las entradas para el partido de baloncesto de su novio cuando le dije que necesitaba una mujer en el evento.

Es casi como si la mente de Bianca estuviera sincronizada con la mía.

Frunce el ceño y me mira con curiosidad. —Entonces, si necesitabas una acompañante para esto, debes haber tenido a alguien más ya planeado. ¿A quién estabas pensando... *Oh*. ¿Dana?

Los celos impregnan su pregunta.

—En efecto. Y antes de que tus hermosos ojos color miel se pongan verdes de envidia, pajarito, debes saber que Dana estará muy feliz de perderse este. Tiene un nuevo novio al que le gusta que vaya a verlo cuando practica su deporte.

—Oh. Vale. No sabía que tenía novio. Eso es... agradable.

Gruño ante el alivio en su tono. —No hay necesidad de que estés celosa de otras mujeres, *mia cara*. Estamos casados. Nunca te faltaría el respeto de esa manera.

Ella inclina la cabeza hacia un lado. —¿Me secuestrarías, me forzarías a casarme contigo, me encerrarías en una mazmorra de concreto, pero nunca me serías infiel?

—Por supuesto que no. Y tu *mazmorra* difícilmente era de concreto. Tenía papel tapiz y una alfombra lujosa, la última vez que miré.

Observo el juego de emociones en su rostro mientras intenta decidir si enojarse o no.

El humor gana, y se ríe con un aire de autodesprecio. —Estoy empezando a entender un poco más. Hay un código de honor en este mundo. Retorcido, tal vez, pero existe...

—Tienes mucho que aprender, pero sí. El honor y el respeto son importantes. Y tú eres mi esposa. Mi esposa y la madre de mi hijo. Si me traicionas, habrá consecuencias, al igual que las habría para mí si te faltara el respeto. Pero eso no sucederá. Siempre intentaré tratarte con respeto.

—Parece extraño estar agradeciendo por eso, pero puedo ver que realmente estás tratando de ser amable. Y moral, a tu manera. Así que, gracias, Río.

Esta vez no me molesto en contener mi carcajada. —¿Así que realmente eres mi pequeña brújula moral, entonces?

Ella se sobresalta, y mis cejas se levantan. Seguramente, ¿no se ve realmente en ese papel? Cierro mi expresión para que no vea la repentina lástima reflejada allí. Se sentirá terriblemente decepcionada si piensa que puede guiar a alguien como yo por un camino virtuoso.

Demasiado tarde para eso, pajarito.

—No me agradezcas tan pronto —adviento—. No sabes lo que implica este evento, Bianca. Ni quién asistirá. Tal vez prefieras quedarte encerrada aquí en la finca. Es más seguro aquí, sin duda. Mucho menos una vez que te aventuras fuera.

El humor que aún persistía en su expresión se disipa, y un ceño fruncido toma su lugar.

Levanto una mano tranquilizadora, adivinando hacia dónde han vagado sus pensamientos. —Emilia estará bien. Dejaremos a nuestra hija en casa con la niñera por esta vez.

—Oh, pero...

—Sin peros, Bianca. Puedes acompañarme, si lo deseas, pero Emilia se queda aquí. Estará bien protegida; te lo prometo.

La indecisión parpadea en sus ojos antes de que asienta lentamente. —Está bien. Me gustaría ir a Washington contigo. He estado extrayendo leche extra, así que hay suficiente para...

Levanto una mano. —No necesito saber los detalles. Este evento será formal, así que vístete en consecuencia. Enviaré a alguien por la mañana para ayudarte a prepararte.

Cuando finalmente sale de mi oficina, tomo asiento de nuevo detrás de mi escritorio, pero pasan varios minutos antes de que pueda concentrarme en los negocios una vez más.

¿Acabo de cometer un error de juicio, confiando en ella otra vez? ¿Usará esta oportunidad para traicionarme? La naturaleza de la reunión, y quienes asistirán, significa que es más que probable que haya agentes federales allí, así como rivales que adorarían verme caer.

Es un hecho que tendré enemigos presentes. Más de uno. Y necesito protegerme contra ellos.

La última vez que asistimos a un evento como este, Bianca fue acosada en el baño por un miembro de las fuerzas del orden. No puedo garantizar que no intenten lo mismo de nuevo. Y si vuelve a suceder —o incluso si solo se *percibe* que Bianca se está comportando de manera sospechosa— es probable que sienta toda la ira del mundo de la Mafia cayendo sobre su cabeza.

Bebé o no bebé, mi esposa no sobrevivirá si intenta cruzar a la familia Agosti en el futuro. Incluso si mi amor por ella me ciega ante sus faltas, e incluso si no tengo la fuerza o la voluntad para lastimarla, hay otros dentro de la familia y el negocio que se esforzarán por asegurarse de que no vea el amanecer del día siguiente.

Y entonces, mi querida hija, Emilia, tendría que crecer sin su madre.

Capítulo Diecisiete

"Tenemos verdadero poder cuando nos apoyamos mutuamente."

Bert McCoy

Bianca

Me molesta dejar a Emilia en casa sin mí cuando aún es tan pequeña, pero entiendo por qué Rio ha tomado esa decisión. Quiere proteger a nuestra hija y no siente que pueda vigilarme a mí y a Emilia, además de llevar a cabo cualquier negocio que tenga en Washington, sin que algo o alguien se le escape de las manos.

Ninguno de los dos quiere que ese "alguien" sea Emilia.

Cuando un equipo de ayudantes llega tarde en la mañana para arreglarme las uñas, el cabello y el maquillaje, y elegir mi ropa y joyas para la noche, tengo que confesar que estoy menos sorprendida que la primera vez que esto sucedió. Hay que reconocer que tener dinero para permitirse este nivel de mimo tiene sus ventajas.

Puede parecer ridículo y un poco abrumador, pero cuando tengo a una persona peinándome, otra aplicando productos para la piel y delineando mis ojos con precisión, y dos más puliendo mis uñas y haciéndome manicura y pedicura, es difícil sentir odio por este lujoso estilo de vida.

Lo que sí me sorprende, sin embargo, es cuando una joven entra saltando en mi suite, con su largo cabello oscuro cayendo en un despliegue artístico por su espalda y sus ojos marrón chocolate abiertos de curiosidad mientras se detiene y me mira fijamente desde la mitad de la habitación.

—¿Bianca? ¡Dios mío, es tan hermoso conocerte finalmente en persona!

Atraviesa el resto del espacio de un salto y se detiene abruptamente frente a mí. No puedo levantarme ya que mis pies están actualmente sumergidos en un baño de aceite tibio y mis uñas se están secando en una pequeña máquina en la mesa al lado de mi silla.

De otro modo, podría haberme puesto de pie de un salto y haberle dado un abrazo espontáneo. Ella irradia ese tipo de energía positiva.

—Hola —sonríe y la estudio con curiosidad, notando cierta familiaridad, aunque nunca la he conocido antes. Entonces me doy cuenta de a quién se parece, y la miro boquiabierta con genuina admiración—. ¿Eres la... hermana de Rio?

Los mismos ojos que los de él me devuelven la mirada; las mismas facciones fuertes pero refinadas. Pero en esta joven, falta la rígida implacabilidad que forma el núcleo de Rio. En su lugar, hay una suave alegría en su rostro, y sus labios anchos se elevan en una sonrisa, a la vez pícara y natural.

Se agacha junto a mi silla para igualar mi altura sentada.

—Sí. Soy Angelica, aunque todos me llaman Angel, y quiero que tú también me llames así. He estado en Suiza, pero por fin he terminado la escuela. ¡Gracias a *joder*! Ups. No se supone que deba decir groserías aquí. Y ahora he vuelto para vivir aquí. Estoy segura de que seremos buenas

amigas, Bianca. ¡Nicky me ha contado tanto sobre ti!

¿Nicky? ¿El hermano que conocí en la boda? ¿No Rio? Mi mente aún está procesando eso, pero ella está esperando mi respuesta.

—Yo... Ah, estoy muy contenta de conocerte, Angel. Rio me ha...

No me ha contado nada sobre ti, excepto el hecho de que está planeando arreglar un matrimonio para ti. Deberías huir, pequeña Angel. De vuelta a Suiza. Diviértete mientras aún puedas.

Reprimo los pensamientos inapropiados.

—Me ha contado mucho sobre ti —miento—. Y estoy segura de que seremos amigas también.

Esa última parte no es mentira. Angel emana una vibra tan energética, e instintivamente me siento feliz de que esté aquí.

—Me levantaré para darte un abrazo, Angel, pero... ¡ay!

La estilista me ha tirado del pelo, como si temiera que realmente intentara levantarme. Pero lo hizo más fuerte de lo necesario, y Angel frunce el ceño a la estilista, obviamente habiendo notado el acto.

—No vuelvas a hacer eso. La lastimarás —la regaña.

Luego dobla su cuerpo en posición de loto en el suelo frente a mí. Solo tengo veintiséis años, pero no creo tener la flexibilidad fácil que Angel muestra. ¿Cómo puedo sentirme repentinamente vieja a mi edad?

—Cuando termines aquí, ¿me llevarás a conocer a Emilia? Quiero que me presenten a mi hermosa sobrina. Oh, estoy tan contenta de que estés aquí, Bianca. Estaba preocupada de que me aburriría hasta la maldita muerte cuando regresara. Rodeada de un montón de viejos hombres de negocios estrictos y obligada a sentarme y esperar a que me casen con uno de ellos.

Una risa sorprendida sube por mi garganta ante su descripción. Encaja con la verdad, y es triste que parezca aceptarlo como su destino. Antes de que pueda responder, sin embargo, Angel continúa.

—Pero Rio dijo que solo tenía tantos ojos y que Danelli podría ser genial, pero no es sobrehumano, y me necesitaba de vuelta aquí en Boston para que sus hombres pudieran vigilarlo. Y mantenerme a salvo. Lo cual, aparentemente, no pueden hacer si ando paseando por Europa como tenía planeado. Quiero decir, ni siquiera quería que me quedara con nuestros primos en Italia. Es un aguafiestas. Pero, ya sabes, el *peligro* y todo eso.

Hace el gesto de las "comillas aéreas" con las manos, obviamente esperando que me ría. Pero no puedo. Acaba de dar en el clavo del tema subyacente de la existencia de toda esta familia.

¿Saben lo horrible que es vivir sus vidas siempre al borde del peligro? ¿Una existencia en la que un paso en falso puede resultar en la muerte o daño para las personas que amamos? ¿O están todos tan acostumbrados que simplemente es natural para ellos prepararse para lo peor?

Por primera vez, surge en mi corazón una verdadera simpatía por Rio, y recuerdo con una punzada la primera vez que hicimos el amor cuando me trajo de vuelta aquí una vez más.

La oscuridad que acechaba en los bordes de su expresión esa noche, manteniendo sus músculos tensos y sus manos apretadas. Y manteniéndome a mí al borde del terror incluso cuando me estaba penetrando con total desesperación.

¿Esa oscuridad proviene de las circunstancias? Nunca tuvo opción de nacer en este mundo, y como el mayor, siempre iba a tener el liderazgo de la familia y su organización sobre sus anchos hombros.

Cuando *mis* padres fueron asesinados —aunque yo era demasiado joven para recordarlo y ni siquiera supe de la situación hasta hace poco— tuve la suerte de que alguien me alejara de esta vida y me diera la oportunidad de crecer y prosperar en un lugar normal.

Rio nunca tuvo la oportunidad de ser normal. O al menos, no como yo lo defino.

Cuando sus padres murieron, ¿siquiera tuvo la oportunidad de llorar? ¿O tuvo que dejar de lado la emoción para poder dar un paso adelante y hacerse cargo, aceptando la responsabilidad por el bien de esta joven frente a mí? Y por sus hermanos menores, Nicky y Luca. Y de hecho, por todos en su familia extendida y en la nómina.

Personas como Francine. Danelli. Todos los que dependen de él.

¿Y si Rio hubiera nacido como el hermano menor? ¿Habría tenido un poco más de esa naturaleza juguetona que Nicky mostró en nuestra boda y durante la recepción? ¿Tendría algo de la suavidad y alegría por la vida que veo ahora en el rostro de Angel?

Puede que no me guste lo que Rio es, ni esté de acuerdo con las decisiones que toma con respecto a su negocio, pero *puedo* empatizar con el hecho de que tal vez sea así porque es el único camino en la vida que se le ofreció.

—Me encantaría llevarte a conocer a Emilia —le digo a Angel, dándome cuenta de que he dudado demasiado. Impregno las palabras con calidez para transmitir lo genuinamente feliz que estoy de que esté aquí—. Pero primero, ¿qué te parece ayudarme a elegir un vestido adecuado para este evento al que debo asistir con Rio esta noche?

El chillido resultante confirma que Angel, efectivamente, desea ayudarme, y por primera vez desde que Rio me trajo de vuelta aquí desde Cleveland, el temor subyacente que reside en mí comienza a disiparse.

Será mucho más divertido tener a otra joven aquí para pasar el rato.

Angel salta de su asiento y corre hacia mi vestidor para examinar las diversas opciones de vestidos. Y aunque su presencia ha aligerado mi estado de ánimo, todavía hay una inquietud en el fondo de mi mente que trato de ignorar.

¿Por qué Rio ha sentido la necesidad de traer a Angel aquí en este momento? ¿Hay alguna nueva amenaza acechando de la que no estoy al tanto?

Un escalofrío de mal presagio recorre mi columna vertebral.

—¿Disfrutaste mi pequeña sorpresa? —pregunta Rio, mientras el jet privado en el que viajamos a Washington se prepara para aterrizar.

Ha tomado menos de dos horas llegar aquí, pero cada paso del viaje ha sido puro lujo, desde el

Rolls-Royce que nos recogió en la finca, y ahora este avión con asientos de cuero, personal atento y canapés costosos para evitar que muramos de hambre en el corto trayecto.

—¿Te refieres a Angel? —No puedo evitar sonreír al pensar en la joven parlanchina—. Es encantadora. ¿Vivirá en la finca con nosotros a partir de ahora? Ella lo mencionó, pero fue entre un montón de otras charlas, así que no estaba segura de si la había escuchado correctamente o no.

—Sí, en efecto. Angel habla demasiado. Eso será un factor en las negociaciones matrimoniales, sin duda.

—Yo... ¿Qué?

—Ya te lo he dicho. Es mi responsabilidad encontrarle un marido a mi hermana, pero tendré que resaltar sus atributos para contrarrestar lo negativo respecto a cuánto habla.

Abro y cierro la boca varias veces, incapaz de pensar en algo que no sea una palabrota o un insulto hacia Rio. Cada vez que empiezo a suavizar mi actitud hacia él, dice algo que me devuelve a la realidad.

Este mundo de la mafia dominado por hombres, misógino...

Finalmente, me decido por decir:

—Angel tiene todo el derecho de hablar tanto o tan poco como desee. Creo que es absolutamente encantadora. A diferencia de su hermano.

Él entrecierra los ojos, pero no he terminado.

—Y ella tiene, ¿qué? ¿Dieciocho? Honestamente, es demasiado joven para estar considerando el matrimonio, Rio. Especialmente si alguien más está planeando elegir un marido para la pobre chica.

Su boca se tensa.

—Angelica tiene ahora diecinueve años. Y ha sabido y aceptado la situación del matrimonio arreglado desde el momento en que pudo caminar y hablar. Se casará antes de cumplir veintidós.

—No puedes "aceptar" una situación así cuando eres solo una niña apenas capaz de hablar. ¡Ni siquiera habría entendido a qué estaba accediendo!

—Es así como se hacen las cosas, Bianca.

—Tal vez en tu mundo —murmuro, girando la cabeza para mirar por la ventana.

Las luces de Washington se extienden hasta donde alcanzan mis ojos. Concentrarme en un lugar que nunca antes he visitado es mucho más preferible que entrar en una discusión con Rio ahora mismo.

Porque sé que tengo razón, pero no puedo ganar contra él. Está tan apegado a la tradición, y cree que está ayudando a su hermana hacia un futuro mejor, no perjudicándola. La frustración se agita en mis entrañas, revolviendo el agua con gas y los blinis con caviar que he consumido durante el vuelo.

—También es tu mundo —dice suavemente, pero hay un filo en su tono que me indica que lo he molestado.

Bien. Él también me ha molestado a mí.

Estoy muy segura de que no dejaré que le haga eso a nuestra Emilia, aunque todavía me quedan unos años para hacerle cambiar de opinión. Tal vez pueda añadir eso a la lista de desafíos, siendo el principal dirigirlo hacia decisiones que sean menos... ilegales.

Y los cerdos podrían volar, pienso, mirando al cielo claro y completamente libre de cerdos.

—Bueno —me giro para mirarlo y dejo que se note mi molestia, mostrándole una amplia y falsa sonrisa—. Seguro que será una gran noche, ¿no?

—Será... interesante —es todo lo que dice antes de que su expresión se cierre, y cambia su atención a un informe que yace sin leer en el escritorio plegable frente a él.

—¿Para qué es este evento? ¿Quién lo organiza? ¿Es una recaudación de fondos?

Al principio, parece que no va a responder, y luego suelta un suspiro y vuelve a levantar la mirada hacia mí.

—El evento es un anuncio de compromiso para la hija del anfitrión —muestra los dientes en una parodia de sonrisa—. Para un matrimonio *arreglado*.

—Oh. Genial. *Mierda*.

—El anfitrión, por cierto, es Gianni Martelli.

Doble mierda. Todo el mundo ha oído ese nombre. Es tan infame en los medios como el propio Rio. Muchos años mayor que mi marido, y conocido por estar involucrado en actividades criminales pero con una aparente armadura recubierta de teflón. Tiene una reputación similar por ejercer el poder con mano de hierro.

Fue el único jefe de familia que no estuvo en la reunión que Rio organizó, recuerdo de repente, y hubo algunos murmullos sobre la posibilidad de que uno de los hombres de Martelli fuera el involucrado en el sabotaje.

Ya sea que Gianni Martelli sea enemigo de Rio, o que estén en negocios juntos, mis esperanzas de guiar a mi marido hacia un camino más moral son inútiles.

Estúpidas, ingenuas e inútiles.

Puede que sea más fácil tratar de convencer a un león africano de que se vuelva vegetariano.

Capítulo Dieciocho

"No puedes llegar a ninguna parte en la vida sin tomar riesgos".

Esme Bianco

Bianca

Pensé que el evento de compromiso se celebraría en un hotel lujoso en una de las zonas más caras de la ciudad, pero el Rolls-Royce que nos recoge en el aeropuerto viaja hacia el norte y finalmente se detiene suavemente frente a una gran casa antigua en la zona de Potomac, según los carteles que pasamos. La finca me recuerda a la de Rio, aunque esta está construida en un estilo más antiguo con una fachada color crema y enormes columnas que le dan al lugar un aire grecorromano.

Obviamente, vamos a celebrar en la mansión Martelli en lugar de en algún sitio público. Ese hecho me pone aún más nerviosa de lo que ya estaba. ¿Y si la seguridad de Martelli no es tan buena como la de Rio? ¿Y si alguien irrumpe y nos dispara a todos, como hizo Anders, y acabo tan muerta como Francine?

Deja de ser tonta, me reprendo. *Rio no dejará que nadie nos haga daño.*

Me sorprende darme cuenta de que realmente creo en ese pensamiento. Casi del todo.

Es curioso cómo he llegado a confiar un poco en mi marido para mi seguridad, en lugar de temer su ira todo el tiempo. Tengo la sensación de que los instintos protectores de Rio se han activado en lo que a mí respecta, y eso es definitivamente el caso en relación con Emilia.

La comprensión de que nos ve como dignas de protección envía una calidez a través de mi cuerpo. Me aferro a su brazo cuando bajamos del vehículo y somos escoltados al interior del edificio por varios hombres trajeados. Hombres que ni siquiera se molestan en ocultar sus armas.

Miro alrededor, buscando a *nuestros* matones, pero no veo ninguna cara familiar.

Rio parece sentir mi inquietud porque se inclina para susurrarme al oído:

—Relájate, pajarito.

—¿Está aquí Danelli? ¿O sus hombres? ¿Lee? ¿Dónde están nuestros chicos?

—¿*Nuestros* chicos? —Sus labios se contraen—. Me gusta que los describas así.

Desafortunadamente, hemos tenido que aceptar dejar a la mayoría de nuestro equipo en la puerta. A Danelli se le ha concedido permiso para entrar, y ya está dentro. Si hubiera visto algo sospechoso, ya se habría puesto en contacto. El anfitrión me ha dado garantías de que estaremos seguros aquí esta noche. No te habría traído si no creyera que eso es cierto.

Asiento sin responder. Estoy segura de que *Rio* lo cree, pero si yo creo en las garantías de alguien a quien nunca he conocido es otra cosa completamente distinta. Aun así, no hay nada que pueda hacer excepto aferrarme con fuerza a Rio, con mi mano en el hueco de su brazo, mientras seguimos a otros que acaban de llegar a través de un gran vestíbulo de entrada y hacia un enorme salón de baile con suelo de parqué.

El espacio está decorado con arreglos florales y mesas cubiertas con manteles blancos dispuestas

alrededor de un espacio despejado frente a una pequeña orquesta que ya toca suavemente. Y en el centro de la entrada del salón, donde nadie puede perderselo, hay una ostentosa exhibición que presenta una enorme escultura de hielo de una joven pareja colocada en un lecho de agua cubierto de hojas de nenúfar.

Madre mía. Esto es decadencia a una escala que nunca antes había visto.

—La feliz pareja, supongo —murmuro a Rio, mirando boquiabierta la escultura.

—Lo es —confirma, antes de fruncir el ceño—. Al menos *ella* lo es —se corrige—. El prometido es bastante mayor que esta representación. *Esto* parece el nieto del hombre.

Oh. Antes de que pueda procesar ese pensamiento, Rio extiende la mano y coge bebidas para ambos de una bandeja que lleva un camarero que pasa.

Ya hay cientos de personas deambulando, y a diferencia del último evento de gala en el que solo conocía a Rio y a Carlos Rossi, esta vez reconozco varias caras de las diversas reuniones a las que Rio me ha permitido asistir.

Y allí, finalmente, veo a Danelli, apoyado contra una columna y estudiando a la multitud. Me hace un gesto con la cabeza cuando me encuentro con su mirada vigilante, y la tensión en mis hombros se relaja un poco. Puede que no me guste lo que imagino que el *consigliere* de mi marido hace para Rio, pero sé que hará todo lo posible por mantenernos a salvo.

Diviso a un hombre con barba de chivo que recuerdo de la finca de Rio; creo que su nombre era Darov. El nombre me llamó la atención en su momento, ya que parecía ser uno de los pocos en el círculo de negocios de Rio que no tiene un origen italiano obvio. Está hablando con otro hombre que recuerdo de la misma reunión: Enzo. Ese sí es definitivamente italiano. Recuerdo que su acento era fuerte, y creo que quizás el inglés debe ser su segundo idioma.

Ellos y otros que he visto en la finca me saludan con gestos educados pero indiferentes, que es más o menos lo máximo que puedo esperar. Este mundo no está diseñado para que una mujer sea vista como algo más que un adorno para el hombre que han elegido.

Con un sobresalto de nervios, veo a Carlos Rossi moverse entre la multitud cerca del otro lado de la gran sala. No lo he visto desde aquella reunión en casa de Rio, y apenas hablamos en esa ocasión. ¿Intentará buscarme esta noche? El pensamiento envía fragmentos de tensión directamente de vuelta a mi sistema, y mi pulso se acelera ligeramente.

Rossi se detiene en seco cuando nos ve a Rio y a mí, y algo destella en su expresión antes de que descienda la habitual indiferencia insulsa. Articula algo ininteligible que no puedo leer en sus labios; supongo que es algún tipo de saludo. Lo sigue con una sonrisa sin compromiso antes de levantar su copa en un saludo y luego darse la vuelta.

Estoy aferrando mi bebida e intentando asociar más nombres con caras cuando siento la intensa mirada de Rio sobre mí. Mis mejillas se calientan cuando lo miro y noto el inesperado calor en sus ojos.

Se inclina cerca.

—He sido negligente, Bianca. Debería haberte dicho desde el principio que te ves absolutamente impresionante esta noche. Tu cuerpo se ha llenado desde que tuviste a Emilia. Estás más voluptuosa, y ese hermoso vestido rojo muestra tus curvas a la perfección. La forma en que cae

elegantemente sobre tus caderas casi hasta el suelo resalta todo lo que encuentro deseable en ti. De hecho, te ves lo suficientemente bien como para comerte.

¿Comer? El zumbido de deseo entre mis piernas es instantáneo, y solo se intensifica más cuando levanta una mano hacia mi cara y traza con un dedo uno de mis pómulos.

—Tu cabello peinado hacia arriba así es un cambio encantador. Muestra tu estructura ósea y la delicada línea de tu cuello.

Su dedo desciende por mi cuello, a lo largo de mi clavícula, y luego sigue la línea de mi corpiño sin tirantes. Me estremezco bajo su toque. La caricia es ligera como una pluma, pero no menos impactante por su naturaleza apenas perceptible.

—Pero siempre te preferiré con el pelo suelto, sin maquillaje y con tus adorables pecas a la vista. Especialmente cuando tu hermosa boca rodea mi polla y me miras con ese ardiente deseo en tus ojos. El mismo deseo que estás mostrando ahora, de hecho.

—Inocencia y sensualidad. Ofreces ambas en un solo paquete, Bianca, y eso me distrae mucho más de lo que debería.

No tengo ni idea de cómo responderle. Y aunque encontrara las palabras adecuadas, no podría. Me ha dejado sin aliento.

Su pulgar se desliza por mis labios, y apenas logro contener el impulso de succionar su dedo en una parodia de lo que acaba de describir.

No aquí, me recuerdo. No es apropiado. No entre esta multitud de buitres asesinos.

La presión de su pulgar aumenta brevemente, como si pudiera sentir mi vacilación y me estuviera retando a hacer algo arriesgado de todos modos.

Luego su mano se aparta, y se gira para saludar a alguien, dejándome con un anhelo insatisfecho en mi interior y una creciente duda de que ese momento de intimidad haya existido fuera de mi cabeza.

—Martelli —dice Rio con suavidad, atrayéndome cerca de su costado sin mirarme. Los nervios revolotean en mi vientre, disipando cualquier vestigio de deseo, y levanto la mirada para encontrarme con la expresión fría del anfitrión de esta noche—. Felicidades a su hija y a su familia. Ha conseguido un buen partido para Daniela.

—Sí, lo he hecho, Agosti. Un muy buen partido. —La voz es baja y monótona. Nada amenazante en absoluto en la superficie.

Pero la mirada fija que acompaña las palabras, dirigida a mí en lugar de a Rio que habló, me provoca un escalofrío de temor.

Gianni Martelli es el equivalente de Rio aquí en Washington. Un jefe mafioso a cargo de una gran organización. Su poderosa energía vibra a su alrededor con tanta fuerza como la de Rio. Al estudiarlos lado a lado, reconozco ciertas similitudes entre los dos, pero no siento nada excepto repulsión por el hombre en cuya casa estamos ahora mismo.

Me toma un momento hacer que mi voz funcione. —Señor Martelli. Gracias por recibirnos como sus invitados esta noche.

Su sonrisa de respuesta me recuerda a la de una serpiente, y recuerdo de mis días en el refugio de

animales que la única razón por la que una serpiente hace eso es cuando se prepara para morder.
—Bianca Carlotti. Su reputación la precede. Qué encantador finalmente conocerla.

Trago saliva y, sin querer, me encuentro presionándome más firmemente contra el costado de mi marido. Pero a pesar de mi miedo, siento el extraño impulso de desafiar a nuestro anfitrión.

—No soy Bianca Carlotti. Soy Bianca Agosti —corrijo en voz baja.

Solo me doy cuenta del leve sobresalto de Rio porque estoy apretada tan fuertemente contra él, pero esa reacción reveladora me hace darme cuenta de que posiblemente he cometido un error al corregir a Martelli.

¿Una pequeña corrección se considera equivalente a una bofetada irrespetuosa? Seguramente no, ¿verdad?

Mi corazón se hunde. ¿Qué estoy haciendo? Cada vez que creo saber cómo funciona este mundo, el terreno se inclina y cambia, solo que esta vez, cuando se realinea, sé que acabo de ganarme un poderoso enemigo.

Hay un momento de silencio, donde todo a mi alrededor desaparece. ¿Es eso lo que hace el miedo real? ¿Te coloca en una burbuja de terror que corta todo excepto la amenaza inminente?

Entonces Martelli se ríe, un sonido delgado y falso, y la fiesta a nuestro alrededor vuelve a surgir.

—Como dije, un placer conocerla. —Se vuelve hacia Rio y asiente—. Hablaremos más tarde, cuando concluyan las formalidades de la noche. Hasta entonces, disfruten. Y Agosti, tal vez considere acortar la correa con la que tiene encadenada a esta encantadora criatura.

Se da la vuelta y se funde entre la multitud antes de que pueda siquiera comenzar el indignado balbuceo que sale de mi boca. —¿Mi correa? ¿Qué demonios, Rio? ¿Ese es Martelli? Es el hijo de pu...

—*Silencio*, Bianca.

Parpadeo ante la ferocidad de su tono y levanto la mirada hacia un par de ojos oscuros furiosos.

—Recuerda dónde estamos. No antagonices a nuestro anfitrión. Es probable que te busque más tarde, y cuando lo haga, *debes* ser sumisa. Te presionará, buscando debilidad, pero no respondas con ira. Te estará observando para encontrar una grieta en *mi* armadura, y no podemos permitir que encuentre una.

—Él no tiene autoridad sobre mí. Nadie la tiene.

—¿Nadie?

—Bueno. —Dejo escapar un sonido casi como un gruñido ante la injusticia de esta situación—. *Tú* la tienes. Supongo.

—¿*Supones*? Hmm. Tendremos que remediar esa incertidumbre más tarde. En el dormitorio, quizás. Creo que es hora de recordarte, pajarito, quién está al mando.

La furia en su expresión ya se ha desvanecido, y ahora es reemplazada por algo más. ¿Deseo? Sí, lo leo claramente en las profundidades de esos ojos oscuros. Pero justo antes de que me tome del brazo y me arrastre más adentro de la multitud, estoy segura de ver también un destello de

aprobación.

Rio pasa gran parte de la noche circulando y manteniendo conversaciones tranquilas e intensas que parecen girar en torno a los negocios. Me quedo cerca de él, captando fragmentos de conversación, pero la música, las risas y las voces de la multitud sirven como una pantalla efectiva que enmascara lo que está diciendo. Al final, me rindo en tratar de seguirlo y comienzo a observar a la gente en su lugar.

Un hombre que me resulta familiar pronto llama mi atención. El hermano de Rio, Nikolas. Solo lo he visto una o dos veces, alrededor de la época de nuestra boda, pero como todos en la familia de Rio, su presencia carismática es memorable.

Cuando sonrío a modo de saludo cortés, él se dirige directamente hacia mí.

—¿Cómo está mi cuñada favorita? —pregunta, tomándome por ambos codos e inclinándose para besarme en las mejillas, primero un lado y luego el otro.

Es tan diferente en su manera de ser a Rio, menos rígido y con un toque de humor que suaviza su rostro y sus acciones.

Resoplo ante su pregunta y sacudo la cabeza. —A menos que tu hermano menor, Luca, se haya casado sin que Rio lo sepa, creo que podría ser tu única cuñada.

—Ah, pero incluso si tuviera diez hermanos, todos casados, seguirías siendo mi favorita.

No puedo evitar la risa que se me escapa. —¿Lo sería? ¿*A pesar* del hecho de que intenté huir, o debido a eso, Nikolas?

Siento verdadera curiosidad por lo que piensa el resto de la familia sobre mi fuga y posterior recaptura. Rio ha dejado claro que mi huida se consideró una traición de la peor clase, pero aparte de Angel esta mañana, no he visto a nadie excepto a matones, personal médico y empleados de la finca, así que no ha habido nadie más que Rio para calibrar la reacción familiar.

Él también se ríe, una breve carcajada que desaparece casi tan rápido como llegó. —Nicky, por favor. Nunca Nikolas. Eso es demasiado formal —hace una pausa para estudiarme antes de añadir en un tono repentinamente serio—: Y *a pesar de* ello, Bianca, no por ello. Puede que a veces parezca un tonto superficial en comparación con Rio, pero quiero a mi hermano y le soy leal. Nunca aprobaría una traición a nuestra familia.

Un escalofrío me recorre la piel inesperadamente, haciendo que se me ponga la carne de gallina en los brazos.

—Nicky —asiento para confirmar que usaré el nombre que desea—. ¿Qué harías si traicionara a Rio de nuevo? No es que lo esté planeando, solo pregunto por curiosidad.

Sus ojos centellean y una rigidez desciende sobre su expresión. Por un momento, se parece exactamente a su hermano mayor. Violento. Implacable. *Peligroso*. —Creo que Rio es incapaz de hacerte daño, Bianca. Te quiere demasiado, y ese concepto es nuevo para él. Amar a alguien simplemente *porque sí*, y no por familia u obligación.

—¿Simplemente porque sí?

—Sí. Sois opuestos en todos los sentidos, y aun así, de alguna manera, parecéis encajar juntos.

Nadie lo esperaba, tengo que admitirlo.

Miro a mi marido, todavía enfrascado en una discusión a varios metros de distancia. ¿Encajamos juntos? Me gusta esa idea, mucho, aunque en el fondo, una gran parte de mí no cree que sea cierto.

Entonces Nicky continúa hablando en un tono conversacional, y mi atención vuelve a él cuando dice: —Así que recaería sobre mis hombros matarte, querida cuñada, si vuelves a salirte de la línea.

Mis labios se separan, y de repente, me resulta difícil tragar.

—No me hagas hacer eso —entre un parpadeo y otro, el filo violento desaparece de sus rasgos y la jovialidad vuelve—. Me caes bien. Me gusta tu espíritu combativo, y me gusta el hecho de que tu presencia hace que mi hermano sea más feliz de lo que jamás lo he visto —me da una palmadita pseudo-amistosa en el hombro desnudo, y me estremezco bajo el contacto aunque sus dedos están calientes.

Una amenaza de muerte de un miembro de mi nueva "familia".

—Nunca te tomaré por tonto, Nicky —logro decir al fin—. Ni por superficial.

—Bien. Entonces creo que nos llevaremos de maravilla. ¿Te gustaría bailar?

Echo otra mirada a Rio, deseando que mire hacia aquí. No quiero bailar con Nicky. Acaba de amenazar con matarme. Como si sintiera mi angustia, Rio levanta la vista de su conversación, frunce el ceño cuando ve quién está conmigo, y murmura algo a su acompañante antes de venir hacia nosotros.

—Nicky. No esperaba verte aquí. ¿Qué quieres? —el tono de Rio es plano, y su mirada va de su hermano a mí como si intentara adivinar la naturaleza de nuestra conversación.

—Simplemente estoy teniendo una charla amistosa con tu encantadora esposa.

Me acerco a Rio y me coloco bajo su brazo. La ironía de buscar consuelo y protección en Rio no se me escapa. Ni a Nicky, al parecer, cuyos ojos brillan con evidente humor.

El brazo de Rio me rodea automáticamente. Abro la boca para pedirle que baile conmigo para que Nicky no pueda, pero este último retrocede y da una sonrisa y un asentimiento que parece a todos los efectos una despedida normal y amistosa.

—Hasta la próxima, hermano. Y nueva hermana —agita los dedos y luego desaparece entre la multitud.

Pasa algún tiempo antes de que mi ritmo cardíaco vuelva a un ritmo más normal.

Y no puedo evitar preguntarme si esta familia a la que me he unido acabará siendo mi muerte. Literalmente.

Capítulo Diecinueve

"Evitar el peligro no es más seguro a largo plazo que exponerse directamente. Los temerosos son atrapados con tanta frecuencia como los audaces."

Helen Keller

Bianca

A medida que avanza la noche, mis pechos empiezan a doler y, con el permiso de Rio, me retiro justo después de los discursos. Él me lanza una mirada indescifrable, pero me permite alejarme de su lado para buscar a un miembro del equipo de seguridad del anfitrión y comunicarle mis necesidades. De camino aquí, me informaron que ya se había discutido y arreglado un espacio privado para extraerme leche, sin duda gracias a la capaz y eficiente Dana.

Pasan varios minutos antes de que me dé cuenta de lo que probablemente significaba esa mirada de Rio. Seguramente estaba recordando la última vez que estuvimos en un evento elegante como este. Desaparecí en el baño durante una gala benéfica en Boston, y ahí fue donde conocí a Felicity de los federales.

Aunque no planeé ese encuentro, Rio debe estar preguntándose si algo similar podría ocurrir esta noche. Espero que no. Estoy empezando a disfrutar de mi recién encontrada libertad y no quiero que me envíen de vuelta a esa mazmorra prisión. No importa lo lujosa que sea.

Y ciertamente no quiero arriesgarme a que mi cuñado me mate.

Después de hablar por su auricular y micrófono y averiguar dónde llevarme, el guardia de seguridad de Martelli me conduce por un largo pasillo hasta una pequeña sala de estar. Mientras permanezco en la puerta, el tipo revisa la habitación, asegurándose de que esté vacía y de que las ventanas con cortinas estén bien cerradas, y luego me hace una señal para que entre.

Frunzo el ceño cuando toma posición cerca de uno de los sofás, y señalo el equipo que me espera en la mesa de centro baja.

—Estoy a punto de descubrir mis pechos y extraerme leche con este aparato. No creo que a mi esposo, Rio, le guste que alguien más que él mire ciertas partes de mi cuerpo. ¿Usted qué opina?

—¿Rio, señora? ¿Usted es... la señora Agosti?

Sonrío dulcemente ante su incomodidad.

—Lo soy. Y Rio es muy celoso, como todo el mundo sabe. Pero supongo que puede quedarse aquí si lo desea, aunque no puedo garantizar cuál será la reacción de mi esposo si se entera...

Él mueve los pies, mirando mi escote y apartando la vista rápidamente.

—Estaré justo fuera de la puerta, señora. Si me llama, entraré en cuestión de segundos.

—Me parece bien. Gracias. —Tal vez soy mejor en este juego de lo que pensaba.

Sale apresuradamente y cierra la puerta tras él, y me hundo en el sofá de cuero marrón con un suspiro de alivio. Las semanas en la suite subterránea fueron solitarias, pero nunca fui realmente aficionada a las fiestas o la vida nocturna. Un buen libro siempre me resultó más atractivo que

una discoteca.

Suspiro de nuevo, disfrutando del casi silencio de la habitación. Todavía puedo oír sonidos apagados que llegan desde el salón de baile por el pasillo, pero ahora ofrecen un agradable ruido de fondo en lugar de una cacofonía desagradable.

No estoy demasiado preocupada por lo que pueda estar pasando fuera de las ventanas. Hay cortinas pesadas bloqueando la vista, y si la organización de Gianni Martelli es algo parecida a la de Rio, los jardines estarán repletos de seguridad. Danelli también estará por ahí en alguna parte. Probablemente esté tan segura aquí como en la pista de baile.

Me ocupo en conectar el extractor y dejo que haga su trabajo, aprovechando el tiempo para pensar en todo y en todos los que he conocido esta noche.

Mis pensamientos se desvían hacia Nicky y rápidamente se apartan. Para bien o para mal, es mi cuñado, y tendré que acostumbrarme a su presencia.

Considero a nuestro anfitrión, Martelli. Es bastante obvio que le desagrada Rio. No puede ser celos, ya que parecen ser considerados iguales a su manera. ¿Ve a Rio como una amenaza para su base de poder? ¿Es Rio una amenaza? Mi esposo ama Boston, y no puedo imaginar que quiera expandir sus operaciones hasta aquí en Washington.

Aunque tratándose de Rio, ¿quién sabe?

Solo puedo guiarme por el instinto, pero no veo que esa sea la razón del antagonismo de Martelli hacia Rio. Si no es eso, ¿entonces qué está impulsando ese desagrado subyacente?

No puedo evitar pensar en el mundo animal y cómo funciona en comparación con este. Echo mucho de menos el centro de rescate, aunque es poco probable que me quieran de vuelta. Pero si me quedo con Rio, al menos algún día podré ayudar a establecer y dirigir un nuevo refugio.

Y tal vez pueda aplicar algo de lo que aprendí a lo largo de los años trabajando en el refugio a este loco ambiente de la Mafia. Los animales luchan porque quieren poseer o ganar algo para su supervivencia. Puede ser comida, territorio o una pareja. Martelli definitivamente no me persigue a mí, no después de que las primeras palabras que salieron de mi boca fueran un insulto percibido. Ambos tienen suficiente dinero para iniciar una pequeña nación cada uno, así que es poco probable que sea eso. ¿Territorio? ¿Martelli quiere más? ¿Rio quiere más?

¿Y si este elusivo tipo que todos están buscando —este Antonio— trabaja para Gianni Martelli?

¿Estará Martelli ocultándolo entre sus filas en alguna parte, y Rio no ha tenido suerte en encontrarlo porque está menos familiarizado con esta área y sus operaciones que con lo que ocurre en su propia ciudad?

Cuanto más considero la idea, más parece cristalizarse en mi mente como una probabilidad. Necesito volver con Rio y compartir algunas de mis ideas con él.

Termino de extraerme la leche, disfrutando del alivio de los pechos vacíos, y guardo todo, luego me arreglo el vestido y me levanto de un salto para volver al salón de baile. Abro la puerta de la sala de estar, esperando ver al guardia de seguridad que me escoltó hasta aquí. En su lugar, me detengo abruptamente al ver a un hombre de esmoquin en el acto de extender la mano hacia el pomo de la puerta.

Gianni Martelli.

Inmediatamente me agarra por los hombros, me empuja hacia atrás sin mucha delicadeza dentro de la habitación, y entra en el espacio conmigo, cerrando la puerta de golpe detrás de él.

Alcanzo a ver el rostro del guardia de seguridad justo antes de que la puerta se cierre: sorpresa que inmediatamente se convierte en impasibilidad. Por supuesto. Este tipo trabaja para Martelli. Estoy por mi cuenta, al menos por el momento.

Miro fijamente a los ojos inexpresivos de mi anfitrión y empiezo a balbucear.

—Rio dijo que se reuniría conmigo aquí. Se ha retrasado. Llegará en cualquier momento. Estoy segura de ello.

Estoy soltando tonterías, y ambos lo sabemos.

Martelli esboza esa sonrisa de serpiente suya, y se me hiela la sangre.

—Tome asiento entonces, Bianca *Agosti*, y esperaremos a que llegue su esposo —hace un gesto hacia el sofá que acabo de abandonar, y me deslizo de vuelta al asiento antes de que mis temblorosas rodillas delaten mi terror.

Me estudia por un momento antes de tomar asiento frente a mí. La mesa de café baja se encuentra entre nosotros, y no puedo evitar sobresaltarme cuando se inclina hacia adelante. Pero simplemente está alcanzando una caja de puros en la mesa junto a la bomba empacada. Se ocupa cortando y encendiendo un puro, dándole una calada antes de mirarme de nuevo.

—Espero que no le importe que encienda un puro, señora *Agosti*. Esta es mi habitación favorita para disfrutar de un cigarro.

Por supuesto que me importa, hombre horrible. Odio los puros. Excepto cuando se trata de Rio, añade mi mente recalcitrante. En él, el humo del puro huele delicioso. En este hombre, me dan ganas de vomitar.

Sonrío dulcemente, eso espero. Era fácil jugar con uno de los matones. Están preparados para obedecer órdenes, y yo soy la esposa de un jefe de la mafia, después de todo. Mucho más difícil es jugar con alguien como Martelli.

—No me importa —miento—. Y si empezamos con el pie izquierdo antes, me disculpo. Estaba...

—Mi corazón late con fuerza, y espero estar diciendo las cosas correctas y no empeorar la situación—. Solo quería complacer a mi esposo, señor Martelli. Reconocer su nombre. Eso es todo. No pretendía ofenderle. De verdad, yo...

La mirada fija de esos ojos fríos congela mi caja de voz. De nuevo. Me aclaro la garganta, tratando de reiniciarla, sin éxito.

Él sigue dando caladas, luego dice:

—Bueno. Parece que su esposo se está retrasando *mucho*. Aunque no me sorprende. La última vez que lo vi, estaba teniendo una conversación bastante animada con Julia Veneto. Parecían estar muy acaramelados en uno de los nichos junto al salón de baile.

Eso reactiva mi voz de nuevo.

—¿Julia Veneto, la actriz?

¿La actriz de Hollywood muy hermosa, muy sexy y actualmente muy disponible?

—Esa misma. Oh, vaya. Qué lástima para usted, Bianca Agosti.

Entrecierro los ojos. De repente, ya he tenido suficiente de él. No me importa lo rico y poderoso que sea este tipo, ni me importa *qué* es.

—El asunto es, señor Martelli, que Rio es mi esposo. Me ama y es leal. Nunca me faltaría al respeto...

—En efecto, no lo haría —me giro hacia la puerta, donde Rio acaba de entrar.

Sus ojos arden con algún tipo de emoción y, mirándolo ahora, no puedo creer que alguna vez lo haya considerado frío.

No como el hombre sentado frente a mí. No hay comparación entre los dos. Ninguna en absoluto. Me pongo de pie de un salto y corro hacia Rio, mi tensión disipándose mientras me envuelve con sus fuertes brazos. Buscar su protección parece estar convirtiéndose en un hábito.

Puede que sea un monstruo violento que asusta a otros de la manera en que Martelli me asusta a mí. Pero Rio es *mi* monstruo. Y ahora mismo, estoy tan agradecida de tenerlo de mi lado.

—¿Estás... intacta? —murmura las palabras en voz baja en mi oído. Tan bajo que apenas puedo oírlo.

Asiento, pero estoy segura de que puede sentir mi temblor. No quiero que nada estalle entre estos dos. Especialmente no ahora, cuando estamos en pleno territorio de Martelli y rodeados de su gente.

—Estoy bien —confirmo—. La leche está extraída y en esa bolsa refrigerada lista para llevar a casa.

Señalo la mesa, y Rio hace una pequeña mueca, pero su postura se relaja un poco, y puedo notar que la ira subyacente está disminuyendo.

—Si vas directamente al salón de baile, Bianca, hay alguien que desea hablar contigo.

—¿Oh? Pero ¿qué hay de...?

—Ve, *mia cara*. Carlos Rossi está esperando.

Se me cae el alma a los pies. Quiero ir a casa, no hablar con otro gángster más con una personalidad superficial claramente falsa.

—Está bien. Pero ¿ya casi es hora de que nos vayamos? —mi voz sale más débil de lo que quisiera.

Rio acuna mi mejilla.

—Pronto. Y entonces creo que será el momento de discutir el asunto del *control*. Quién lo ejerce. Y quién no. ¿Te gustaría eso?

A pesar de la presencia del hombre mayor, mi interior se enciende ante la promesa de Rio.

—Me encantaría eso, *mio caro marito*.

Él suelta una risa, claramente sorprendido.

—Le pregunté a Angel esta mañana cómo decir "mi hermoso esposo".

—¿Ah, sí? —su mirada es cálida.

Lo he complacido, y me sorprende lo mucho que ese conocimiento me complace a *mí*.

—Ve, pajarito. Danelli te vigilará. Me reuniré contigo tan pronto como pueda. Debo hablar con nuestro anfitrión —lanza una mirada hacia Martelli, pero el hombre simplemente sigue dando caladas.

Hago lo que Rio dice, pero no puedo resistir detenerme en la puerta. Casi le pregunto a Martelli cómo está su empleado Antonio para ver si reaccionará al nombre, y para alertar a Rio sobre mis sospechas.

Apenas me contengo antes de que la pregunta salga. Esa información, y mis instintos al respecto, deberían compartirse en privado con Rio. No usarse aquí simplemente como una posible pulla contra un hombre insufrible.

En su lugar, sustituyo por una reprensión diferente.

—Gracias por su hospitalidad, señor Martelli. Tiene una casa maravillosa, y estoy segura de que su joven hija será muy feliz con el anciano abuelo que ha elegido para que se case con ella.

Capítulo Veinte

—No tropiezas con tu herencia. Está ahí, esperando a ser explorada y compartida.

Robbie Robertson

Rio

Mi traviesa esposa necesita una buena zurra, y estaré encantado de dársela en cuanto salgamos de aquí. Ese último comentario fue demasiado, pero aun así, apenas logro contener una risita cuando se va.

Martelli casi se atraganta con su puro cuando ella lanza la pulla y se marcha con aire desdeñoso antes de que él pueda responder.

Pocas veces he amado a Bianca más que en este preciso momento.

Martelli se inclina hacia adelante y aplasta la punta del puro con tanta fuerza en el cenicero de la mesa de café que la bandeja se parte en dos con un fuerte crujido. Maldice en italiano y luego hace un gesto airado con la mano. El extractor y la bolsa refrigerada salen volando. Parece que no llevaremos leche extra a casa para Emilia.

Me cruzo de brazos y espero a que su rabieta se calme, disfrutando de la falta de control que acaba de mostrar. Son las sutilezas las que importan en un juego de poder, y Martelli acaba de ponerse en la posición más débil.

Al menos, por el momento.

Deja que la colilla se apague sola en el desastre que ahora está esparcido por la mesa. —Deberías tener cuidado, Agosti. Estás perdiendo el control, como se evidencia ahora mismo. Esa mujer será tu muerte si no tienes cuidado, viejo amigo.

Le sonrío sin humor. Ambos sabemos quién acaba de perder el control de sus emociones, y no fui yo.

—Esa *mujer*, como tú la llamas, es mi esposa, y como tal, merece respeto. Incluso de ti, Martelli. Igual que yo ofrezco mi respeto cuando se trata de tu esposa.

No devuelvo la referencia de "amigo". No lo somos, y nunca lo hemos sido.

Inclina la cabeza. —De acuerdo. Respeto por nuestras esposas. Aunque solo será cuestión de tiempo antes de que te desvíes de su lecho. Mujeres como Julia Veneto, y otras igualmente hermosas, están disponibles en cualquier momento para hombres como nosotros.

Tiene razón en cuanto a la disponibilidad de mujeres. Ejercicio un gran poder en mi posición, al igual que el propio Martelli. El poder es un gran afrodisíaco. También lo es el dinero. Y las fortunas que aumentamos a diario son inmensas.

Mis apetitos sexuales del pasado son bien conocidos, y nunca me han faltado compañeras de cama dispuestas. Pero ahora que Bianca está en mi vida, no puedo imaginarme deseando a ninguna otra mujer.

Incluso cuando huyó de mí, antes de que la encontrara y la trajera de vuelta a casa desde

Cleveland, no llevé a ninguna otra a mi cama. Mi obsesión por ella fue la razón por la que nadé miles de vueltas en esa maldita piscina sobre mi club. Día tras día. Y la razón por la que apenas dormí hasta que la tuve de vuelta bajo mi techo una vez más.

Ya fuera físicamente en mi vida, o en mis pensamientos como un espectro fantasmal mientras estuvo ausente, ella llenó cada espacio en mí hasta que no quedó lugar para nadie más.

No hay nadie más.

Sé en el fondo que de alguna manera he encontrado mi pareja en Bianca. Por improbable que parezca, ella se ha tallado un lugar en mi corazón.

Y ahora que ha vuelto, nunca la dejaré ir.

Bianca

No quiero dejar a Rio allí con Martelli. No confío en ese hombre víbora, ni en sus intenciones hacia mi marido.

Y probablemente acabo de empeorar la situación. No debería haber provocado a nuestro anfitrión con ese estúpido comentario. Si se ofendió antes, simplemente porque lo corregí sobre mi nombre, Dios sabe lo que hará con respecto a la pulla que acabo de lanzar sobre su hija.

Pero me enfureció tanto que no pude evitarlo. También hablaba en serio con lo que dije. Su hija, que he descubierto esta noche es un año menor que Angel. Durante los discursos, presentaron al futuro yerno de Martelli, y vi la expresión en el rostro de esa pobre chica cuando un anciano que parecía tener setenta años subió al escenario para unirse a ella.

Claramente no está de acuerdo con casarse con alguien casi sesenta años mayor que ella.

Espero no haber empeorado las cosas para Rio, al hacer saber mi disgusto por los matrimonios arreglados.

Es como el dicho de la paja y la viga, realmente, cuando considero las circunstancias de mi propio matrimonio. No arreglado, sino forzado. Mucho peor, si lo piensas así. Al menos la hija de Martelli tendrá tiempo para acostumbrarse a la idea. Y tal vez, como Angel, siempre ha conocido su destino, y simplemente lo acepta como se hacen las cosas en este mundo.

Me hago una nota mental para hablar con Rio sobre Angel e intentar asegurarme de que quien sea "elegido" para ella sea al menos una persona medio decente.

Carlos Rossi está esperando cuando regreso al salón de baile. Se abalanza sobre mí tan pronto como vuelvo a entrar por una de las aberturas arqueadas. Apenas logro contener un suspiro. La noche ha sido interminablemente larga, y estoy más que lista para volver a casa con Rio.

Casa.

Me doy cuenta de repente que estoy pensando en la mansión de Boston como mi hogar. ¿Es porque sé que Emilia está allí, y donde está mi hija, también está mi hogar? ¿O es mi creciente conexión con ese lugar algo menos tangible?

No tengo la oportunidad de reflexionar. Rossi me toma del codo y me lleva a través de otro arco hacia un nicho ligeramente más tranquilo que el área principal bulliciosa. El alcohol ha estado

fluyendo toda la noche, y los gritos de risa y las conversaciones ahora son mucho más fuertes que cuando Rio y yo llegamos.

—Quería aprovechar la oportunidad para disculparme adecuadamente con usted, querida Bianca. No hemos tenido la oportunidad de hablar mucho más allá de nuestro breve intercambio en la reunión en Boston.

Hay un reproche en su tono, y me suelto de su agarre. Estudio las líneas y arrugas de su rostro. No lo había notado realmente en la reunión, probablemente porque estaba demasiado nerviosa esa noche para notar mucho de nada, pero parece mucho mayor de lo que recuerdo, y solo han pasado unos meses.

¿Está esperando que caiga la mano de Rio? ¿Que su tiempo se acabe en el momento en que ya no sea visto como útil para mi marido? Sé de primera mano cómo se siente vivir en constante temor. Te envejece mucho más rápido de lo que la naturaleza pretende.

—Cuando desapareciste de Augusta y mis hombres no pudieron encontrarte —dice—, no me dejaste otra opción. Tuve que presentarme voluntariamente y contarle al menos algo a tu marido, o toda mi familia podría haber sido borrada de la existencia cuando descubriera mi implicación.

Abro la boca para hablar, pero él levanta una mano. —No me habría presentado en absoluto si no hubieras desaparecido. Te habría protegido con mi vida. Por el bien de tu madre Rina, Bianca.

Mi corazón da un vuelco. Realmente *amaba* a mi madre.

—¿Me contarás sobre mis padres? —La petición es impulsiva; quiero saber más, por supuesto, pero he evitado preguntar. Tal vez porque temo las respuestas.

Pero sé tan poco, y ahora que tengo a Emilia, quiero averiguar más para poder ayudarla a entender su verdadera herencia cuando sea lo suficientemente mayor.

Rossi duda, luego se mueve hacia un banco de hierro forjado colocado a un lado del nicho. Cuando toma asiento y da una palmadita en el banco a su lado, cruzo y me siento en el borde.

—Sabes que estaba enamorado de tu madre —comienza, y yo asiento.

—Sí, eso fue obvio desde la primera vez que nos conocimos.

Él ríe ligeramente, pero hay poco humor en el sonido. —Nunca pude actuar sobre ese amor porque Rina estaba embelesada con tu padre. Y Stefano, querida mía, era muy parecido a como es Rio ahora. El jefe de la familia Carlotti, y absolutamente despiadado si alguien se atrevía a cruzarse en su camino.

—Pero mi madre... ¿lo amaba de todos modos?

—Con todo su corazón y alma —dice Rossi suavemente—. Ella y Stefano estaban comprometidos desde jóvenes en un matrimonio arreglado por sus familias. —Hay un leve tinte de amargura subyacente en sus palabras cuando añade—: No te gustará oír esto, pero es afortunado que murieran juntos en esa explosión de bomba. Ella habría sido solo media persona sin su Stefano en este mundo. Nadie habría podido llenar su corazón como él lo hizo.

¿Ni siquiera su hija? Trago el repentino nudo en mi garganta, preguntándome si yo podría ser alguna vez tan insensible si se tratara de Emilia. Por supuesto, mi madre probablemente no tuvo elección sobre si vivía o moría en ese momento, pero si *hubiera* sobrevivido, ¿habría sido yo

suficiente para ella?

Mis ojos escuecen, y parpadeo con fuerza, negándome a llorar por una mujer que nunca conocí. Mis padres fueron la pareja amorosa que me crió. Si tengo que llorar en algún momento, que sea por el hecho de que mi madre adoptiva nunca tuvo la oportunidad de conocer a su nieta, y mi padre adoptivo estaba tan desconsolado por su muerte que desapareció en las montañas en algún lugar de Tailandia y ni siquiera sabe que tiene una nieta.

—Entonces, ¿mi padre biológico tenía muchos enemigos?

Como Rio.

—En efecto, los tenía. Incluso había algunos dentro de la propia familia Carlotti. *Tu* familia, Bianca. Una pugna a puerta cerrada por el control de la organización. No se sabe hasta el día de hoy quién ordenó el ataque, pero se cree que a alguien no le gustaba la dirección en la que tu padre estaba tratando de llevar el negocio.

—¿Qué dirección era esa? —Me siento extrañamente desconectada, como si estuviéramos discutiendo personajes de un libro o película.

Pero la realidad es que eran mi familia. Mis *padres*. Mi propia carne y sangre.

—No estaba al tanto de los detalles, pero se rumoreaba en ese momento que estaba considerando vender partes del negocio a otras familias. Quería recaudar capital para invertir en nuevos emprendimientos, pero algunos vieron la estrategia como una que debilitaría la base de poder de los Carlotti. Nuestro anfitrión de esta noche, Gianni Martelli, era uno de los que supuestamente estaban interesados.

Mis dedos, ya apretados en mi regazo, se contraen ligeramente ante esa revelación. Martelli parece mucho menos estable que el hombre sentado frente a mí, y sería un enemigo aterrador. Aunque tengo que recordar que la persona de abuelo de Rossi es solo una fachada. He visto destellos de la dureza debajo varias veces, y estoy segura de que él también sería un adversario formidable.

—¿Y tú, Carlos? —pregunto—. ¿Eras una parte interesada?

—Tal vez, pero todo eso fue hace mucho tiempo, querida. Y todo es discutible. Tu marido tiene el control del imperio Carlotti, gracias a tu matrimonio, y yo soy la última persona con la que consideraría hacer negocios estos días.

—¿Es por mí? ¿Porque me ayudaste?

—Ah. Es por muchas razones. Y no me hago ilusiones. Tú y yo sabemos que probablemente estoy viviendo tiempo prestado en lo que respecta a los planes de Rio para mí. Pero le he proporcionado información a Rio, y él cree que tengo más que ofrecer. Por esa razón y solo por esa, no estoy actualmente a dos metros bajo tierra.

Me estremezco ante la franqueza de su declaración, pero es probable que esté diciendo la verdad. Ha habido demasiadas transgresiones involucrando a Carlos Rossi, aunque nunca parece ser el culpable. Es poco probable que Rio permita que Carlos viva a menos que vea un beneficio para los Agosti.

—También te debo una disculpa, Carlos —admito—. Tomé tu dinero bajo falsos pretextos. Tengo que admitir que no tenía intención de detenerme en el apartamento que me arreglaste en

Augusta. Y por eso, lo siento.

—No querías cambiar un señor del crimen por otro, ¿eh?

—Bueno... yo...

Afortunadamente, logro suprimir mi estremecimiento porque se ríe como si pudiera percibir mi incomodidad y disfrutarla.

—Como tu benefactor, querida. Nada más.

—Oh. —Mis mejillas se calientan, y brevemente bajo la mirada a mis pies—. Esa evaluación es bastante precisa —admito después de un momento—. Solo necesitaba alejarme lo más posible de este mundo a veces violento. Después de lo que pasó con Anders.

—Ah. ¿Y porque él era mi hombre, me culpaste?

—No. Te creí cuando dijiste que no tenías conocimiento de ese ataque. Y me aseguré de hacer llegar esa información a Rio, como me pediste.

—Sí, lo hiciste, y estoy agradecido. *Esa* es una de las razones por las que estoy vivo ahora mismo.

Trago saliva con dificultad, esperando que no se ofenda por mis siguientes palabras. —Es solo que tú eres parte de ese mundo. Tú y Rio, Carlos. Y tenía miedo por mi bebé. Simplemente tenía que irme. Lo siento, pero es verdad.

Sus ojos se suavizan. —Dices la verdad, querida. Este es a menudo un mundo violento. Desafortunadamente, en el momento en que Rio te secuestró y luego se casó contigo, te convertiste en parte de él. Y no importa cuán rápido o cuán lejos corras, nunca escaparás de él. Ya no. Especialmente ahora que has traído a su hijo al mundo.

Sé cuán acertada es esa observación. He estado considerando ese mismo hecho en mi mente y viéndolo manifestarse en mis propias acciones incluso antes de poder articularlo de manera consciente. Ahora estoy atrapada en esta vida, y no veo cómo puedo salir jamás. Viva.

Me pongo de pie de un salto, tropiezo hacia una de las grandes columnas que marca la entrada a este nicho y apoyo mi espalda contra el frío mármol. Necesito concentrarme en respirar, lenta y constantemente, para intentar aplacar el pánico subyacente que amenaza mi calma superficial.

En el momento en que Emilia nació, algo cambió irrevocablemente.

Incluso si algún día Rio y yo decidimos terminar nuestro matrimonio, él siempre estará en mi vida como el padre de Emilia. No un padre promedio de fútbol los fines de semana, pero aun así un padre.

Nunca podré escapar, no importa cuánto pueda desearlo. La única manera en que puedo ver para protegerme a mí misma y a mi hija de ahora en adelante es confiar plenamente en el único hombre del que huí.

El propio Rio.

Capítulo Veintiuno

"Vivimos en un mundo de fantasía, un mundo de ilusión. La gran tarea en la vida es encontrar la realidad."

Iris Murdoch

Rio

Mi preocupación aumenta después de la conversación con Martelli. Finalmente admitió haber experimentado varios trastornos comerciales similares a los que estamos teniendo en Boston. Todavía no estoy convencido de que no sea su organización la que esté causando los problemas.

Pero había una mirada en sus ojos —una aprensión genuina— que hablaba de verdad. Alguien está intentando alterar el orden natural y el equilibrio de nuestro mundo.

Así que, cuando vuelvo a entrar al salón de baile y no veo a Bianca por ninguna parte, mi preocupación se dispara y mi respiración se acorta.

¿Dónde está? ¿Ha vuelto a huir? ¿Está a salvo?

No debería haberla traído conmigo en este viaje. ¿En qué estaba pensando?

La verdad es que no estaba pensando. Al menos, no con la cabeza. Nunca lo hago cuando se trata de Bianca.

Saco mi teléfono del bolsillo de la chaqueta y estoy a punto de marcar a Danelli —al diablo con la regla de Martelli sobre no tener seguridad excepto la suya— cuando veo a mi esposa emerger de detrás de una columna. Se ve... conmocionada, a falta de una mejor palabra.

Momentos después, Rossi aparece a su lado. Le da una palmadita en el brazo y luego la deja allí sola. Me precipito a través de la sala. Ella levanta la mirada y me ve venir, estremeciéndose cuando la agarro del codo.

—¿Qué pasa? ¿Te hizo daño?

Ella parpadea un par de veces, posiblemente por el veneno en mi tono, y la expresión angustiada se desvanece. Me lanza una sonrisa torcida.

—No, todo bien. Él se disculpó, yo me disculpé... Todo bien.

Claramente, no está bien. Ya estoy harto de esta farsa de evento. Necesitamos salir de aquí.

—Es hora de irnos, Bianca —anuncio, y mantengo mi mano firmemente en su codo mientras la guío hacia la salida.

—Gracias a Dios —murmura, y mientras esperamos en la entrada del edificio a que un miembro del personal llame al coche que nos llevará al aeropuerto, se gira para mirarme y me da una sonrisa genuina esta vez—. He estado lista para irme desde el momento en que llegamos. No puedo esperar para volver a casa.

Una calidez florece en mi pecho, reemplazando la preocupación que había mantenido mis músculos tensos. ¿Casa? —Me gusta cómo suena esa palabra en tus labios, pajarito.

—¿Cuál? —bromea—. ¿Irme?

—Sabes cuál.

Sea lo que sea que la haya alterado en su conversación con Rossi, parece haberlo superado rápidamente. Averiguaré de qué hablaron, pero no ahora.

Algo cambió entre nosotros cuando nació Emilia. Sea lo que sea es indefinible en mi mente, pero es la razón por la que le permití acompañarme aquí esta noche. Es la razón por la que ha surgido una feroz protección en lo profundo de mí. Es la razón por la que ahora empiezo a entender el verdadero poder —y peligro— del amor, cuando nunca antes había tocado mi corazón.

Y esa *cosa* indefinible entre nosotros es la razón por la que ahora estudio sus delicadas facciones y sus curvas voluptuosas, e imagino todas las cosas que le haré incluso antes de que lleguemos a la finca de Boston.

Casa.

—Voy a hacerte gritar esta noche, Bianca. En los cielos muy por encima de esta multitud de aduladores sicofantes. Cuando el jet despegue, tú también lo harás. Seré implacable, y estarás suplicando por más antes de que estemos siquiera a mitad de camino a casa.

Su boca amplia se entreabre, y la punta de su lengua sale disparada para humedecer su labio inferior. Esos son los labios que pronto ordenaré que envuelvan mi polla. El deseo me inunda ante la imagen mental, y mis pantalones comienzan a abultarse.

No soy un adolescente, y puedo controlar mi cuerpo si lo deseo. Pero no lo deseo. Quiero que sepa cuánto la deseo, que se ahogue en el aroma de mi excitación. Quiero que imagine el sabor caliente de mi necesidad en esa sexy lengüita mientras sus labios vaginales se humedecen con su propia excitación resbaladiza.

—Esa es una gran promesa, esposo —murmura, sus ojos entornándose brevemente mientras aletea sus pestañas—. Es un vuelo corto.

—Es lo suficientemente largo, Bianca, para los preliminares. Un comienzo. Y luego continuaremos el resto hasta bien entrada la noche después de que lleguemos de vuelta a Boston. A nuestra casa.

El escalofrío que la recorre es visible incluso en la oscuridad de la noche que nos rodea, y sonrío, disfrutando del conocimiento de lo que significa ese escalofrío. Puede que esté bordeado de algo menos positivo que el deseo —de hecho, casi seguramente lo está, conociendo la naturaleza compleja de nuestra relación— pero incluso si todavía me teme, o detesta esta vida en la que ha sido arrojada, no puede ocultar su necesidad. No de mí. El aroma de ello se eleva a nuestro alrededor, aumentando cuando el coche se desliza hasta detenerse bajo el pórtico en la entrada, y la ayudo a entrar en el compartimento trasero de la limusina.

Mis dedos rozan su cadera mientras la estabilizo, el pequeño jadeo de su respiración confirmando su estado de super-conciencia. Le dije una vez que el deseo es una espada de doble filo. Miedo y necesidad. Amor y odio. Enemigos y amantes apasionados.

Estoy a punto de cumplir en todos los frentes. Mi esposa nunca volverá a ser la misma.

Bianca

Voy a hacerte gritar esta noche.

Lo ha prometido en el pasado, y siempre ha logrado cumplirlo, incluso cuando yo estaba decidida a no dejar que sucediera. ¿Será esta noche diferente? ¿Seré capaz de mantener algún control sobre mi cuerpo? ¿Sobre mis emociones? ¿Sobre mi propia maldita voz?

¿Quiero mantener el control?

La verdad es que quiero que mi esposo me haga gritar. Y cuando miro en la oscuridad de sus ojos, sé que ya he perdido esta batalla.

El jet despegue, y una vez que estamos en el aire y el capitán da permiso para moverse por la cabina, Rio ordena a todo el personal que salga del área principal del salón.

Les dice que regresen solo en caso de emergencia, y que para cualquier cosa menor, habrá consecuencias. Todos se apresuran a salir, y finalmente solo quedamos Rio y yo en el espacio compacto. Nos sentamos en sillones de cuero color crema, frente a frente en silencio.

Estoy casi vibrando de necesidad, mi centro húmedo y listo, y él no ha puesto un solo dedo sobre mí desde que me ayudó a entrar en la limusina en la finca de Martelli.

—¿Qué quieres, Rio? —Mi voz suena más entrecortada de lo que me gustaría.

Pero sus ojos me dicen que ya lo sabe, incluso sin escuchar la necesidad en mi tono, cuánto lo deseo.

—¿Que qué quiero? —comienza en un tono conversacional, pero luego el calor que arde entre nosotros parece estallar, y termina con una voz mucho más áspera—. Quiero que te arrodilles para mí, esposa mía. Aquí mismo, ahora mismo. Ven aquí. *Más rápido.*

Me levanto de un salto de mi asiento y doy un paso adelante, luego me arrodillo lentamente en el suelo de la cabina frente a él y avanzo de rodillas. Sus piernas se abren más, haciendo un espacio para mí entre sus muslos, y la tela de sus pantalones de traje se tensa sobre su carne hinchada.

—Libérame.

Me humedezco los labios, el dolor en mi cuerpo aumentando. Extiendo la mano para desabrochar su botón y la cremallera, permitiendo que su miembro salte libre en toda su gloria erecta. Mi centro está resbaladizo, mis labios vaginales pesados, y no puedo evitar que se me escape un gemido.

—Ahora tócame, Bianca. Acaríciame y luego inclina tu cabeza y tócame en tu boca. Y cuando lo hagas, puedes imaginar mi boca devorándote a *ti*. Lamiendo tu clítoris, bebiendo tus jugos, y luego invadiendo tu canal húmedo con mi lengua y mis dedos exploradores.

Agarro su carne dura y deslizo mi mano arriba y abajo, pasando mi pulgar por la punta y esparciendo la gota de líquido preseminal que me espera. Él se recuesta en su asiento, apoyando la cabeza contra el cuero, mirando al techo de la cabina como si estuviera aburrido con mi toque. Pero noto el movimiento de su nuez de Adán al tragar, y el rápido subir y bajar de su pecho mientras su respiración se acelera.

Aprieto mi puño, deslizo más rápido, y ahí está. Un pequeño gemido que no puede controlar.

Estoy sonriendo triunfante mientras me inclino y tomo su miembro en mi boca. Me encanta saber que puedo excitarlo tan fácilmente. Que un hombre tan poderoso y controlado en el resto de su vida puede deshacerse con el lamer y remolino de mis labios, lengua y dientes.

Me encanta su sabor, su aroma. La sensación de su carne sedosa tan dura y caliente dentro de mi boca y garganta. Pero amo más que nada sus estremecimientos cuando comienza a sacudirse y empujar debajo de mí.

Al darle placer, mi propia necesidad aumenta a niveles insoportables, y gimo alrededor de su carne, deseándolo profundamente dentro de mí.

Como si pudiera sentir mi frustración, me aparta de él y me arrastra sobre su regazo en un movimiento rápido. Toma mi boca con un beso tan profundo que es casi castigador en su intensidad.

Mi vestido se sube por encima de mis caderas, y sus dedos amasan mi trasero antes de que su agarre se apriete y constriña, luego el sonido de tela rasgándose llena la cabina. Interrumpo el beso y miro hacia su mano izquierda, que ahora sostiene mis bragas. Rotas en dos. Otra vez.

Voy a tener que conseguir un suministro completamente nuevo de ropa interior, solo para Rio.

Las arroja a un lado y comienza a besarme de nuevo, y froto mi sexo ahora desnudo contra su órgano. Estoy desesperada por liberarme e intento levantarme para empalarme en él. Pero no me deja. Sujeta mis caderas en su lugar, impidiéndome hacerlo. En su lugar, me froto frenéticamente contra él, mis gemidos volviéndose casi salvajes.

Sus labios dejan los míos y recorren mi cuello, y sus dedos, anteriormente rudos y codiciosos, se vuelven ligeros como plumas mientras roza los costados de mis pechos doloridos.

—Fóllame, Rio, por favor. *¡Por favor!*

—Aún no, mi hermoso pajarito. No te he hecho gritar.

Cambia de posición en la silla, de alguna manera deslizándose por debajo de mí y volteándonos para que yo esté sentada y él ahora arrodillado en el suelo frente a mí. El cuero en mi trasero desnudo está caliente por el calor de su cuerpo. Incluso eso crea una llama a mi necesidad.

Sonríe, una expresión lobuna que inspira otro dolor que se ondula a través de mí y se centra en mi núcleo. Arrastra un dedo lánguidamente por mi humedad y lo lleva a sus labios.

—Tu esencia es como néctar, Bianca. Lo quiero todo. Pero aún no. No puedes venirte, esposa, hasta que haya bebido hasta saciarme. ¿Me entiendes?

Santo cielo. ¿Cómo voy a aguantar? Estoy lista para llegar al clímax ahora mismo, especialmente cuando separa mis piernas y mira mi sexo expuesto con esa expresión oscura y tentadora.

Y entonces se inclina y me reclama con su boca, y casi me deshago en el acto.

Pero no puedo. No sin su permiso...

Es mi turno de sacudirme y estremecerme bajo sus atenciones mientras me devuelve tanto como le di. Su lengua lame mi entrada, se sumerge dentro, y luego vuelve a rodear y provocar mi clítoris mientras uno, luego dos de sus dedos se deslizan dentro de mi humedad.

Sueno como un animal, gimiendo y gruñendo, pero no me importa. Tengo que esperar como él

dijo. Tengo que contenerme de venirme... pero es tan difícil; es demasiado difícil. Es tan jodidamente bueno comiéndome y follándome con sus dedos que no puedo soportar aguantar un momento más... Tengo que...

—Vente ahora, nena —ordena contra mi carne caliente y húmeda—. Vente para mí. Ahora mismo.

Chupa mi clítoris y me atraviesa con sus dedos una vez más, y me deshago debajo de él.

El grito se desgarra de mí cuando me vengo, y luego, incluso mientras estoy temblando y pulsando por la fuerza del clímax, me levanta de la silla y rueda para acostarse en el suelo alfombrado de la cabina conmigo a horcajadas sobre él. Esta vez me deja hundirme en su miembro listo, y comienzo a cabalgarlo en un frenesí.

La tensión en mi cuerpo, recién liberada, se dispara instantáneamente mientras él empuja hacia arriba para encontrarse con mi movimiento ondulante. No puedo aguantar. La tortura es demasiado exquisita, y comienzo a venirme de nuevo, esta vez mis paredes internas apretando alrededor de su órgano mientras dejo escapar otro grito.

Él también ruge, y caemos juntos por el borde del precipicio de la sensación en el orgasmo más alucinante de mi vida.

Es solo después, cuando recobro el sentido aún tendida sobre él, nuestros corazones latiendo rápido al unísono, que comienzo a sollozar. Ha tomado cada pequeña parte de mí, desde mi nombre hasta mi cuerpo y mi propio sentido de identidad, y me ha reformado en alguien que apenas reconozco.

Y ahora sé que no importa lo que haga, no importa lo que sea, nunca podré estar completa de nuevo sin él, mi monstruo, en mi vida.

Capítulo Veintidós

"Ser digno de confianza es un halago mayor que ser amado".

George McDonald

Bianca

No hay una discusión real al respecto, pero cuando llegamos a la finca, Rio ordena que trasladen mis cosas de mi dormitorio contiguo a su suite. El paso final para unirnos. La decisión en sí, así como mi falta de molestia por la ausencia de consulta, señala algún tipo de punto de inflexión en nuestra relación. Otro punto de inflexión más, solo que este es uno que nunca pensé que alcanzaría.

Todavía estoy enamorada de mi marido, como lo he estado durante tanto tiempo.

Pero creo que ya no lo odio.

Caemos en una rutina que implica que Rio desaparezca durante el día para trabajar en la ciudad y regrese a la finca —y a nuestra cama— por la noche. Casi puedo convencerme de que estamos viviendo una vida matrimonial normal y cómoda.

Casi.

Si no fuera por el aumento de la seguridad alrededor de la finca y la creciente tensión que percibo en Rio cada vez que llega a casa. Obviamente, todavía está preocupado por cualquier agitación que esté ocurriendo en su negocio, pero está tratando de no dejar que yo lo vea.

A pesar de la tensión subyacente, me está dando más libertad estos días que antes del viaje a Washington. Eso puede ser en parte porque Angelica está en la residencia y claramente no está contenta de quedarse en casa, y no es tímida a la hora de expresar sus deseos. Quiere que la acompañe en sus diversas salidas y no acepta un no por respuesta.

Si hubiera tenido una hermana menor, me habría encantado que fuera como Angel. Dulce y de buen carácter, pero con un fuego oculto en su interior que no tolera tonterías.

Sospecho que Rio va a tener mucho trabajo si intenta elegirle un marido tan anciano como el futuro yerno de Gianni Martelli.

El día que Emilia cumple seis meses, Angel convence a su hermano para que nos deje hacer un viaje a la ciudad. No para visitarlo en el club, sino para fingir que somos turistas y hacer el Freedom Trail, con el plan de almorzar en una cafetería por el camino.

Suena tan "normal" que las lágrimas queman inesperadamente mis ojos cuando Angel confirma que Rio ha dado permiso.

—Junto con unas cinco mil reglas que tenemos que seguir, por supuesto. Y tendremos un séquito de seguridad. Pero podemos llevar a Emilia también, si quieres. Y a Penn. Y tal vez después Penn pueda llevar a Emilia a casa, y nosotras podamos ir a un bar o algo así y divertirnos un poco.

Le lanzo una mirada de reojo.

—Ah, cariño, recuerda que eres menor de veintiuno. Y tu familia es dueña de un bar. Varios bares y clubes, por lo que puedo deducir. No es que te llevara de todos modos, pero ¿en qué bar o club crees que podrías salirte con la tuya bebiendo siendo menor de edad?

—Aguafiestas —hace un puchero, luego se anima—. Bueno, pronto cumpliré veinte, así que no tendré que esperar mucho más. Vale, hagámoslo sin la parte del bar, entonces.

Su entusiasmo es tan contagioso que me encuentro llena de anticipación cuando nuestro "séquito", como lo llama Angel, se dirige a la ciudad. Al final, le di el día libre a Penn, así que somos solo Angel, Emilia y yo, junto con Lee, quien parece asumir el deber de vigilar a la esposa más que la mayoría del equipo, además de otros tres gorilas cuyos nombres no conozco.

Un quinto miembro del equipo nos deja en Boston Common y nos informa que conducirá por delante para que podamos alcanzarlo fácilmente en el camino si lo necesitamos. Lee se acerca para ayudarme a desplegar el cochecito y cargar a Emilia. Ella es fuerte para su edad y acaba de empezar a sentarse, así que sé que disfrutará pudiendo mirar a su alrededor mientras caminamos.

Hace frío hoy, así que todos estamos bien abrigados. Pero al menos no llueve. Estoy ridículamente emocionada. Habiendo vivido en Boston durante gran parte de mi vida con mis padres adoptivos, es una locura que nunca haya caminado por el Trail. Aparentemente, Angel tampoco lo ha hecho, así que ambas somos tan novatas como cualquier turista cuando comenzamos en dirección al State House.

—¿Sabían que este es el primer parque público de América? —La voz de Lee murmura desde detrás de nosotras, y tanto Angel como yo nos volvemos para mirarlo.

Nos lanza una sonrisa avergonzada, como si no hubiera querido revelar nada de su humanidad no-gorila.

Le devuelvo la sonrisa, sin dejarlo escapar.

—No, no lo sabía. ¿Qué otras pequeñas curiosidades escondes en ese cerebro tuyo, Lee?

—No mucho —murmura, y seguimos caminando—. Se estableció en 1634 —añade después de un minuto.

Angel y yo intercambiamos una mirada, y luego compartimos una risa. Lee definitivamente me está cayendo bien.

Aparto el pensamiento recalcitrante que susurra: *Esperemos que no muera como Leon.*

Estamos teniendo el mejor día, acercándonos a la Old Corner Bookstore y hablando sobre dónde podríamos parar a comer, cuando una mujer rubia sale de las sombras del portal de un edificio y se acerca a nuestro pequeño grupo.

Lleva vaqueros, una camisa y botas de tacón bajo ligeramente desgastadas. Su abrigo largo está desabrochado, mostrando esposas colgando de su cinturón, y por el bulto bajo el abrigo, claramente lleva un arma.

—Oh, Dios mío —Me detengo abruptamente, aferrándome al cochecito y con mi ritmo cardíaco acelerándose.

Me invade una sensación de déjà vu, solo que esta vez, a diferencia de lo ocurrido fuera del centro de rescate de animales, tengo a Emilia de quien preocuparme.

Entonces mi cerebro se pone en marcha, enfocándose en algo más que la presencia del arma, y la reconozco.

Felicity. Si ese es su verdadero nombre.

Los gorilas perciben el peligro y entran en acción, rodeándonos como uno solo con sus manos dirigiéndose a sus armas.

—Esperen, esperen, por favor —Dirijo mi súplica a Lee, quien parece estar a cargo hoy—. La conozco. Es policía. Bueno, federal. Creo. No saquen sus armas, por favor. No quiero que nadie se meta en problemas.

O muera.

Angel se acerca más a mí como para buscar consuelo. O para protegerme. Quién sabe. Dado que es una Agosti, podría ser cualquiera de las dos opciones.

Felicity sonríe, pero su sonrisa no llega a sus ojos. —¿Cómo está hoy, señora Agosti? Confío en que todos estos caballeros tienen licencias de armas, ¿verdad?

Sostengo su mirada firmemente, aunque mi respiración aún es más corta de lo normal. —Las tienen. Podemos perder el tiempo de todos verificándolo, si lo desea, pero ambas sabemos que Rio nunca enviaría a sus hombres sin la documentación correcta en regla.

No tengo idea si eso es cierto o no, pero confío en los arreglos de Rio. A estas alturas, tengo que hacerlo.

Parece que ella también lo hace, porque da otro paso hacia mí sin alcanzar su arma. Resisto el impulso de saltar frente al cochecito y ocultar a Emilia de su mirada aguda, y en su lugar, observo cómo se acerca.

Cuando los matones intentan detenerla, hago un gesto con la mano. —Está bien, chicos. Obviamente quiere hablar, y no va a lastimarme. Ni a arrestarme.

Eso espero.

Como mínimo, probablemente esté furiosa por mi acto de desaparición del año pasado. Ella y sus colegas pensaron que traicionaría a mi esposo y les daría la información que necesitaban para finalmente arrestar a Rio y encerrarlo. Y en algún momento, podría haberlo hecho realmente. Pero muchas cosas han cambiado desde entonces. Debe haberse sentido terriblemente decepcionada, y posiblemente avergonzada a nivel profesional también si había vendido mi traición a sus superiores y luego desaparecí inmediatamente después.

Sus ojos se entrecierran, y esta vez cuando se mueve hacia adelante, hay una nueva cautela en sus facciones. —Deseo hablar —confirma—. ¿Podemos tener unos minutos, Bree? —Parece darse cuenta de su error y se corrige rápidamente—. Lo siento. Bianca. Señora Agosti. ¿Podemos hablar... a solas?

—No. No podemos. —Enlazo mi brazo izquierdo con el de Angel para demostrar que lo digo en serio, y agarro el manillar del cochecito con fuerza con la otra mano—. Podemos hablar un minuto, si quieres, Felicity, pero no a solas. Puedes decir lo que necesites frente a los demás.

—Bien, entonces. —Pone sus manos en las caderas, estudiándome primero antes de mirar a Emilia y luego de vuelta a mí—. Felicidades por el nacimiento. Escuché que te secuestró de

nuevo y te obligó a quedarte aquí hasta que tuvieras a su bebé.

—No fue exactamente así. —*Lo fue*, susurra una vocecita en el fondo de mi mente. *Fue exactamente así*.

—¿No lo fue? Vamos, Bianca, sé realista. El hombre es un criminal. ¿Realmente quieres que tu hija sea criada en ese estilo de vida? ¿No es por eso que intentaste escapar la última vez? ¿Qué pasó? ¿Te amenazó?

Angel se eriza a mi lado. —Estás hablando de mi hermano, señora. El jefe de nuestra familia. Cuida cómo hablas de Rio.

Sacudo un poco su brazo. —Déjalo, Angel. Por favor. No causes problemas innecesarios para ti. —Luego me vuelvo hacia la agente federal—. Él no me amenazó, Felicity. No sabía que planeaba irme. Si quieres culpar a alguien por eso, es toda culpa mía. No de él.

Felicity ignora a Angel y mantiene su mirada en mí. Su expresión se vuelve compasiva. —Podemos ayudarte, Bianca. Nuestra puerta sigue abierta. Solo necesitas contactarnos, y estaremos allí.

Lo cierto es que no creo que Felicity sea mi enemiga. Puede que sea enemiga de mi esposo, estando en el lado opuesto de la ley, pero no está tratando de hacerme las cosas difíciles. Ni engañarme para que haga algo que no quiero hacer. Puede que haya estado feliz de usarme para llegar a Rio la última vez, y estoy segura de que aún lo está, pero no hay duda de que lo ve como una situación en la que ambas ganamos.

La ira que comenzó a surgir en mí cuando la vi por primera vez se desvanece al darme cuenta de que probablemente todavía está tratando genuinamente de tenderme una mano y ayudarme.

Y en el fondo, sé que todo lo que dice es cierto. Rio es un criminal, y *no* quiero que mi hija sea criada en esta vida loca y violenta. Pero esta vez las cosas son diferentes. No soy la persona que era. He cambiado. E incluso si quisiera, que no quiero, nunca volveré a ser la persona que era antes de que Rio me secuestrara por primera vez en la calle.

Bree Walker está muerta. Soy Bianca Carlotti-Agosti, y es hora de que todos, incluida yo, lo acepten.

—No, Felicity. —Mantengo mi tono suave pero firme—. No soy quien era el año pasado. Ahora soy la esposa de Rio Agosti. La madre de su hija. Y lo amo. No lo traicionaré de nuevo. No esperes que me comunique contigo porque esperarás para siempre.

Miro a Angel, y luego a Lee. —Vamos, chicos. ¿Terminamos el Sendero?

Empujo el cochecito y paso junto a Felicity, que se queda allí apretando y aflojando los puños. Mantengo la barbilla en alto y mi actitud tranquila, aunque tengo miedo de que de repente se lance y me agarre. Tiene esas esposas colgando de su cinturón y un montón de frustración hirviendo en ese cuerpo suyo, estoy segura.

Pero entonces nuestro grupo la pasa, y comienzo a respirar más naturalmente. Es decir, hasta que su voz molesta resuena detrás de nosotros.

—Él te atrapó, Bree. Lo sé. Y ahora has elegido un bando. El bando *equivocado*. Buena suerte tratando de criar a tu hija de manera segura hasta la edad adulta.

¿En serio fue *por ahí*? Me doy la vuelta, lista para lanzarle una pulla de vuelta, pero ya ha desaparecido en las sombras. Me conformo con un gruñido inarticulado de frustración.

Angel se inclina, agarra una de las toallitas húmedas debajo del cochecito y luego me la entrega.

—¿Qué...?

—Tu cara. Estás sudando un poco.

—Oh. Gracias. —No me había dado cuenta de que una capa de sudor había aparecido en mi frente.

Gracias, Felicity, por nada, pienso, limpiándome la frente.

—Bueno, eso fue totalmente incómodo —dice Angel cuando termino, y me obligo a reír en respuesta.

—Lo fue un poco. Y déjame decirte, Angel, si *tuvieras* veintiún años, definitivamente estaríamos llamando a Penn de vuelta a su deber y entregándole a Emilia. Podría usar un trago. No he tomado uno desde que me enteré de que estaba embarazada, pero seguro que necesito uno gracias a esa maldita mujer.

El resto de nuestra salida transcurre sin incidentes, pero la alegría inicial de la excursión se ha esfumado, para todos nosotros, creo, a juzgar por las caras sombrías del equipo, y solo llegamos hasta la Casa de Paul Revere antes de que Angel y yo decidamos que finalmente hemos tenido suficiente, y Lee llama al auto para que nos recoja y nos lleve a casa.

Me pregunto cuál de ellos llegará primero a Rio para contarle sobre el encuentro de hoy. Apuesto por Lee.

Durante el viaje de regreso a casa, tengo tiempo para preguntarme cuál será la reacción de Rio y si me arrojará directamente de vuelta al calabozo, obligándonos a reconstruir la confianza desde cero.

Hablaba en serio cuando se lo dije al agente. Estoy decidida a no traicionar a mi marido otra vez, al menos no a sabiendas. Pero en este mundo de engaños, miedo y violencia, nunca puedo prometer nada con total certeza, ya que el terreno de juego nunca está nivelado y se inclina y sacude a diario.

Acaricio el suave cabello oscuro de Emilia mientras está sentada plácidamente a mi lado en su silla de coche. Se ha quedado dormida, como suele hacer en el coche, sus oscuras pestañas acariciando sus mejillas rosadas con la simple belleza de una niña inocente. Ella es mi única constante verdadera. Y sé, en el fondo, que si mi hija se encuentra alguna vez bajo amenaza directa, de quien sea, todas las apuestas quedarán canceladas.

Capítulo Veintitrés

"El argumento del peligro solo se aplica a aquellos que viven en relativa seguridad".

Graham Greene

Rio

Apenas está anocheciendo cuando regreso a casa desde el club. El sol se está poniendo en el horizonte y las sombras se alargan sobre la propiedad mientras mi coche recorre el largo camino de entrada hacia el edificio principal.

Nadie sospecharía, mirando los jardines paisajísticos que rodean el edificio y la pulcra extensión de césped que desciende hacia el río, que existe una red de habitaciones bajo la propiedad. Mi padre las hizo construir como medida de seguridad hace muchos años, pero no se habían utilizado hasta el ataque de los hombres de Anders.

Mi hermana me recibe en la puerta principal y me acompaña a mi oficina subterránea, caminando alegremente a mi lado y claramente deseando compartir algo importante.

Espera hasta que me sirvo un whisky del aparador y me siento detrás de mi escritorio antes de posarse en el borde del sillón para visitantes. Entonces procede a explicarme lo que sucedió durante su salida con Bianca hoy.

Mi primer instinto al oír el nombre de esa agente es sacar mi pistola de su funda bajo el escritorio y disparar a algo.

¿Cómo se atreven los federales a intentar por segunda vez convencer a mi esposa de que me traicione?

La necesidad de una acción violenta es casi abrumadora, pero logro contener mi ira y respirar con calma mientras mi hermana sigue hablando. Parece no darse cuenta de lo cerca que he estado de perder el control, y por eso estoy agradecido. Ha estado en internados durante gran parte de su vida y, como tal, ha estado protegida de mucha de la violencia que impregna nuestro mundo.

Pero si Bianca alguna vez vuelve a decir que sí a ayudar a los federales, no seré responsable de mis acciones. No importa quién esté sentado allí observándome.

Pero no lo ha hecho, me recuerdo una y otra vez. Angel acaba de confirmar que mi esposa despachó a la agente. Bianca no dijo que sí. Dijo que no.

Tan pronto como Angel se va, llamo a Danelli. Ha estado investigando a los varios Antonios que habíamos identificado como posibles sabotadores, y necesito saber qué ha descubierto. Hubo otro ataque a uno de nuestros almacenes hoy temprano, y si no recupero el control pronto, bien podría pegarme un tiro en la cabeza. O entregarle el arma a mi rival más cercano y quedarme mudo mientras me rematan. Toda la situación está fuera de control, y mi reputación pende de un hilo.

Empiezo a preguntarme si nos han dado información errónea. ¿Y si Rossi nos está engañando a todos? ¿Y si ha plantado la idea de un Antonio, y es alguien completamente diferente? Mi piel hormiguea con la certeza de que algo no cuadra. Simplemente no puedo señalar qué es.

Pero primero, necesito confirmar la historia de mi hermana. Angelica todavía es joven y siempre cree lo mejor de la gente. Necesito un punto de vista más experimentado.

—¿Has hablado con el equipo que acompañó a mi esposa en su salida hoy?

—Tenía al equipo Alfa con ellas hoy. Y sí, he hablado con León —su rostro permanece tranquilo, lo que empieza a calmar a mi propia bestia interior. Claramente, no hay nada alarmante que informar—. Le he pedido a León que ponga los detalles en un informe por correo electrónico para usted, pero no hay nada de qué preocuparse. La mujer, Felicity, quería hablar a solas con su esposa, pero Bianca no lo permitió. Y según el resumen de León, su esposa dejó muy claro que los federales no obtendrán ninguna cooperación de ella en adelante.

—Bien —la *cosa* en lo profundo de mí, la oscuridad que siempre amenaza con surgir cuando siente peligro, se relaja volviendo a un estado de vigilancia.

Bianca lo hizo bien hoy. Sin duda me acusará de ser condescendiente cuando se lo diga más tarde, pero estoy orgulloso de la mujer en la que se ha convertido.

Levanto mi whisky y tomo un sorbo, disfrutando del sabor ahumado por un momento antes de cambiar de tema.

—Ahora. Antonio. El del muelle, y cualquier otro que hayas logrado encontrar. ¿Qué hay de ellos?

—Un callejón sin salida, jefe —confirma.

Todavía está de pie frente a mi escritorio. Lo invito a sentarse y le ofrezco una bebida, pero como de costumbre, se niega. Le gusta mantener cierta formalidad entre nosotros. Es un excelente segundo al mando, así que le permito su necesidad de pequeñas formalidades. Así como su amor ligeramente vergonzoso por todo lo militar.

—Todos son callejones sin salida hasta ahora —añade secamente—. Nunca he tenido tanta dificultad para localizar a un individuo. ¿Está seguro...?

Se traga lo que sea que iba a decir.

Frunzo el ceño y lo miro fijamente.

—Di lo que piensas. Eres mi segundo. Se te permite cuestionar mi juicio, aunque solo en privado. ¿Qué pasa, Danelli?

—Solo me pregunto si estamos persiguiendo a un fantasma, jefe. Alguien que no existe —se pasa una mano agitada por el pelo.

No es frecuente que mi segundo muestre su frustración tan claramente.

Comparto tanto su frustración como sus puntos de vista sobre este asunto.

—He estado pensando lo mismo —confirmo—. El nombre de Antonio vino de una sola fuente en primera instancia. Es fácil iniciar rumores una vez que una historia inicial está ahí fuera, ¿no es así?

Sus labios se tensan y asiente ligeramente.

—Esa fuente siendo... Rossi.

—En efecto. Siempre volvemos a él. Quiero que mantengamos vivo al hombre un poco más.

Porque quiero profundizar en las circunstancias que rodearon las muertes de mis padres, así como las de los padres de mi esposa. Mis instintos me dicen que Rossi sabe más de lo que ha revelado. Creo que es hora de cambiar de enfoque en nuestra investigación del saboteador, Danelli. Investiga a Rossi en su lugar. Ve qué puedes encontrar. Y hazlo rápido. Mi instinto me grita que nos estamos quedando sin tiempo. Sea lo que sea que se está gestando, pronto llegará a su punto crítico. Estoy seguro de ello.

Se frota los brazos, como si mis palabras lo hubieran enfriado.

—Yo también lo creo, jefe. Me pongo en ello.

Cuando se va, junto mis dedos en forma de pirámide y miro fijamente la bebida sobre el escritorio frente a mí, considerando piezas del rompecabezas. Piezas que no tienen sentido. Al menos, no todavía. El peligro está en el horizonte. Está rodeando a nuestra familia, y no he podido identificar la fuente.

Solo una pieza parece encajar en el centro del rompecabezas cada vez. Carlos Rossi.

Es hora de que él y yo tengamos otra conversación. Una conversación en mis términos, no en los suyos.

Pero primero, hay algo que necesito hacer, algo que debería haber hecho hace meses. Tomo mi móvil y marco el número de mi abogado. Contesta al instante; le pago lo suficiente de anticipo para que sepa que nunca debe hacerme esperar.

—Necesito que redactes unos documentos, Carnarvon. Tenlos listos para mañana por la noche y reúnete conmigo en mi oficina encima del club.

Bianca

Rio está inusualmente callado durante la cena. Es naturalmente taciturno, rara vez sonrío o río, pero incluso para él, es notable que sus pensamientos estén en otra parte. Al principio, me pregunto si puede ser por mi encuentro involuntario con Felicity, del que estoy segura su equipo le informó. Pero gruñe y niega con la cabeza cuando le pregunto.

—No me preocupa eso, Bianca. Al contrario, estoy muy orgulloso de ti —dice—. Lo hiciste bien hoy, según todos los informes. Demostraste tu lealtad a nuestra familia.

Hago un puchero, fingiendo estar molesta. —Eso suena un poco condescendiente, Rio. ¿Merezco también una palmadita en la cabeza?

Nunca me habría atrevido a decirle algo así hace tan solo un mes o dos, pero hay una creciente comodidad entre nosotros que a veces me da valor.

Especialmente cuando está pensativo, como ahora. Quiero sacarlo de ese estado, aliviar cualquier preocupación que lo mantenga mentalmente alejado de mí. Parece que lo he logrado cuando suelta una pequeña risa.

—Le dije a Danelli que me llamarías la atención por mi actitud paternalista. Me has dado la razón.

Sus labios aún están curvados en las comisuras en una muestra de buen humor, y yo también río.

—Gracias, Rio. Me alegro de haber sido útil.

—Oh, se me ocurre una forma mucho más interesante en la que puedes ser útil, pajarito.

Las palabras sensuales me envuelven, y estoy a punto de levantarme de mi asiento en la mesa y contonerarme hasta su regazo, pero me detengo en el acto de levantarme. Hubo algo hueco en su tono que no suena sincero.

Así que, en lugar de responder a su comentario juguetón de esa manera, vuelvo a sentarme en mi silla y lo miro con el ceño fruncido. —¿Está todo bien, Rio? ¿Estás bien? ¿Estamos... *nosotros* bien?

—Estamos bien, Bianca. Solo tengo varias cosas en mente en este momento. Lo que me recuerda... Haré que los hombres de Danelli te traigan al club mañana por la noche. Tengo que revisar contigo algunos papeles relacionados con el futuro de Emilia. Necesitamos asegurar su seguridad financiera para que, si algo nos sucediera a alguno de nosotros, esté bien cuidada.

—Yo... Bueno, está bien. Suena... sensato. —No suena sensato. Suena aterrador.

Tanto la idea de que Rio y yo podamos estar a punto de morir, como el hecho de que me hará volver a ese club. El lugar donde presencié tanta muerte.

Pero no tengo la oportunidad de preguntar si podemos revisar los papeles aquí en su lugar, ya que Rio ya está hablando de nuevo.

—Carnarvon traerá los papeles arriba a las seis, y una vez que hayamos firmado todo, te llevaré a cenar después. Con Angel y Nicky.

—Oh, eso será... agradable. —Mi corazón se hunde.

No estoy particularmente ansiosa por ver a Nicky de nuevo pronto. Pero Rio continúa, ajeno a mi aprensión.

—Angel ya estará en la ciudad; me dijo que pasará la tarde con nuestro hermano, así que todos podremos reunirnos después. Será bueno pasar más tiempo en familia.

Le sonrío, pero mis pensamientos anteriores sobre retorcerme en su regazo y ser completamente seducida por él se han disipado en la nada. Perdidos en el polvo de la realidad.

Y cuando finalmente nos vamos a la cama, tampoco intenta hacer el amor conmigo como suele hacer. En su lugar, simplemente me atrae hacia él y me envuelve en su fuerte abrazo. Apoyo la cabeza en su pecho, la vibración de su corazón latiendo constantemente contra mi mejilla, en un momento que calma mis nervios alterados y se extiende durante varios minutos.

Esto se siente mucho más íntimo que cualquier acto sexual.

—Te amo, Rio —murmuro en el silencio, sin querer que este momento termine.

Después de un minuto, su aliento me hace cosquillas en el pelo, y sus labios rozan la parte superior de mi cabeza. —Tú y Emilia lo sois todo para mí, Bianca. Pase lo que pase en el futuro, quiero que sepas eso, *mia cara*.

—Lo sé —respondo, y sus brazos me estrechan con más fuerza.

Pero el momento de intimidad se rompe cuando los pensamientos de peligro y amenazas comienzan a agolparse de nuevo en mi mente.

Pase lo que pase en el futuro... En este mundo, la violencia acecha en cada esquina.

Y por alguna razón, se siente como si esa violencia se estuviera acercando cada día más.

Capítulo Veinticuatro

"Las cosas rara vez son lo que parecen".

W.S. Gilbert

Rio

Decido reunirme con Carnarvon y mi esposa en el club mismo en lugar de mi oficina arriba porque Bianca no ha vuelto aquí desde el tiroteo, y quiero demostrarle que ya no tiene nada que temer aquí.

He notado que ella evita ciertos lugares en la finca, aquellos puntos específicos donde sabe que mataron a gente, pero no tiene el mismo problema de evitación allí como lo tiene con este lugar. No hace falta ser un genio para entender que es porque ella estaba aquí cuando todo sucedió, y por lo tanto el club está mucho más ligado a sus recuerdos traumáticos que cualquier otro lugar.

Mi equipo trabajó duro, y rápidamente, para eliminar todos los rastros de violencia y destrucción. Los sofás en el área VIP son nuevos desde entonces, al igual que las alfombras y los accesorios. El aspecto moderno y lujoso es similar al que había antes, pero no hay evidencia que se vincule con sangre, casquillos de bala o rastros de materia corporal.

No importa cuánto se esforzó la policía por encontrar algo. Y vaya que se esforzaron.

Tomó algunas semanas para que las multitudes regresaran, pero la ubicación es buena y la reputación del club es significativa en esta ciudad. Ahora estamos más ocupados que nunca. En este momento, siendo apenas pasadas las seis de la tarde, es demasiado temprano para las multitudes que llenarán el espacio más tarde en la noche. Pero el bar está abierto, y hay muchos clientes de oficinas cercanas ya bebiendo y riendo mientras se relajan después de su día de trabajo.

Espero que Bianca esté cautelosa al volver aquí. Me paro en el área de la tarima elevada, apoyando mi espalda contra la barandilla de paneles de vidrio y observando de cerca el banco de ascensores para poder saludarla tan pronto como llegue e intentar aliviar cualquier preocupación que pueda tener.

Cuando las puertas plateadas se abren suavemente, Bianca sale, seguida de cerca por Leon, el hombre al que ella llama Lee, y el otro miembro habitual de su equipo de seguridad, Mitch. Ella se detiene, su mirada recorriendo el lugar, y la veo tragar antes de que sus brazos se envuelvan alrededor de su cintura. Es su señal habitual. Solo hace eso cuando se siente particularmente inquieta.

Se ha vestido elegantemente para la visita con un minivestido color crema que abraza sus curvas mientras se mueve. Su cabello está suelto, cayendo más allá de sus hombros justo como me gusta, y la familiar sensación de deseo vibra a través de mí.

Muchos hombres en nuestro mundo tienen una esposa en casa y una amante, o varias amantes, por fuera. Yo no necesito una amante. Mi esposa satisface todos mis antojos sexuales, y no puedo imaginar un momento en que no lo haga.

Los dos hombres con ella escanean la habitación, notando a mis hombres ya en posición, y

ambos se giran para darme un respetuoso asentimiento mientras me dirijo hacia ellos.

Antes de que pueda alcanzarla, un hombre de traje en el bar se desliza de su taburete y se dirige hacia los ascensores. Leon se tensa, pero luego se relaja cuando el hombre parece no tener interés en Bianca. Es simplemente un cliente que ha terminado su bebida y obviamente quiere irse a casa.

Bianca le da al hombre una sonrisa educada, luego se gira y presiona el botón para mantener el ascensor en su lugar para él.

Mientras se vuelve para mirarme, el hombre la golpea ligeramente. Ella parece sobresaltada, no herida, y luego el hombre murmura lo que parece ser algún tipo de disculpa silenciosa antes de empujar un pequeño sobre en su mano.

Todo sucede en el espacio de uno o dos segundos, y él desaparece en el ascensor que lo espera. Las puertas se cierran antes de que yo procese completamente lo que acabo de ver.

Ella está bien. Todo está bien. Entonces, ¿por qué mi intestino de repente se revuelve de tensión? ¿Y por qué ella está parada congelada con esa mirada afligida en su rostro?

Leon está mirando las puertas cerradas del ascensor.

—¡Deténganlo! —grito, y Leon salta hacia el ascensor, golpeando el botón.

Demasiado tarde. El ascensor ya debe estar bajando. Habla con urgencia por su micrófono, y supongo que está contactando a alguien en el primer piso para detener al tipo cuando llegue abajo.

Bianca finalmente se mueve, saliendo de su estado previamente congelado y sacudiendo la cabeza. Mira el sobre en su mano y frunce el ceño, como si ni siquiera estuviera segura de cómo lo obtuvo.

¿Qué carajo le dijo ese hombre?

Mitch extiende una mano para tomar el sobre de ella, pero ella se aleja de él y comienza a abrirlo.

Las alarmas suenan en mi cabeza, y lanzo los últimos pasos hacia ella. No tengo idea de qué hay en el sobre, pero no será bueno.

Llego demasiado tarde. Ella saca un puñado de fotografías. Sus ojos se abren de par en par, y las deja caer al suelo donde se esparcen alrededor de sus tacones dorados.

Cae de rodillas y comienza a recoger las fotos con prisa frenética, junto con una nota escrita a máquina escondida entre ellas. Cuando miro hacia abajo para ver qué son, mi corazón se salta un latido antes de que el shock invada cada célula de mi cuerpo.

Bianca

El rostro inocente y sonriente de mi hija me devuelve la mirada desde el suelo, en fotos claramente tomadas ayer durante el paseo por el Sendero. También hay fotos mías y de Angel, pero me concentro en Emilia. Estaban allí, observándonos, y no lo sabíamos.

¿Cómo pudimos no saberlo? ¿Cómo pude yo no sentir que alguien se acercaba lo suficiente para

tomar fotos de mi hija?

Hay mucho más alimentando mi shock que estas fotos, pero no puedo procesar el resto ahora mismo. Es demasiado. Demasiado obscenamente increíble.

No. No pienses en lo que dijo el hombre. Estaba mintiendo. Tenía que estar mintiendo. Piensa en el resto más tarde.

Concéntrate en estas fotos, me instruye mi cerebro. Y en la nota que viene con ellas.

La nota que dice: *Es hora de que lo pierdas todo, Rio. Tal como yo lo perdí.*

Aprieto las fotos y la nota contra mi pecho, aún de rodillas mientras Rio ladra órdenes sobre mí.

—Tráiganlo de vuelta aquí. ¡Ahora! Llamen a los hombres en la entrada. *Impidan que se vaya.*

—Ya lo hemos hecho, Jefe. Están esperando en el banco de ascensores abajo.

Más ruido y una ráfaga de actividad a mi alrededor mientras algunos de los matones de mi esposo corren hacia las escaleras de emergencia. Otros están hablando por sus micrófonos, escuchando respuestas y ladrando órdenes.

—No está ahí —dice alguien. ¿Mitch? ¿Lee? —Las puertas se abrieron y no estaba en el maldito ascensor.

—*¡Cierren este edificio y revísenlo! ¡Cada maldito piso!* —Ese es Rio.

Puedo decir por ese rugido que está al borde de perder el control.

Lo miro, suplicándole silenciosamente con mis ojos. *Por favor, no dejes que la oscuridad te domine. Aún no. No hasta que nos aseguremos de que nuestra hija está a salvo.*

Se inclina y me levanta en sus brazos, papeles y todo, y se dirige a uno de los sofás en el área VIP. Ni siquiera tengo tiempo de registrar el hecho de que no quería sentarme aquí donde la muerte vino la última vez, antes de que me siente a su lado en el diván de cuero.

—Muéstrame la nota, Bianca.

Se la entrego y él lee rápidamente antes de arrugar el papel y lanzarlo al otro lado de la habitación. Cae y rueda, deteniéndose contra la partición de cristal que rodea este espacio VIP.

—Necesitamos llamar a la finca —susurro—. Llevar a Emilia al búnker. Llevar a todos allí.

Hay un extraño zumbido en mis oídos que parece distorsionar el sonido a mi alrededor, haciéndolo casi inexistente a pesar del número de personas en el bar. Como si estuviera en una burbuja.

Tal vez es este bar, pienso, casi estallando en risas. Cada vez que vengo aquí, algo malo sucede. Sé que es el shock lo que me hace sentir así, pero eso no alivia la extraña sensación de estar separada de la realidad.

Y entonces un rugido penetra el silencio distorsionado. Rio, dejando salir sus emociones en un grito que sacude los huesos. La realidad regresa con la fuerza de una explosión.

—*¡Fuera!* —grita—. *¡Todos fuera! ¡Ahora!*

Es testimonio de mi nivel de shock que ni siquiera me sobresalto ante el tono. Todos los demás sí lo hacen, sin embargo. Hay una avalancha de clientes y personal hacia las diversas salidas, como

si todos en el club conocieran la reputación de Rio y temieran que la hubiera perdido.

Minutos después, solo quedamos nosotros y los matones.

Tiro suavemente de su brazo. —¿Podría usar tu móvil, Rio? Para llamar a la niñera.

Hurga en el bolsillo de su chaqueta y me entrega su teléfono, antes de volverse hacia alguien y ordenarle que llame al hombre que Danelli dejó a cargo en la finca.

Penn contesta después de un par de timbres, sonando sorprendida de oírme. —¿Todo bien, señora Agosti?

—Emilia. ¿Está...

—Está bien, señora. Ha comido, se ha bañado y la última vez que revisé, hace menos de dos minutos, estaba quedándose dormida en su cuna.

El alivio me inunda, debilitando mis miembros. —Está bien, bien. Bueno, si los hombres de Rio suben a verte, haz exactamente lo que te digan. Sin hacer preguntas.

Puedo oír su ceño fruncido en su tono cuando dice: —Claro. Um, de acuerdo.

Cuelgo, sintiéndome ligeramente mejor, aunque todavía está el asunto de lo que dijo el hombre...

No. No pienses en eso ahora.

Me vuelvo hacia Rio y le devuelvo su teléfono. —Acabo de hablar con Penn. Emilia está bien. Ella está...

—¿Jefe? —Uno de los matones se ha acercado y me ha interrumpido, lo cual es inusual.

Rio y yo lo miramos, y mis nervios se disparan de nuevo ante la expresión preocupada en el rostro del hombre.

—Lo siento, señor, pero... no podemos comunicarnos con la finca. Nadie allí parece estar contestando sus teléfonos. Hemos intentado con al menos diez del equipo.

—Intenta con el resto. Llámalos a todos. A mi hermana también. Llama a Angel.

—Sí, señor. Ya estamos en ello.

—Pero... acabo de hablar con Penn. La niñera —aclaro para el matón—. Está en la finca. Dijo que Emilia está durmiendo.

Rio se queda quieto, luego lentamente alcanza su teléfono y me lo vuelve a entregar. —Llámala de nuevo. Y dile que tome a Emilia y se dirija directamente al sótano. No debe esperar a nadie.

El temor me envía un escalofrío, y marco el número de nuevo con dedos temblorosos.

Esta vez cuando la niñera contesta, hay una nota extraña en su voz. —¿Señora? Algo está mal, ¿verdad? ¿Qué está pasando?

—Penn, escúchame. Toma a Emilia ahora y dirígete al búnker. No esperes a seguridad. Ve ahora.

—De acuerdo. Pero estamos bien aquí. Lo prometo.

Rio me arrebató el teléfono. —¿Quién del equipo está contigo? —Escucha y luego dice: —Pónmelo al teléfono. Ahora.

Entonces parpadea y aleja el teléfono de su oído antes de soltar una palabrota. —La llamada se cortó.

El matón frente a nosotros escucha su auricular, luego dice: —Su hermana está con Nikolas, señor, en su apartamento en Seaport.

—Eso es algo. Diles que se queden allí. Y que pongan a su seguridad en alerta. Diles que estén atentos a cualquier cosa sospechosa.

—Lo haré, señor.

Rio se levanta de un salto del sofá, con los puños apretados a los costados. —Lleva a mi esposa arriba a mi suite y cuídala con tu vida. Y llama a mi conductor. Y a Danelli. Sé que está coordinando la búsqueda en el edificio, pero tú estás a cargo de eso ahora. Danelli viene conmigo. Vamos de vuelta a la finca.

—Sí, señor.

—De ninguna manera. —Yo también me pongo de pie—. No voy a quedarme arriba mientras tú... No. De ninguna *jodida* manera, Rio.

—Bianca, este no es el momento para...

—*No*, Rio. Es mi hija. Tuya, por supuesto, pero *mía* también. Voy contigo. Sin discusión. —Le sonrío, consciente de que no hay ni pizca de humor en mi expresión. La rabia está comenzando a tomar el control sobre mi terror. ¿Cómo se atreven a amenazar a mi hija? —Como dijiste, no hay *tiempo* para discutir.

El hecho de que dude en absoluto, y mucho menos que finalmente asienta y comience a ladrar más órdenes, es testimonio del estrés bajo el que debe estar. Las náuseas me invaden, pero logro contenerlas. Si muestro el más mínimo signo de debilidad ahora, probablemente cambiaré de opinión sobre llevarme con él.

No me van a dejar atrás. No cuando se trata de Emilia.

Capítulo veinticinco

"El peligro era la piedra de afilar en la que el espadachín aguzaba su espíritu".

Eiji Yoshikawa

Bianca

Rio debe tener un arsenal arriba del club porque cada hombre en nuestra caravana de regreso a la finca está armado hasta los dientes. Más de lo habitual. Nunca había visto tantas armas juntas en un solo lugar, y mi mente rehúye el hecho de que bien podríamos estar dirigiéndonos hacia otro baño de sangre violento.

Y esta vez, me ofrecí voluntariamente para meterme de lleno en el meollo del asunto. Pero no tengo otra opción. No puedo dejar la seguridad de mi hija en manos de un montón de desconocidos.

Necesito volver con mi hija. Necesito asegurarme de que está a salvo.

Es lo único en lo que puedo concentrarme, y se convierte en un mantra que repito una y otra vez en la limusina.

Cuando estamos casi en casa, Rio se inclina hacia adelante y me pone una pistola en las manos. La tomo sin protestar, más que nada porque estoy demasiado sorprendida por su expectativa como para siquiera pensar en decir que no.

Miro fijamente el objeto negro en mi mano. El calor que siento en las palmas es inesperado. Siempre pensé que las pistolas estaban hechas de metal y que sostener una se sentiría frío al tacto. Esto no es metal. Parece ser un plástico duro.

¿Por qué me estoy enfocando en detalles tan mundanos? El hecho es que ¡estoy *sosteniendo una maldita pistola!* Y es poco probable que alguna vez sea capaz de apuntarla a otro ser humano, y mucho menos apretar el gatillo.

Si se trata de vida o muerte para Emilia, susurra una vocecita en lo profundo de mi mente. *Entonces lo harías.*

Entonces, y solo entonces. Tal vez.

—No sé cómo usar una pistola, Rio —intento devolvérsela, pero él agita las manos, obligándome a dejarla caer de nuevo en mi regazo.

—Lo sé, pajarito. Es algo que tal vez tengamos que remediar en el futuro. Pero ahora mismo, no sé a qué nos estamos enfrentando, y no quiero que te quedes indefensa si hay un ataque y llegamos a separarnos.

La histeria amenaza con apoderarse de mí, y estoy orgullosa de mí misma cuando no cedo ante ella.

Él gruñe cuando no le respondo, y luego se inclina hacia adelante para señalar diferentes partes de la pistola.

—Esta es una Glock 19. El retroceso si necesitas dispararla no es demasiado fuerte, lo cual es

mejor para una principiante. El cargador ya está cargado para ti. Tiene un sistema de seguridad incorporado, así que es menos probable que te vuelas el pie.

—Oh.

—Eso era una broma, Bianca.

—Oh.

—Una de mal gusto, puedo ver. Estaba tratando de disminuir tu tensión. Me disculpo.

—Vale —estoy prácticamente catatónica por el estrés. Ni siquiera puedo tragar bien porque creo que no me queda saliva. Cuando hablo, mi voz sale rasposa y áspera—. No bromees, por favor. Solo... ¿Cómo... Qué...?

—Aquí —toca diferentes partes de la pistola—. Esta es la empuñadura. Debes sostenerla con ambas manos. Para cargar una bala en la recámara, tiras de esta corredera hacia atrás y luego la sueltas. No pongas tu dedo aquí, en el gatillo, a menos que estés lista para disparar.

Me explica un poco más, pero apenas puedo concentrarme. Tengo una pistola cargada literalmente en mi regazo, y estoy completamente aterrorizada.

Pero no se la devuelvo. Porque, ¿y si *necesito* protegerme a mí misma o a Emilia? No tengo idea de a qué diablos nos estamos dirigiendo en la finca.

Cuando nos acercamos a la entrada con rejas de nuestra casa, el teléfono celular de Rio suena. Lo saca rápidamente, y veo el nombre de Danelli en la pantalla antes de que se lo lleve al oído.

—¿Sí?

Estudio su expresión, con el corazón latiendo fuertemente. ¿Son más malas noticias? Qué está pasando...

—Hmm. Haz que nos espere afuera. Quiero confirmarlo por mí mismo.

Cuelga y se inclina para darme una palmadita suave en la rodilla.

—Parece que fue una falsa alarma. Los hombres de Danelli han hecho contacto con todos los que están en la finca. Todo está tranquilo aquí, aparentemente. No tenemos idea de qué pasó antes, pero el equipo de Danelli asegurará el edificio mientras esperamos en la puerta principal.

—¿Y Emilia?

—Haré que la traigan del sótano. Supongo que está allí abajo. Y si todavía está arriba en la guardería, entonces reemplazaremos a la niñera porque las instrucciones que se le dieron fueron muy claras.

—De acuerdo —todavía me siento inquieta. Algo no está bien.

Y, a juzgar por la tensión que aún agudiza las facciones de Rio, sospecho que él siente la misma sensación de malestar que yo.

Pero parece que todo está realmente tranquilo aquí. Los equipos Alfa y Beta de Danelli nos encuentran bajo el pórtico en la entrada principal, aunque Rio me hace esperar en el vehículo hasta que se dé el visto bueno.

Todos están presentes. Y cuando revisan sus teléfonos, todos tienen señal. Solo entonces Rio me

permite salir de la limusina.

Danelli se acerca para pararse frente a nosotros.

—¿Cree que fue un PEM, Jefe? Aunque, tal vez no. ¿Eso no habría dañado sus teléfonos?

—Posiblemente. A menos que el pulso fuera pequeño. Pero eso no explicaría cómo Bianca logró hablar con la niñera. *Su* teléfono funcionaba.

—Cierto —Danelli frunce el ceño y luego se da la vuelta por un momento, escuchando algo en su auricular.

—Rio, ¿qué es un PEM?

Siento que estoy recibiendo un curso intensivo sobre el estilo de vida de Rio. Mafia 101.

Se me escapa una pequeña risa, y Rio levanta una ceja. ¿Por qué siempre siento la necesidad de reír cuando mis nervios están destrozados?

—Pulso electromagnético —explica con calma—. Puede desactivar las comunicaciones temporalmente en un área en particular.

—Oh —frunzo el ceño—. Pero eso presumiblemente desactivaría *todas* las comunicaciones, ¿no? ¿Como el teléfono de Penn también?

—En efecto. Por lo tanto, es poco probable que haya sido un ataque PEM.

Abro la boca para hacer otra pregunta, pero Danelli levanta la cabeza, y su rostro se ilumina con lo que acaba de escuchar.

Le lanza a Rio lo más parecido a una sonrisa que he visto en el rostro del hombre.

—Atraparon al tipo en el club, Jefe. Estaba escondido en el cuarto piso, en esa sección que está siendo renovada actualmente.

—¿Está vivo?

—Sí. ¿Quiere que nosotros...?

—Extraigan primero la información que necesitan. Quién es. Qué quiere. Y lo más importante, quién lo envió allí con esas fotografías y la amenaza.

Mi corazón da un vuelco al darme cuenta de que aún no le he dicho a Rio lo que ese hombre me dijo en el club. Todavía necesito tiempo para procesar lo que significa, pero ahora no tengo ese lujo. Especialmente si los hombres de Rio están a punto de intentar "extraer" información...

—¿Vas a matarlo, Rio?

Su rostro se cierra y sus ojos son indescifrables cuando me mira fijamente. —¿Quieres que te responda con sinceridad, Bianca?

—Eso es un sí, entonces. —Mi mano se contrae, y bajo la mirada, sorprendida al darme cuenta de que aún sostengo la pistola.

Ni siquiera tengo dónde enfundarla. Me dio una pistola pero no una funda. Vuelvo a reír, sintiendo que podría estar perdiendo la cabeza. Si es que no la he perdido ya.

—Mi equipo hará lo que sea necesario para obtener la información que necesitamos. Así

podremos confirmar quién está detrás de esta amenaza a nuestra familia y al negocio. Y entonces eliminaremos la amenaza, de una vez por todas. ¿No es eso lo que tú también deseas?

—Por supuesto. Solo que... —Tengo que decírselo—. Hay algo que necesito compartir contigo sobre...

—¿Jefe? —Danelli está de vuelta en el espacio de Rio, solo que esta vez no hay ni rastro de sonrisa en el rostro sombrío del *consigliere*.

La mirada de Rio se clava en Danelli. —¿Qué? —ladra.

—No podemos encontrar a Emilia. Ni a la niñera. No están en el búnker, ni arriba. Todos los demás están bien, y no hay señales de lucha, pero no hay rastro de su hija, señor. Ninguno en absoluto.

Capítulo Veintiséis

"La valentía se encuentra en lugares inesperados."

J.R.R. Tolkien

Rio

—¿Emilia ha desaparecido? —La voz de Bianca sale apenas audible, y su rostro palidece.

La distracción me impide caer en un colapso total. Pero por poco. La agarro por los codos cuando sus piernas comienzan a flaquear y la ayudo a sentarse suavemente en el escalón superior de la entrada principal.

Luego me siento a su lado.

—Respira —le indico, presionando la parte posterior de su cabeza hacia abajo hasta que descansa entre sus rodillas—. Solo respira. Y mantén la cabeza baja hasta que ya no sientas que vas a desmayarte.

Acaricio su cabello, tratando de mantener mi toque suave a pesar del horno de rabia que se ha encendido dentro de mí.

Levanto la mirada por encima de su cabeza hacia mi segundo al mando.

—Eso explica lo de las comunicaciones, entonces. La mujer no estaba aquí en la casa cuando recibió la llamada de Bianca. Así que es probable que *fuera* un PEM.

Los ojos de Danelli están afligidos cuando asiente en señal de acuerdo. Sabe que su equipo me ha fallado y que habrá consecuencias por ese fracaso. De todos los presentes, exceptuando quizás a la propia Bianca, Danelli entiende mis estados de ánimo mejor que nadie. Sabe que mi calma exterior es engañosa y que cuanto más tiempo contenga todo, mayor será la explosión. Es solo cuestión de tiempo.

Pero justo en este momento, Bianca me necesita.

A *mí*, no a mi monstruo interior. Lucho por volver a meter la oscuridad en la caja donde debe permanecer. Por ahora.

—Registra los terrenos —le digo—. Si *fue* un pulso, debe haber sido pequeño. Local. Es posible que ella misma lo haya activado al salir.

—Pero los hombres en la puerta confirmaron que no vieron salir a nadie...

Danelli tiene razón. Y en el camino de entrada, no nos cruzamos con nadie que viniera en sentido contrario. No creo que ella hubiera tenido tanta ventaja. Probablemente pensó que había calmado nuestros nervios cuando le aseguró a Bianca que todo estaba bien aquí.

Levanto la cabeza, mi instinto me grita con un mensaje innegable. Es hora de escuchar.

—El río —le espeto a mi segundo—. Habrá un bote.

—Pero mis hombres habrían oído...

—*Ahora*, Danelli. No creo que ella esperara que volviéramos a casa tan temprano. Puede que aún

esté allá abajo...

Con mi hija. En la oscuridad. Junto a un río profundo y fangoso. Nunca cedo al pánico, pero sus zarcillos me aprietan el corazón.

Hace frío esta noche, pero no llueve ni hay mucho viento. Si Emilia está ahí fuera en la oscuridad, ¿por qué no puedo oír los llantos de mi hija en la suave brisa que llega desde el río?

¿Qué horror está a punto de revelar la búsqueda en la propiedad?

—Enseguida, jefe. —Mi hombre se lanza a la oscuridad tan rápido como mis pensamientos se dirigen hacia mi propia oscuridad.

Vuelvo a centrar mi atención en Bianca. Aferrándome a la poca luz que puede ofrecer.

Lentamente, ella levanta la cabeza, parpadeando hacia mí. Hay algo de color en sus mejillas nuevamente. No como la palidez de hace unos minutos.

—¿Ha disminuido el mareo?

Ella asiente.

—Sí. No voy a desmayarme. No ahora.

Sin previo aviso, ella extiende la mano y acaricia mi mejilla. No he pedido consuelo, pero debe sentir que lo necesito.

—La recuperaremos, Rio.

Tenemos que hacerlo. No puedo enfrentarme a la idea de ningún otro escenario.

—Lo haremos. —Mi promesa resuena con convicción, pero es más por ella que por mí.

Mi vida no me ha convencido de que el "felicidades para siempre" exista, y el hecho de que me haya atrevido a aspirar a eso, con Bianca y Emilia, quizás haya tentado demasiado al destino.

El "felicidades para siempre" nunca es para alguien como yo.

Tomo su mano de mi mejilla, presiono mis labios contra su palma y luego la devuelvo a su regazo, donde ella vuelve a aferrar sus dedos alrededor de la Glock que cuelga entre sus piernas. Como si el arma fuera un salvavidas real, y ella se aferrara a él con fuerza.

—Ahora, voy a hacer que dos de mis hombres te acompañen al búnker, Bianca, y no quiero que discutas...

—No, Rio, espera. No me envíes lejos. Aún no. Tengo que...

Gritos y alaridos estallan en la oscuridad, provenientes de la dirección del río.

Me levanto de un salto y ladro una orden por encima de mi hombro.

—Ni se te ocurra salir de esta casa, Bianca. Baja al búnker con... —Miro frenéticamente alrededor y veo a sus dos guardaespaldas habituales trotando de vuelta por el camino de entrada desde la dirección de la puerta—. Mitch y Leon. Ve con ellos. Y espera hasta que regrese.

Luego salgo corriendo hacia los gritos, sacando mi arma de la funda y preguntándome si estoy a punto de descubrir a mi hija viva.

O muerta.

Bianca

Tengo que contarte sobre el tipo del club. Sobre lo que me dijo cuando me entregó ese sobre.

No puedo pronunciar las palabras a tiempo, y Rio desaparece mientras la oscuridad de la noche lo engulle.

Lanzo una mirada a Mitch y Leon, que se dirigen hacia mí con expresiones decididas idénticas, y luego me quito los tacones y me pongo de pie de un salto, corriendo tras Rio en dirección a las voces que gritan.

La hierba y la humedad se hunden bajo mis pies descalzos, pero no me detengo. ¿Alguien ha encontrado a Emilia? ¿Por qué están armando tanto alboroto? Gritando y gruñendo como animales.

Suena un disparo, y luego otro, y yo chillo de terror y bombeo mis piernas aún más fuerte. Tengo que llegar allí. Tengo que encontrar a mi niña...

Tropiezo con algo en la hierba. Una roca o una raíz de árbol expuesta. Sea lo que sea, caigo de bruces en la tierra con el aliento entrecortado. Cierro los ojos y me concentro en hacer que mis pulmones respiren de nuevo. Cuando abro los ojos y miro hacia arriba, retrocedo horrorizada ante la vista que tengo delante.

Alguien en la casa debe haber encendido todos los focos exteriores de la propiedad. La oscuridad ha desaparecido, y el paisaje de hierba aquí, cerca del sendero que conduce al muelle, está ahora iluminado por un brillante resplandor dorado que no deja nada a la imaginación.

Busco a tientas mi arma, la recojo y la aprieto contra mi pecho. Prefiero la oscuridad a este aterrador cuadro.

Los hombres se pelean por todo el césped, lanzando puñetazos y arremetiendo y esquivando mientras resuena el golpe de los puños contra la carne. Ni siquiera puedo distinguir cuáles son los hombres de Rio. Uno de los focos refleja en un cuchillo, haciendo que brille ferozmente cuando su portador levanta el brazo para atacar.

Suena otro disparo y el hombre del cuchillo cae al suelo. ¿No creo que fuera uno de los de Rio?

La acción continúa sin cesar. Los disparos no han detenido a ninguno de ellos en su intento de matarse entre sí.

Empiezo a levantar mi arma, pero la bajo al instante. Ni siquiera sé quiénes son estas personas o dónde está mi hija. ¿Estará aquí siquiera?

¿Qué coño debo hacer? ¿Dónde está Rio?

Mitch y Lee me alcanzan entonces, y Lee se arrodilla a mi lado mientras Mitch se lanza hacia la refriega.

—Señora, vamos. Tenemos que sacarla de aquí.

Me tira, arrastrándome hasta ponerme de pie. Arranco mi brazo de su agarre.

—No. Ve a ayudar a mi marido —ordeno.

—Dónde...

Agito mi arma alrededor.

—Ahí dentro en alguna parte. Ve.

Se gira en la dirección que señalo, pero se detiene para tomar un respiro profundo. Luego se lanza hacia la masa de cuerpos y desaparece de mi vista. ¿Acabo de enviar a Lee a su muerte? Pero dónde demonios está...

Oh. Ahí está. Rio está a un lado de la pelea, y parece que está persiguiendo a un hombre pequeño que se dirige hacia un área de matorrales a lo largo de la orilla del río. Es...

Mi corazón da un vuelco. No es un hombre. Es Penn, vestida con pantalones y con su pelo rubio mayormente cubierto por una gorra. No puedo ver a Emilia por ninguna parte. Me dirijo hacia ellos, tambaleándome hacia un lado para bordear a los hombres que pelean, y haciendo una mueca cuando suena otro disparo. Sigo de pie, aún erguida, así que supongo que no iba dirigido a mí.

Estoy lo suficientemente cerca como para llamar a Rio, pero cuando lo hago y su rostro sorprendido se vuelve hacia mí, también lo hace el de Penn. Ella se gira y levanta... ¿un arma? ¿Todo el mundo tiene armas en este mundo? La apunta directamente a mi marido.

Y entonces, como si el mundo se hubiera ralentizado y todo estuviera distorsionado, oigo el disparo.

Su arma. No la mía. No la de Rio. La suya. Y mi marido se tambalea y cae al suelo con un golpe seco.

—¡No! —grito, todo el terror acumulado del día saliendo de mí en ese sonido desesperado. Levanto mi arma y la apunto—. Le has disparado. Le has disparado a Rio Agosti. Al hombre que amo.

Mi arma tiembla en mis manos y, lejos de parecer asustada, ella empieza a reír.

—Oh, Bianca. Como si alguna vez fueras capaz de disparar realmente a otro ser humano. Ambas lo sabemos.

Apunta su arma hacia mí, todavía riendo, y una parte de mí se pregunta por qué no dispara y acaba con esto de una vez. La miro parpadeando, incapaz de procesar ningún pensamiento de manera coherente. Pero entonces la pregunta más importante aparece en mi mente.

—¿Dónde está Emilia? ¿Dónde está mi hija?

Camino hacia adelante, sintiéndome como si estuviera en una especie de aturdimiento, hasta que me paro junto a donde Rio está tirado en un charco de sangre. Estoy a solo unos metros de la niñera. Su cara debería serme tan familiar, y sin embargo, una extraña me devuelve la mirada.

—Quiero que me devuelvas a mi hija, Penn. ¿Dónde está?

—No es lo que parece, y sabes por qué, Bianca. Te lo dijeron.

¿Qué significa eso?

—Confié en ti. Pensé que querías a Emilia casi tanto como yo.

—¡Sí que me importaba! Me *importa*. —Me mira con el ceño fruncido, como si hubiera insultado su integridad—. Recibiste ese mensaje en el club. Sabes que te reunirás con tu querida

hija pronto, si cooperas. Nos pondremos en contacto contigo con instrucciones sobre cómo recuperarla.

Se gira para alejarse, luego se vuelve cuando Rio hace un sonido incoherente, obviamente nacido del dolor.

—Pero no lo necesitamos a *él*.

Levanta el arma hacia Rio, con una cruel intención en su mirada, y dejo de pensar.

Simplemente aprieto los dientes y aprieto el gatillo.

Mis hombros se sacuden y retrocedo un paso tambaleándome.

Y la niñera de mi hija deja caer su arma y cae al suelo con un jadeo de sorpresa.

Rio me asusta entonces, incorporándose sobre sus manos y rodillas y arrastrándose por la hierba para agarrar el arma de Penn y sostenerla.

Pensé que estaba muerto, o muriendo. Tal vez lo está. Tal vez he perdido todo contacto con la realidad.

Penn me mira desde el suelo, abriendo y cerrando la boca con los ojos muy abiertos.

—Vaya. —Su voz es un gorgoteo húmedo—. No esperaba que tuvieras las agallas para *eso*, chica.

Tose, luego sigue tosiendo, y de repente mis piernas ya no quieren sostenerme.

Me encuentro de rodillas, todavía agarrando esta *maldita arma*. La arrojo a un lado y me inclino hacia adelante, vomitando violentamente y sacando todo lo que hay en mi estómago.

Apenas me estremezco cuando suena otro *pop*. ¿Rio, terminando el trabajo que yo empecé? Me arriesgo a mirar hacia arriba, luego rápidamente aparto la mirada.

Sí. Terminó el trabajo.

Mantengo la mirada apartada del resultado y empiezo a sollozar, abrazando mi estómago y preguntándome si voy a vomitar de nuevo. No queda nada ahí dentro. *No puedo vomitar de nuevo*.

¿Cómo ha pasado esto? ¿Cómo en un millón de *años* ha pasado esto? Me he convertido en una de ellos. Un monstruo. Una asesina.

Una princesa de la Mafia con sangre en las manos y el más oscuro de los vacíos donde solía estar mi corazón.

Igual que Rio. Solo que mucho, mucho peor. Porque Rio nació en esta vida, se crió en ella y nunca ha conocido nada diferente. En muchos sentidos, nunca ha tenido elección en cuanto a su camino en la vida.

A diferencia de mí. Yo conocía algo diferente. Sabía que había algo mejor, y sin duda he tenido opciones que no conducían aquí.

Pero las elecciones que he hecho me han llevado a esto. ¿Y para qué? Para *nada*.

Porque aún no he recuperado a mi hermosa hija.

Y ahora, he renunciado a todo. Incluyendo mi moralidad.

Capítulo Veintisiete

"La integridad es decirme la verdad a mí mismo. Y la honestidad es decir la verdad a otras personas."

Spencer Johnson

Bianca

La respiración laboriosa de Rio interrumpe mi creciente histeria, y vuelvo a la realidad con una descarga de adrenalina que dispara mi ritmo cardíaco.

Le dispararon. ¿Cómo pude olvidarlo? A mi esposo le *dispararon*, y necesito conseguirle ayuda.

Tengo que ser fuerte ahora. No débil.

Debo ser una verdadera esposa de jefe mafioso, y necesito dar un paso adelante y ayudarlo en su momento de necesidad, aunque quiera huir lo más rápido posible de este lugar de destrucción.

Ya lo ayudaste, susurra mi mente. *Le disparaste a alguien por él.*

Me tambaleo hasta ponerme de pie, alejándome del pútrido charco de vómito en el suelo. Ignoro deliberadamente a *Pe-no, no le des un nombre*, me grita mi mente. Ignoro el *cuerpo femenino* tirado en el suelo, y me dirijo hacia donde Rio terminó cuando se arrastró para agarrar el arma de la mujer.

Está balanceándose sobre sus rodillas, y su rostro normalmente bronceado tiene un brillo pálido y sudoroso.

—Acuéstate —digo entre jadeos, dándome cuenta de que necesito ralentizar mi respiración. Es probable que me hiperventile si no lo hago—. ¿Dónde te dio, Rio? ¿Qué puedo hacer?

Comienzo a palparlo por todas partes, buscando la herida, pero él aparta mis manos exploradoras antes de soltar una pequeña risa. El sonido es seguido por un gemido.

—Jesús. Está bien, nada de risas —su voz es áspera, pero luego añade—: Estoy bien, *mia cara*. Bueno, no lo estoy, pero lo estaré.

—Pero ella te disparó.

—En efecto. Aquí —levanta un brazo a medias y mira sus costillas del lado izquierdo, y grito cuando veo cuánta sangre empapa su ropa.

—¡Oh, Dios mío! —Esta vez, cuando alcanzo su camisa, trato de ser gentil, y él no me aparta. Levanto la camisa con cuidado para revelar la carne desgarrada debajo—. No sé qué hacer para ayudarte —digo—. Por favor, dime qué hacer. ¿Debería aplicar presión? ¿Ir a buscar ayuda?

No puedo perderte a ti y a Emilia esta noche. No expreso el miedo en voz alta, pero es como si él conociera la forma en que funciona mi cerebro y lo adivinara de todos modos.

—No me perderás, Bianca. Y toma valor de lo que ella dijo —inclina la cabeza en dirección a la mujer—. Emilia está viva y a salvo. Por ahora.

—Pero tu pecho...

—La bala golpeó una costilla y parece haberse desviado a lo largo del hueso. No ha entrado, creo. Aunque duele como la puta madre.

Cuando Rio maldice, generalmente lo hace en italiano. Escuchar la manera casual en que pronuncia las palabrotas en inglés suena tan mal saliendo de su boca.

—¿Puedes caminar? Necesito llevarte a que te ayuden. Puedo sostenerte, si puedes caminar un poco.

Desabotono su camisa y se la quito, la hago un bulto y la presiono suavemente contra su herida. Él sisea un poco, pero luego ríe ligeramente. Luego hace una mueca, como si no pudiera decidir si ceder al dolor o no.

—Tendrás que aprender a usar ropa oscura en este mundo, pajarito, como yo —señala la camisa, que es negra—. Ese hermoso vestido crema tuyo ya está medio arruinado con sangre y barro. Pero me temo que soy un poco demasiado pesado para ti. Creo que simplemente haré lo que dices y me acostaré aquí un rato.

Empieza a caer, y gracias a Dios que solo está de rodillas porque, de alguna manera, logro amortiguar su caída, al menos un poco, y lo ayudo a recostarse sobre la hierba. Su rostro se ha vuelto aún más gris que antes, y sus párpados revolotean como si quisiera quedarse dormido. La bala puede que solo lo haya rozado, pero obviamente ha perdido mucha sangre, y sin duda el shock está comenzando.

—Iré a buscar ayuda, Rio. Seré rápida.

Me pongo de pie de un salto y corro de vuelta por el sendero a través de los árboles, hacia donde la pelea estaba ocurriendo antes. Ya no puedo oír más gritos ni forcejeos, solo conversaciones amortiguadas, así que asumo que la pelea debe haber terminado. Rezo para que el lado de Rio haya ganado porque no puedo moverlo yo sola, y no sé a quién voy a encontrar más adelante.

Salgo de los árboles y me detengo en seco al ver a unos treinta hombres levantando sus armas en mi dirección al unísono.

—Joder, Bianca —esa voz es de Danelli. Sobrevivió. Lo que significa que el lado de Rio debe haber ganado. Se apresura hacia adelante, su mirada horrorizada fija en mi vestido empapado de sangre—. Casi haces que te disparen mujer. ¿Estás herida? ¿Te dispararon?

Me tambaleo más cerca, viendo a Lee y Mitch entre los hombres que arrastran cuerpos muertos en dos pilas. ¿Los nuestros y los de ellos? Gracias a Dios que mis dos matones sobrevivieron. Entonces, solo uno de los Leon ha muerto bajo mi vigilancia.

Me vuelvo hacia Danelli.

—No es mi sangre. Es de Rio. Penn le disparó —explico—. Y luego yo le disparé a Penn. Y luego Rio le disparó a Penn. Y ahora está bien muerta. Realmente jodidamente muerta.

Quiero estallar en llanto, pero, de alguna manera, solo surge la risa. La mano libre de Danelli se levanta y hace la señal de la cruz.

No estoy segura si la señal es por Rio. O porque cree que me he vuelto loca y está buscando protección divina. El pensamiento detiene mi risa más efectivamente que una bofetada en la cara.

Tiempo para la histeria después. Concéntrate, Bianca. Concéntrate.

—Rio está vivo, Danelli. Necesita ayuda. Por favor. No puedo cargarlo yo sola —señalo de vuelta por el sendero—. Por ahí. No está lejos. Perdió mucha sangre.

Rio

Mi recuerdo de cómo regresé a la casa es un poco confuso. Creo que varios del equipo de Danelli pueden haberme llevado hasta aquí. Nuestro médico ya me está esperando en la sala de estar de la planta baja, aparentemente habiendo recibido una llamada de uno de los miembros del equipo. No tengo idea de qué estaba haciendo cuando fue convocado, ni me importa, pero debe haber estado cerca. Está contratado, y como tal, lo poseemos.

Aunque lo hemos utilizado muchas veces en el pasado, no había tenido motivo para llamarlo por mí hasta ahora.

Una vez que limpia y sutura mi herida, me administra algunos fluidos y me inyecta antibióticos, comienzo a pensar con más claridad.

Miro alrededor buscando a Bianca pero no puedo verla por ninguna parte.

—¿Dónde está mi esposa?

Danelli da un paso adelante.

—La señora Agosti estaba cubierta de sangre. Quería ducharse y cambiarse. Creo que también estaba un poco...

—¿Histérica?

—Sí —mi segundo al mando frunce el ceño—. Ha pasado mucho tiempo para mí, pero estoy seguro de que todos aquí recuerdan su primera muerte.

Un breve silencio cae entre los presentes en la habitación, y de inmediato me transporto a aquel día en que mi padre me hizo matar por primera vez a los trece años. Ciertamente fue hace mucho tiempo, pero el efecto de ello aún me acompaña hoy.

No quiero esa oscuridad para Bianca. Se supone que ella es mi fuente de luz.

Entonces el silencio es roto por el doctor, quien tose suavemente.

—¿Sí? —ladro.

—Le daré una inyección ahora para el dolor, señor Agosti.

—No.

—Pero...

—He dicho que no. Necesito tener la mente clara. ¿Puede garantizarme que eso —señalo la jeringa en su mano— me dejará la mente despejada?

—Yo, bueno, no, no lo hará. Lo más probable es que lo haga dormir.

—Entonces no. No voy a quedarme dormido mientras mi *jodida hija está desaparecida*.

El doctor retrocede rápidamente.

—Lo siento, señor. Yo solo...

Se apresura a recoger su equipo. Respiro hondo, lo que lamento al instante, apenas logrando contener el gemido. El alivio del dolor puede ser tentador, especialmente con la agonía en mi costado cada vez que respiro o ajusto mi posición. Pero el dolor pasará. Y cada minuto perdido es tiempo que podría dedicarse a localizar a Emilia.

—Al menos dejaré estas aquí para usted. Las *necesitará* para dormir, señor Agosti —murmura, y coloca un paquete de pastillas para el dolor sobre la repisa de la chimenea—. Volveré mañana para revisar la herida y cambiar el vendaje. Si nota algún enrojecimiento o si desarrolla fiebre, debe llamarme de inmediato. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo. Estaré bien.

—Le quedará una cicatriz —dice secamente.

—No me importa eso.

Me importa que mi hija esté desaparecida, y me importa que mi esposa no esté aquí a mi lado. No por mí, sino por ella. Conozco a Bianca. Estará ahogándose en un mar de culpa ahora mismo. No tiene por qué sentirse así porque ella no disparó el tiro mortal. Fui yo.

Pero eso no cambiará el hecho de que estará lidiando con lo que ha hecho.

La verdad es que Bianca mostró una valentía increíble esta noche. Si no hubiera disparado a la niñera de Emilia cuando lo hizo, el simple hecho es que yo no habría sobrevivido.

Mi esposa salvó mi vida. A cambio, le ofreceré mi fuerza para que pueda superar esta pesadilla y salir del otro lado sin fragmentarse en un millón de pedazos. O hundirse en la oscuridad que me llevó hace tantos años.

—Traigan a Bianca aquí, ahora.

Alguien sale corriendo para cumplir mi orden, y mientras espero que la traigan, me vuelvo hacia mi segundo al mando, que ha estado en posición de firmes cerca de la chimenea, esperando a que el doctor termine.

—Háblame, Danelli. ¿Qué tienes?

—Había veinticinco hombres, además de la niñera. Parece que los hombres llegaron por el río y solo debían estar allí como respaldo si la niñera no lograba entregar a su... —Se aclara la garganta y termina—: A su hija a quien fuera que estuviera esperando en el bote. Cuando algunos de mis hombres vieron el bote alejándose del muelle, corrieron hacia allí, y este grupo de hombres proporcionó una distracción. En la confusión, el bote escapó. Lo siento, jefe.

¿Lo siente? ¿Él lo *siente*? Mi boca se aprieta tan fuerte que temo que pueda romperme la mandíbula.

—¿En qué dirección se dirigió?

—Río abajo. Hacia el muelle.

Por supuesto que sí. Río arriba habría sido más fácil de rastrear.

—¿Y cuántos de ellos están muertos ahora?

—Diecisiete, jefe. Desafortunadamente, se llevaron a nueve de los nuestros.

Mi corazón se hunde. *Nueve*. Son muchas familias que estarán de luto mañana. Enviaré a alguien

a cada familia, por supuesto, para dar la noticia y ofrecer el apoyo de la familia Agosti. Pero eso no suavizará el golpe de enterarse de que un ser querido ha sido abatido en cumplimiento del deber. Nada puede suavizar esa noticia.

—¿Y sabemos algo más sobre quién los envió? Seguramente, algunos de estos hombres le resultan familiares a *alguien*. Tenemos diecisiete cadáveres de la tripulación de alguien más ahí fuera en mis terrenos. Corre la voz. Quiero información, y la quiero *ya*. Ofrece una recompensa por la información. Un millón de dólares.

La boca de Danelli se abre de par en par.

—¿Un millón?

Lo atravieso con una mirada fija e imperturbable.

—Es mi hija, Danelli. Si no hay nada en las primeras doce horas, aumenta la recompensa a dos millones.

—Sí, señor —casi hace el saludo. Veo sus dedos deseando hacerlo. En su lugar, aprieta las manos en puños—. Tengo gente revisando los bolsillos mientras hablamos. Tomando fotos de sus caras. Correremos la voz. Con tantos hombres, alguien los conocerá. Y con ese nivel de recompensa... es solo cuestión de tiempo antes de que descubramos de qué tripulación son, jefe.

Estoy de acuerdo con su evaluación. Alguien hablará, y pronto. Al menos uno de esos hombres muertos será reconocido por alguien.

Quien esté a cargo de estos ataques sostenidos acaba de cometer un error que pronto será fatal.

Capítulo veintiocho

"No es hasta que nos perdemos que empezamos a entendernos a nosotros mismos."

Henry David Thoreau

Bianca

Me quito la ropa ensangrentada tan pronto como llego al dormitorio y vuelvo a abrir la puerta para arrojarla al pasillo. No me importa que Lee, apostado afuera, pueda haber vislumbrado mi desnudez. No puedo soportar la idea de tener esa ropa en ningún lugar de este espacio. Ni siquiera en el cesto de la ropa sucia. Ni en la basura.

—Quémala —grito a través de la puerta.

—Lo haré, señora —llega la respuesta amortiguada.

Abro la ducha y pongo el agua tan caliente como puedo soportar. Luego me lavo el pelo y froto y froto mi cuerpo durante lo que parece horas. Pero no logro sentirme limpia. Finalmente, me hundo en el suelo de baldosas y apoyo la cabeza en mis rodillas dobladas, dejando que el agua corra sobre mis omóplatos y permitiendo que las lágrimas caigan.

Maté a una mujer. Bueno, técnicamente lo hizo Rio, pero yo fui fundamental en su muerte.

No cualquiera. Una mujer que *conocía*. Una mujer en quien confiaba lo suficiente como para dejar a mi hija a su cuidado.

Penn era *agradable*. Se preocupaba por Emilia —o al menos, lo aparentaba— casi tanto como yo. No puedo procesar el hecho de que esté realmente muerta y que yo fuera la causante de su muerte.

Sigo viendo su rostro, una y otra vez, incluso cuando cierro los ojos con fuerza. Hay una sensación hueca y vacía en mi pecho, como si el acto de matarla de alguna manera hubiera apagado la vida en mi propio corazón. ¿Cómo vive Rio con esto? ¿Cómo vive cualquiera de ellos con este vacío en su interior?

No sé si alguna vez podré volver a dormir.

Y por encima de todo lo que siento por la muerte de Penn, estoy aterrorizada por mi bebé. Emilia se ha ido. Llevada por Dios sabe quién, con Dios sabe qué propósito, y quién sabe si alguna vez recuperaré a mi inocente niña.

¿Tendrá miedo de quien se la llevó? ¿La están tratando bien? ¿Le dan el tipo de comida adecuado? ¿Le cambian el pañal regularmente? ¿Siquiera saben cómo cuidar a una niña de seis meses? ¿Y si quiere a su mami, como me llama, o a su papí? ¿Y si ninguno de nosotros acude cuando llora? ¿Se sentirá abandonada por quienes se supone que deben amarla y protegerla?

Si la recuperamos, ¿recordará este incidente? ¿La traumatizará para siempre?

La única débil esperanza a la que intento aferrarme es que tiene la misma edad que yo tenía cuando mi niñera me llevó y me dejó en los escalones de una iglesia, y honestamente no recuerdo nada de eso.

Con suerte, si —no, me corrijo, *cuando*— esté de vuelta en mis brazos, sana y salva, no recordará nada de esto.

Mientras estoy aquí sentada, con el agua caliente cayendo sobre mi cuerpo, algo en mis pensamientos comienza a desentonar. Lentamente, levanto la cabeza.

Llevada por Dios sabe quién.

Pero eso no es correcto. *Sí* sé quién se la llevó. O al menos, creo que lo sé. Recordando lo que Penn dijo antes de morir, y cómo aludió al tipo del club, la sospecha se cristaliza en una certeza.

Me pongo de pie tambaleándome y cierro el agua, luego agarro una toalla blanca y esponjosa y me seco lo más rápido que puedo. Tengo que bajar y hablar con Rio. Incluso si ahora no está en condiciones de hacer nada, tengo que contarle lo que me dijo el hombre en el club.

Y luego, juntos, descubriremos la verdad sobre nuestro enemigo. E iremos a recuperar a nuestra hija.

Si no es demasiado tarde para salvarla.

Rio

Cuando Bianca entra en la sala de estar, una oleada de su dulce aroma cítrico la acompaña. Su piel se ve rosada y limpia, y su cabello aún está húmedo. Lleva un suéter negro y pantalones deportivos negros casuales, y se ve tan hermosa e inocente como siempre.

Pero cuando se acerca, noto sutiles diferencias en su comportamiento. La tensión en su mandíbula, la línea rígida de sus hombros y, lo peor de todo, una oscuridad vacía detrás de sus ojos que nunca antes había visto allí.

Coincide con lo que veo en el espejo cada mañana cuando miro mi propio reflejo. Nunca quise ver eso en mi esposa, y sin embargo, ahí está, justo frente a mí.

La compasión surge en mi pecho por el viaje mental que sé que tiene por delante. Pero no importa lo difícil que sea, no le haré lo que mi madre me hizo a mí. Nunca le diré que encierre la oscuridad, porque cuando haces eso, solo crece.

Le conseguiré la ayuda que necesita para lidiar con el trauma de matar a alguien. Si ella lo quiere.

Pero no hasta que recuperemos a nuestra hija.

Se agacha a mi lado y acaricia suavemente mi muslo, y tengo que luchar para no envolverla en mis brazos y ordenarle que se quede allí para siempre.

En su lugar, cubro su mano con la mía, tomándome un momento para simplemente disfrutar de la conexión, piel con piel.

—¿Te sientes bien, Rio? ¿Qué dijo el médico? —Su voz es sorprendentemente fuerte.

Esperaba a medias que estuviera llorando y temblando, pero no muestra nada de la angustia que sé que debe estar carcomiéndola en lo más profundo.

—Estoy bien, *mia cara*. Todo cosido y casi tan bueno como nuevo. ¿Estás *tú*... bien?

Ah, ahí está, finalmente. El breve temblor de su boca, el sobresalto de su pulso bajo mis dedos mientras acaricio su muñeca.

Pero luego levanta sus labios en una sonrisa obviamente falsa y alza la barbilla para encontrarse con mi mirada. —Por supuesto. Estoy bien. Yo no fui... disparada.

—Bianca, hablaremos de lo que pasó allá en el bosque...

—No. No quiero. Ahora no. —Aparta su mano de debajo de la mía y frota sus palmas entre sí.

Abro la boca para decir algo más, pero ella niega con la cabeza, deteniendo mis palabras.

—Rio, espera. Hay algo que necesito decirte. Tengo información que creo que debes escuchar. Yo... Te lo habría dicho antes, pero toda esta noche ha sido... Bueno.

Traga saliva, y sus ojos se mueven nerviosamente. No está bien. Ni por asomo.

Doy una palmadita en el asiento a mi lado, en mi costado ileso, y ella sube y se desliza sobre él. Rodeo sus hombros con mi brazo derecho, asegurándola contra mí, y ella deja escapar un largo suspiro como si mi contacto le hubiera dado consuelo.

—Rio, por favor no te enfades conmigo. Quería decírtelo... Intenté decírtelo varias veces...

Mis sentidos se ponen instantáneamente en alerta. De alguna manera, sé que esto va a ser trascendental.

—¿Qué es, Bianca? La niñera insinuó algo allá afuera. Dijo que te lo habían dicho. En el club. ¿Es de eso de lo que quieres hablarme?

Ella asiente, y sigue asintiendo, como si los nervios la hubieran dominado.

Tomo su barbilla entre mi pulgar y mi índice y pongo fin a su asentimiento. —¿Qué te dijo el hombre, Bianca?

Su cuerpo empieza a temblar. Aprieta las manos en su regazo. —Dijo... Dijo... Es una locura, y no puede ser real. Estoy segura de ello. Pero Rio, dijo que mi madre, Rina...

De repente, se libera de mi agarre y salta sobre sus pies. Se gira para mirarme, y sus ojos destellan con una emoción indescifrable. Su voz resuena en la habitación mientras las palabras salen apresuradamente de ella.

—Dijo que mi madre, Rina Carlotti, de alguna manera sobrevivió a la bomba del coche que supuestamente la mató. Dijo que mi madre sigue viva.

La miro parpadeando de asombro, incapaz de formular palabras.

Ella aspira profundamente y lo suelta en un siseo antes de repetir la impactante acusación.

—Rio, creo que mi *madre biológica* sigue viva, y creo que ella es la responsable de todos estos ataques.

Capítulo veintinueve

"Una vez que eliminas lo imposible, lo que queda, por improbable que sea, debe ser la verdad".

Arthur Conan Doyle

Bianca

La cabeza de Rio se echa hacia atrás como si le hubiera dado una bofetada. Luego, la máscara familiar cae sobre sus facciones y su expresión se vuelve inescrutable.

En el pasado, cada vez que veía esa expresión, asumía que era porque él era frío. Sin emociones. Un monstruo.

Pero ahora lo sé mejor. Un pequeño tic bajo su ojo izquierdo comienza, traicionándolo. No está sin emociones. Está hirviendo de rabia y aterrorizado por nuestra hija, tanto como yo, solo que está tratando de ocultar su reacción de mí y de todos los demás.

—Eso es imposible —dice por fin.

Su tono es rígido, formal. Obviamente, no cree que lo que he dicho pueda ser cierto.

Sé cómo se siente. Yo apenas puedo creerlo tampoco.

Pero cuanto más lo pienso, más siento que encaja. Penn no tenía miedo por Emilia, y no porque fuera simplemente una perra desalmada que secuestraba. No tenía miedo porque no sentía que necesitara tenerlo. Sabía que quien tiene a nuestra hija no quiere hacerle daño.

¿Y quién más tendría los mejores intereses de Emilia en el corazón? Su abuela.

—Sé que no me crees, pero...

—Había evidencia de ADN en la escena, Bianca. ADN que coincidía tanto con tu madre como con tu padre. Los testigos los vieron a ambos subir al vehículo, y después, bueno, según todos los informes, nadie podría sobrevivir a una explosión así.

No puedo quedarme quieta. Siento como si hormigas estuvieran caminando por todo mi cuerpo. Necesito hacer algo. Moverme. Algo. Empiezo a caminar de un lado a otro frente a la chimenea, mis dedos de los pies se curvan en la alfombra mullida mientras me muevo.

De repente, me detengo y le apunto con un dedo. —¿Y tú nunca has fingido una muerte antes? ¿Preparado una escena para que parezca una cosa cuando realmente es otra? ¿Sobornado testigos? ¿Manipulado evidencia de ADN?

—Yo...

—Eso pensé.

No puede negarlo. Veo la verdad en sus ojos.

—No es imposible —dice en un tono lento y considerado—. Pero realmente es improbable. ¿No crees que tu madre se habría puesto en contacto contigo en algún momento de los últimos veintiséis años si estuviera viva?

—Tal vez no quería arriesgarse a ponerme en peligro.

—Bueno, ciertamente está haciendo lo contrario ahora. Si realmente es ella.

Dejo de caminar y me giro para mirar las llamas en la chimenea. Tiene razón. Todas sus acciones *nos* están poniendo en peligro ahora. A mí, a Emilia y a Rio. ¿Por qué haría eso?

Y si realmente quería recuperar el negocio Carlotti, ¿por qué no simplemente presentarse cuando se supo que Rio me había encontrado y planeaba casarse conmigo? De hecho, ¿por qué no presentarse hace todos esos años después de que mi padre biológico muriera?

Una parte de mí quiere que sea verdad. Desesperadamente. Si *está* viva, entonces tal vez algún día pueda conocerla y realmente tener la oportunidad de entender quién soy y cuál es mi herencia. Emilia también podría tener la oportunidad de conocer y entender *su* herencia.

Pero tal vez Rio tiene razón después de todo. Tal vez solo me estoy aferrando a pajas inexistentes.

El núcleo de esperanza que se encendió cuando el hombre susurró esas palabras en mi oído se apaga, y mis hombros se hunden. Agarro el borde de la repisa y apoyo mi frente contra la madera pulida.

—Entonces estamos de vuelta en el punto de partida otra vez. Sin nada. Sin pista de quién tiene a Emilia, o por qué.

Las lágrimas queman mis ojos, y las parpadeo, negándome a dejarlas caer. Entonces el cuerpo cálido de Rio presiona contra mi espalda, y me giro y apoyo mi cabeza contra su pecho.

—No estamos en el punto de partida. Tenemos mucho más ahora de lo que teníamos esta mañana. O —mira el reloj en la repisa— ayer por la mañana.

—¿Como qué?

—Como diecisiete cadáveres allá afuera que trabajaban para alguien en la industria. Y cuando identifiquemos quién, los tendremos. También tenemos el mensaje sobre tu madre, que puede o no ser cierto. Pero podemos confirmarlo de una manera u otra, ya que creo que mis hombres aún tienen al tipo encerrado en el club. Tenemos a Penn, quien...

Se detiene abruptamente, y cuando levanto la mirada para ver qué sucede, su rostro se ha transformado en una máscara de rabia tal que casi gimo cuando la veo.

—¿Qué, Rio? Me estás asustando de repente.

—Penn —dice, y asiente—. Sí. Todo tiene sentido ahora.

—¿Qué quieres decir?

Rio se aleja de mí, y ahora es su turno de caminar de un lado a otro por la alfombra. Al ritmo que vamos, necesitaremos una nueva alfombra por la mañana. —Todo este tiempo pensé que era Martelli, buscando entrar en el área de Boston. Si no era él, entonces estaba considerando a Darov como una posible segunda opción.

—Yo también —digo, aún sin estar segura de adónde va esto—. Bueno, no Darov. Pero Martelli, sí. Casi le pregunté esa noche si tenía a alguien llamado Antonio trabajando para él.

Rio resopla, luego hace una mueca. —Me alegro mucho de que no lo hicieras, Bianca. Martelli

habría tomado eso como una bofetada altamente ofensiva y, como sabes, no responde bien a los desaires percibidos.

—Pero estás diciendo que no fue él. Entonces quién...

Incluso antes de que continúe, la realización amanece en mi interior.

—No. —Me agarro el pecho, teniendo que forzarme a seguir respirando—. No *Rossi*. Seguramente no Carlos Rossi.

—Sí —dice Rio—. Es la única explicación que encaja. Hay una persona que ha estado en el centro de todo desde el principio. Conocía a mis padres y a los tuyos. Estaba enamorado de tu madre, Bianca. Te escondió y me dio el nombre de Antonio, enviando a todas las familias en varias búsquedas infructuosas. Enfrentándonos unos contra otros con insinuaciones y sospechas, y luego deslizándose para sabotear las cosas donde podía. Incluso me dio...

—¿Qué, Rio? ¿Qué te dio?

—Me dio a Penn, Bianca. Me dio una recomendación para una niñera, y me llevó directamente a Penn.

—Pero no puede ser cierto. Por qué...

Los labios de Rio se tuercen en una parodia de sonrisa. Pero sus ojos arden como agujeros negros en su rostro, y aunque sé que su rabia no está dirigida a mí, tropiezo un paso atrás, casi dentro de la chimenea.

—Tu madre, por supuesto —dice Río.

Extiende la mano y me aleja de la chimenea de una manera casi distraída. Tropiezo hacia el sofá y me dejo caer en él, encogiéndome para tratar de parecer más pequeña.

Su monstruo interior está cobrando vida ante mis propios ojos.

—Rina *está* viva —gruñe—. Tiene que estarlo. Y Carlos Rossi está trabajando con ella para derribarnos a todos y apoderarse de todo. Por ella.

Espero que hayas disfrutado del segundo libro de la trilogía *Enemigos Oscuros*. La serie concluye en el tercer libro, ***Enemigo Despiadado***.

Enemigo Despiadado – Sinopsis

Enemigos Oscuros

Libro 3

Era inocente, hasta que el señor del crimen de la Mafia me secuestró y me obligó a casarme con él. Ahora tengo las manos manchadas de sangre y el corazón lleno de culpa, y las apuestas nunca han sido tan altas. Pero Rio —mi secuestrador, mi marido, mi amante— es el único en quien puedo confiar para derrocar a nuestro enemigo común que me ha arrebatado todo lo que alguna vez he apreciado. Y la elección imposible que ahora debo tomar significa que alguien a quien amo va a morir. La emocionante conclusión de la deliciosamente peligrosa trilogía *Enemigos Oscuros* protagonizada por Rio Agosti y Bianca Carlotti.

¡Sin final abierto en este!

Sobre la autora

Zoe Delaney es el seudónimo de suspenso romántico contemporáneo oscuro de la autora superventas del *USA Today*, Jen Katemi.

Cuando Zoe no está escribiendo, dirige un negocio de edición y corrección, mimra a sus hijas y consiente a varios gatos, incluido un rescatado con una sola cadera. Vive en Melbourne, Australia.

Descubre más o suscríbete a su boletín para lectores y nunca te pierdas un nuevo lanzamiento.

Libros de Zoe Delaney

Serie Enemigos Oscuros

Posesión Despiadada

Traición Despiadada

Enemigo Despiadado

Serie Votos Oscuros

Heredero imprudente

Rey Temerario